
HARLEQUIN
Deseo
BELLEZA DESCUBIERTA
ANDREA LAURENCE



BELLEZA DESCUBIERTA

ANDREA LAURENCE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Belleza descubierta, n.º 1958 - enero 2014
Título original: A Beauty Uncovered
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2014

I.S.B.N.: 978-84-687-4035-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

¿Acuerdo de confidencialidad?

Samantha Davis miró a su madrina con el ceño fruncido. Agnes había apoyado a Sam toda la vida. Confiaba en la mujer que había asumido el papel de madre cuando Sam estaba en la escuela elemental. Y estaba ayudándola a conseguir un empleo cuando Sam más lo necesitaba. Pero, aun así, no le gustaba cómo sonaba el asunto.

Llegar a la oficina de Agnes había sido toda una odisea. Sam estaba muy segura de que había menos medidas de seguridad en la sede de la CIA. Se preguntó en qué se estaba metiendo.

–No es nada de lo que tengas que preocuparte, cielo –Agnes empujó el formulario hacia ella–. El señor Eden es muy especial con respecto a su privacidad. Por eso hay tantas medidas restrictivas para subir a esta planta. Nadie tiene acceso excepto yo, el señor Eden y el jefe de seguridad. Soy la única persona de la empresa que tiene contacto personal con él. Si ocupas mi puesto mientras estoy de vacaciones, tú también interactuarás con él, así que tendrás que firmar el acuerdo.

Sam sintió un incómodo cosquilleo en la nuca. Aunque Agnes y ella eran las únicas personas en la habitación, se sentía observada. Miró con curiosidad alrededor de la moderna pero cómoda oficina y vio una diminuta videocámara en una esquina. Había una segunda cámara en el extremo opuesto de la habitación. ¿Quién necesitaba equipo de vigilancia para supervisar a su secretaria?

Si cualquiera excepto su madrina le hubiera pedido que aceptara ese trabajo, se habría ido. Pero Agnes no la pondría en una situación difícil solo para irse de vacaciones en su cuarenta aniversario de boda. Seguro que no era tan malo como parecía.

Sin embargo, no entendía qué ocurría ahí. Miró con desconfianza el documento de confidencialidad. Brody Eden era el propietario de Software de Sistema Eden. Soluciones de comunicación para oficinas. Nada clasificado. Nada que pudiera perjudicar la seguridad nacional si se filtraba. Pero, si incumplía los términos del acuerdo, se vería obligada a pagar una compensación de cinco millones de dólares.

–Esto no me convence. ¿Cinco millones de dólares? No tengo ese dinero.

–¿Crees que yo sí? –Agnes se rio–. Es una suma tan elevada que nadie se atreve a romper el acuerdo. Mientras hagas tu trabajo y no hables del señor Eden con nadie menos conmigo, estarás bien.

–No lo entiendo. ¿Hablar de qué? –por lo que Sam sabía, Brody Eden era una especie de genio a la sombra. Era como Bill Gates pero sin rostro conocido. Los periodistas habían intentado encontrar información suya sin éxito, y eso había incrementado el misterio. Sencillamente, no había existido antes de lanzar su imperio del software. Suponía que si la gente descubría que tenía acceso a él podrían pedirle información, pero ¿qué iba a decirles?

Sam no entendía tanto misterio. Siempre había supuesto que era un truco para dar publicidad a la empresa, pero las cámaras y el contrato le hacían preguntarse si no habría algo más.

–Firma el acuerdo y te lo contaré. No es nada grave –Agnes suspiró–. Desde luego, nada por lo que merezca la pena perder esta oportunidad. Necesitas el dinero. Firma –le dio un bolígrafo–. Hazlo.

Sam necesitaba el dinero, sin duda. Y era un buen sueldo. Demasiado bueno. Tenía que haber una razón que lo justificara, pero por lo visto no sabría cuál hasta después de firmar su pacto con el diablo. Se dijo que daba igual. Tenía que pagar el alquiler y solo le quedaban quince dólares. Firmó y fechó el acuerdo.

–Excelente –dijo Agnes con una sonrisa–. Crucero por el mediterráneo, allá voy –se levantó de la silla y metió el documento en una carpeta. Lo llevó a una especie de pequeña puerta plateada que había en la pared, que resultó ser un cajón. Agnes metió la carpeta dentro y lo cerró.

–¿Qué es eso?

–Es para entregarle el contrato al señor Eden.

–¿No entras en su despacho a dárselo?

–No –Agnes se rio–. Casi nunca entro allí.

Sam se volvió a las enormes puertas de roble que las separaban del despacho de Brody Eden. Parecían lo bastante fuertes para resistir cualquier ataque, y seguramente contaban con cerrojos y alarmas de vanguardia. Eran intimidantes, inasequibles. Se moría de ganas de saber qué había al otro lado.

–¿Y él no sale aquí a recoger nada?

–Sí, pero solo cuando le apetece. Se comunica por el interfono y el ordenador. Envía varios correos electrónicos y mensajes instantáneos a lo largo del día. El cajón funciona para todo lo demás. Así le entregarás el correo e intercambiarás documentos con él. Cuando acabe con algo, lo meterá en el cajón.

–¿Como Hannibal Lecter?

–Algo así –admitió Agnes. Se sentó tras el escritorio–. Bueno, ahora que el tema legal está solucionado, tenemos que hablar.

Sam inspiró profundamente. La última media hora le había creado mucha tensión nerviosa. Ya que había firmado en la línea de puntos, no estaba segura de querer saber el secreto. Pero, por otro lado, le

atenazaba la curiosidad.

–¿En qué lío me has metido, Agnes?

–¿Crees que habría trabajado aquí tanto tiempo si el trabajo fuera horrible? He tenido jefes malos pero él no es uno de ellos. Adoro a Brody como si fuera mi propio hijo. Tienes que aprender a manejarlo. Será menos... hiriente... si lo haces.

Hiriente. A Sam no le gustaba esa palabra. Prefería que sus jefes fueran amables. Por supuesto, tener un jefe carismático y sexy había tenido como resultado un corazón roto y quedarse sin empleo. Tal vez sería mejor un jefe hiriente y distante. Si apenas pasaba tiempo con él no podría tener una aventura y acabar siendo despedida.

Sam se volvió hacia una de las videocámaras. Se sentía incómoda teniendo esa conversación sabiendo que él podía estar escuchando.

–¿Nos está observando por ahí?

–Probablemente, pero no recibe sonido –Agnes se encogió de hombros–. Solo puede oírnos por el intercomunicador. Podemos hablar tranquilamente, así que te contaré el gran secreto. El señor Eden quedó desfigurado en un accidente, hace mucho tiempo. No quiere que nadie lo sepa. A eso se reduce todo el misterio: nadie puede saber lo desfigurado que está. Cuando le veas cara a cara, si le ves, es mejor que no reacciones, actúa como si no lo notaras. Oculta la sorpresa, el disgusto y la compasión. Tal vez resulte difícil al principio, pero te acostumbrarás.

Sam no pudo evitar sentir un pinchazo de lástima por su nuevo jefe. Tenía que ser muy solitario vivir así. Sonaba horrible. Le hizo desear ayudarlo de alguna manera. Era su naturaleza.

Su padre siempre la había llamado «arreglatodo». La madre de Sam había fallecido cuando ella tenía siete años, pero su corta edad no le había impedido convertirse en la mujer de la casa. Si los calcetines tenían agujeros, los zurcía; si faltaba dinero para la compra, hacía macarrones para comer.

Si alguien tenía un problema, Sam lo solucionaba con rapidez y eficacia. Incluso si no se lo pedían. Por eso sus dos hermanos menores le llamaban «metomentodo».

–¿Lo veré alguna vez? Da la impresión de que no sale nunca –Sam se preguntaba cómo iba a ayudar al señor Eden si se mantenía oculto.

–Antes o después, lo hará. Gruñón como un oso después de hibernar. Pero ladra más que muerde. Es inofensivo.

Sam asintió, absorbiendo la información. Agnes pasó a informarle de sus tareas. Además de las funciones de secretaria, tenía que hacer recados para él.

–¿Tengo que recoger la ropa del tinte? ¿No tiene una esposa o alguien que lo haga? –preguntó, mirando la lista que le dio Agnes.

–No. Es soltero. Cuando he dicho que solo tú y yo lo veremos, era

en serio. Le traerás el café por la mañana. A veces le encargo el almuerzo, pero suele traerlo él o alguien lo entrega en el vestíbulo; en ese caso tendrás que bajar a recogerlo.

–¿Cómo puede vivir alguien sin salir al exterior? Sin ir a las tiendas, al cine o a cenar con amigos? –Sam estaba atónita.

–El señor Eden vive por medio del ordenador. Lo que puede hacer así, lo hace. Lo que no pueda hacer, te lo pedirá a ti. Serás su asistente personal, más que su secretaria. No paga un salario tan alto para que te pases el día limándote las uñas y contestando el teléfono.

–¿Cuándo empiezo? –preguntó Sam. Ya que sabía la verdad, no se sentía tan nerviosa.

–Mañana. Serás mi sombra durante dos días, después estarás al mando cuatro semanas.

–Vale. ¿Hace falta una vestimenta especial?

–La mayoría de los empleados visten a su gusto. El señor Eden lleva traje a diario, aunque no sé por qué, dado que solo yo lo veo. Se te da tan bien ir a la moda que no tendrás problemas.

Sam intentó no reírse de esa alusión a su gusto por ir a la moda. Era un eufemismo para referirse a su obsesión por la ropa y los zapatos. Le encantaban las cosas brillantes, rosas y moradas. Un par de zapatos de plataforma o un bolso de cuero adecuados casi podían llevarla al clímax.

Por desgracia, los dos últimos meses de desempleo habían sido devastadores para su vestuario. Pero eso ya era el pasado. Tenía trabajo, había vuelto al mundo y volvería a la moda. El señor Eden vería todo un desfile de modelos por sus videocámaras.

–Vamos a conseguir tu etiqueta y tus códigos. Escanearán tus huellas digitales para que puedas acceder a esta planta.

Sam se levantó y siguió a su madrina. Sintiéndose valerosa, se detuvo un momento y miró directamente a la cámara. Se echó los largos rizos rubios por encima del hombro y se enderezó.

–Si vas a pasar el próximo mes mirándome por esa lente –dijo, sabiendo que no la oía–, espero que te guste lo que ves.

***

«Gustar» era quedarse muy corto. Samantha Davis era toda una distracción.

Brody llevaba dos días observando a su nueva asistente siendo adiestrada por Agnes: era como contemplar una película fascinante. Las dos grandes pantallas conectadas a las cámaras de vigilancia habían capturado su atención desde que Samantha se presentó a la entrevista. Había ignorado su trabajo y olvidado una conferencia telefónica. Le intrigaba la mujer y también su forma de volverse hacia

la cámara como si lo observara, igual que él a ella.

Tal vez porque no veía a mucha gente, sobre todo a mujeres, Samantha lo tenía hipnotizado. Le gustaban los espesos rizos rubios que le caían por los hombros y la espalda. Su piel tenía un tono dorado, como si le gustara salir a correr o a nadar al aire libre. Le atraían sus enormes ojos marrones y su esplendorosa sonrisa. No era muy alta, pero lo compensaba con tacones altísimos que, acompañados de faldas cortas y rectas, daban un aspecto fantástico a sus piernas. Era muy atractiva.

Brody quería a Agnes como a una madre. Era trabajadora, eficiente y algo regañona, pero a él le gustaba así. Agnes era una dinamo en la oficina. Brody se preguntaba cómo iba a apañarse sin ella.

Agnes le había mencionado su viaje de aniversario hacía meses. Había tenido tiempo de sobra para prepararse. Sin embargo, seguía sin hacerse a la idea de que faltaría tanto tiempo.

Cuando Agnes había sugerido que contratara a su ahijada para sustituirla, le había parecido una idea sensata. Pero no se le había ocurrido preguntarle si su ahijada era atractiva. Suponía que a la mayoría de la gente no le importaría eso, pero a él sí. Brody evitaba a la mayoría de la gente pero, sobre todo, a las mujeres guapas.

Nadie lo entendía, y menos aún sus hermanos de acogida, que siempre lo pinchaban para que saliera y tuviera citas. Porque no sabían cómo era eso para él. Cuando ellos abordaban a una chica guapa solo tenían que preocuparse de ser rechazados. Y, considerando que sus tres hermanos eran guapos y ricos, eso no ocurría a menudo.

Cuando Brody se acercaba a una mujer guapa sabía que el rechazo estaba cantado. Pero eso no era lo peor. Era la expresión de la mujer cuando lo veía. Esa primera reacción. El destello de miedo y asco que ni la persona más sensible y educada podía evitar. En el mundo de Brody, eso era lo primero, aunque fuera seguido por una rápida recuperación y un intento de simular indiferencia.

Era aún peor la inevitable compasión que seguía. Brody sabía que había gente con lesiones peores que la suya que no se escondían. Algunos incluso eran conferenciantes, modelos para otras víctimas. La gente, inspirada por su fuerza, veía más allá de sus cicatrices.

Esa opción, por noble que fuera, no encajaba con Brody. No se había lesionado sirviendo a su país y no quería ser la imagen pública de las víctimas de quemaduras de ácido. Ya le costaba bastante enfrentarse a la lástima de una sola persona. No podía soportar la compasión pública. Suponía que esa era la razón de su reputación no solo de recluso, sino de auténtico bastardo. No le gustaba ser así, pero era una necesidad. La gente no sentía lástima por un villano, aunque estuviera desfigurado. Pensaban que se lo merecía.

Brody suspiró y volvió a mirar la pantalla que mostraba a Agnes y a

Samantha.

Mirar a una mujer bella y recibir a cambio una mirada de horror... Brody prefería evitarlo. Por eso no había salido aún a presentarse. Le daba igual que ella pensara que era un grosero. Todos lo pensaban.

Disfrutaba observándola a distancia, a salvo de su expresión horrorizada ante su rostro deforme y lleno de cicatrices. Como estaría allí un mes, Brody acabaría saliendo. Pero, cuando ocurriera, ella seguiría siendo bella y él sería... lo que era.

El pitido de uno de los ordenadores puso fin a sus oscuros pensamientos. Girando en la silla, se acercó a una de las seis máquinas que rodeaban el escritorio. Una de sus búsquedas tenía resultados.

Había diseñado un programa que revisaba Internet a diario respecto a distintas búsquedas, incluidas las de su propio nombre, Brody Butler. Un filtro excluía duplicados y menciones de otros Brody Butler cuya identidad había establecido.

Después, revisaba los resultados por si había algo que pudiera causarle dolor a él o a su familia de acogida. Si alguien lo buscaba, Brody sería el primero en saberlo. Era un hombre muy celoso de su intimidad, y no quería que su pasado interfiriera en su presente. Por eso había tomado el apellido de su familia de acogida cuando terminó el instituto. Quería dejar atrás su pasado. Quería empezar de cero y tener éxito porque era listo y astuto, no porque la gente le tuviera lástima.

Lo preocupaba que alguien vinculara a Brody Butler y a Brody Eden, porque eso daría lugar a preguntas sobre su pasado que prefería evitar.

Brody nunca bajaba la guardia. Sabía que si algo podía ir mal, iría mal. Sus hermanos lo acusaban de pesimismo, pero él prefería estar preparado para lo peor. No había podido evitar que su padre biológico le pegara, pero siempre había estado preparado física y mentalmente cuando ocurría.

Así que, igual que había hecho de niño, dormía con un ojo abierto, por decirlo de alguna manera. Su ojo nunca dejaba Internet. Si alguien lo buscaba, estaba preparado.

–¿Qué tenemos aquí? –Brody echó un vistazo al informe y suspiró con alivio. Alguien llamado Brody Butler había estrellado un camión contra el escaparate de un supermercado en Wisconsin. Falsa alarma. Nadie lo estaba buscando ese día. No lo habían hecho en los últimos cinco años. Tal vez nunca lo hicieran.

Su identidad anterior se había desvanecido cuando dejó el instituto. No era más que otro crío perdido en el sistema de acogida. Ni siquiera sus auténticos padres lo habían buscado. Su padre, en prisión, tenía acceso restringido a Internet, pero su madre tampoco lo había buscado. Dado que había apoyado al padre maltratador en vez de al

hijo maltratado, le importaba poco.

Brody no estaba seguro de poder llegar a entender a las mujeres. Era inteligente, cariñoso y exitoso, pero la mayoría de las mujeres solo veían las cicatrices. Y, además, su madre asistía a todas las vistas de libertad condicional, anhelando el día en que su agresivo esposo saliera de la cárcel para vivir con él de nuevo.

Era mejor estar recluido. Las mujeres, bellas o no, solo causaban problemas y dolor. Y sin duda, su nueva asistente sería igual. Era una novedad, un brillante juguete. Su brillo no tardaría en apagarse y podría volver a centrarse en el trabajo.

Salir con la secretaria no solo era un cliché, era mala idea. Incluso fantasear con ello le causaría problemas. Lo mejor era mantener las distancias hasta que Agnes volviera.

Brody miró el monitor y vio a Samantha sentada sola ante el escritorio. Estaba preciosa, con un rizo rubio cayéndole por la frente. Le hizo desear salir, presentarse y apartarle el rizo de la cara. Pulsó el botón del intercomunicador.

–¿Dónde está Agnes? –preguntó, con voz seca. Notó que le ofendía, por cómo se enderezó, frunció el ceño y se echó el pelo atrás.

–Buenas tardes, señor Eden –contestó con tono amable, ignorando la pregunta y dejando claro lo que opinaba de sus malos modales.

Su madre de acogida, Molly, también lo habría recriminado por su grosería. Pero le servía para mantener a la gente a distancia.

–¿Dónde está Agnes? –repitió.

–Ha bajado a llevar un informe a administración y a recoger su almuerzo del vestíbulo. Me ha dejado a cargo del teléfono.

El almuerzo. Había olvidado que había pedido comida a su restaurante tailandés favorito.

–Cuando vuelva, dígale que necesito preguntarle algo –la observó en el monitor.

–Verá, ella va a estar fuera un mes, y tendrá que apañarse conmigo. ¿Por qué no empezar ya? ¿Y si le llevo yo el almuerzo, me presento y me hace la pregunta? Si no sé la respuesta, seguro que puedo averiguarla.

–No será necesario, señorita Davis. Pídale a Agnes que venga cuando regrese.

Él pensaba retrasar un encuentro cara a cara lo más posible. Tal vez indefinidamente.

–Sí, señor –canturreó ella, pero él notó que casi echaba humo por las orejas.

Brody la observó ordenar su escritorio con gestos airados. Después, alzó la vista a la cámara. Él se quedó sin aliento, atrapado por sus ojos oscuros. Sabía que ella no lo veía, pero se sentía como si lo estuviera taladrando con la mirada.

Lo miraba sin miedo, compasión o asco. Por desgracia, eso no sería igual cuando no hubiera cámaras entre ellos.

Capítulo Dos

«Necesito este empleo. Necesito este empleo. Necesito este empleo».

Sam se apretaba las sienes y repetía ese mantra cada vez que el señor Eden llamaba a su mesa, pero eso no mejoraba su humor. De hecho, le causaba un horrible dolor de cabeza. Solo llevaba allí tres días sin Agnes, pero ya estaba deseando que volviera. Era obvio que no era capaz de tratar con la bestia.

Agnes le había advertido de que era «hiriente», y era una descripción de lo más ajustada. La irritaba. Cierto que estaba ocupado y tenía que dirigir un imperio, pero no le mataría ser amistoso o, cuanto menos, educado. O preguntarle qué tal le iba, o darle los buenos días. Pero se limitaba a ladrarle órdenes: «Consígame esto, haga aquello, recoja mi almuerzo».

Ya se había hecho a la idea de que nunca entraría en su despacho. Él había rechazado cualquier sugerencia en ese sentido y tampoco había salido. Estaba en el despacho cuando Sam llegaba y seguía allí cuando se iba. Se preguntaba por qué había tenido que firmar un contrato de confidencialidad cuando solo podría haber dicho de él que era un antipático. Por lo que había oído del resto de los empleados de Software de Sistema Eden, eso no era ningún secreto.

–Necesito este trabajo.

Sam leyó los nuevos correos electrónicos y empezó a escribir una carta. Según avanzaba el día, más le costaba concentrarse en el trabajo. El dolor de cabeza empeoraba y empezaba a sentirse mareada. El monitor empezó a parecerle demasiado brillante y cada sonido era como una puñalada que le atravesaba el cerebro. Tenía que irse a casa, tomarse una pastilla y echarse una siesta.

–¿Señor Eden? –dijo, tras pulsar el botón del intercomunicador.

–¿Sí? –como siempre, fue una respuesta impaciente y seca.

–No me encuentro bien. ¿Le importa si me voy a casa?

–¿Es algo terminal?

–No creo –respondió ella, sorprendida por la brusca respuesta.

–¿Es contagioso?

–No, señor. Es una migraña. Los analgésicos que tomo están en casa.

Él no contestó , pero un momento después el cajón plateado salió de la pared. Sam se levantó de la silla y se acercó. Dentro había un envase de ibuprofeno. Eso no iba a servir. Por lo visto, el señor Eden no sufría migrañas. Pero la respuesta era clara. No podía irse a casa.

Sam se tomó un par de pastillas. Era mejor que nada.

–He pedido comida italiana para almorzar –dijo él, como si la conversación anterior no hubiera existido–. Estará en el vestíbulo dentro de quince minutos.

A él le daba igual que no se sintiera bien. Ni siquiera se había molestado en pedirle que fuera por su almuerzo, ni en decir «por favor» o «gracias». Y nunca le preguntaba si ella quería pedir algo.

Sam no sabía si era un genio desconsiderado con todo el mundo o si, sencillamente, no la consideraba digna de su atención.

–Ponla en el cajón cuando llegue –añadió él, como si hubiera alguna otra opción.

Sin responder, Sam se llevó la mano al bolso, sacó un par de dólares y agarró la bolsa de ropa sucia que él había dejado junto a su escritorio esa mañana. Si no podía irse a casa, era mejor hacer cuanto pudiera: bajaría, llevaría la ropa al tinte y compraría un sándwich.

Cuando volvía al vestíbulo, vio al repartidor con la bolsa de comida en el mostrador de recepción. La recogió y atravesó los múltiples controles de seguridad para volver a su despacho. Dejó ambas bolsas de comida en el escritorio y fue al minibar a por una taza para su bebida. A mitad de camino, oyó un gruñido por el intercomunicador.

–Eh..., ¿mi almuerzo, señorita Davis?

–Un segundo –exclamó ella, agarrando una taza. No había hablado por el intercomunicador, pero si las paredes no estaban insonorizadas, tenía que haberla oído. Le dolía la cabeza, estaba de mal humor y había llegado al límite.

De vuelta al escritorio, agarró la bolsa de papel con la comida de él para meterla en el cajón. Pero se detuvo. Estaba cansada. Como a él no le preocupaba su dolor de cabeza, ella no iba a preocuparse de su estómago vacío. Si quería comida, que saliera a por ella.

Sam colocó la bolsa al borde del escritorio y miró la cámara con una ceja arqueada. Un momento después, el cajón de metal salió hacia fuera. «No», pensó ella.

Desenchufó el cable de su teléfono, apagó el monitor y se quitó la rebeca negra de Michael Kors. Fue hacia la cámara más cercana y tapó la lente con la rebeca. La otra cámara no apuntaba a su escritorio, así que sentó ante él y sacó el almuerzo de la bolsa.

Necesitaba el trabajo, pero él también la necesitaba a ella. Si quería su almuerzo, iba a tener que salir a recogerlo. Si quería que ella hiciera algo, tendría que pedírselo con amabilidad. Si no le gustaba podía despedirla, pero dudaba que lo hiciera.

No tenía a nadie que entrevistara a su sustituta.

Pasaron cinco minutos. Oía mensajes instantáneos entrando en su ordenador, pero con la pantalla apagada no podía verlos.

Cinco minutos después oyó el sonido del cerrojo y el giro de un

pomo. Había conseguido que la bestia saliera de su guarida.

Había conseguido su propósito pero, de repente, se puso nerviosa. Repasó mentalmente lo que Agnes le había dicho: «Desfigurado, no reacciones, oculta tu lástima». Se preparó para no reaccionar cuando apareciera.

La puerta se abrió y se le hizo un nudo en el estómago. Esperaba que le gritara, pero él fue hacia la cámara de vigilancia y quitó la chaqueta. Solo vio su perfil y supuso que el otro lado de la cara era el dañado, porque lo que podía ver era muy agradable. Era alto y fuerte. El caro traje color azul marino se ajustaba de maravilla a sus anchos hombros. El cabello castaño oscuro, casi negro, le llegaba al cuello de la camisa. La mandíbula fuerte, los pómulos altos y la nariz recta le daban un aire aristocrático.

Era un hombre muy atractivo. Casi parecía una estrella de cine. A Sam le gustaban los hombres altos, morenos y guapos, y él lo era.

Entonces se volvió hacia ella. Sam intentó mantener una expresión neutra, pero era difícil. Todo el lado izquierdo de su cara estaba cubierto de cicatrices. La piel estaba arrugada y retorcida desde la sien a la mandíbula y cuello abajo. La lesión se extendía hasta la oreja, deformando el cartílago y el nacimiento del pelo estaba retraído con respecto al otro lado. El ojo, la nariz y la boca estaban bien.

Él extendió la mano para ofrecerle la rebeca. La mano izquierda también estaba cubierta de cicatrices. Casi se veía la silueta en el rostro, que debía haberse tapado intentando protegerse de algo. De algo horrible, sin duda.

Tragó saliva y aceptó la rebeca, negándose a evitar el contacto ocular. Era difícil, porque tenía unos ojos impresionantes. Eran azul oscuro como zafiros, y brillaban como tales, enmarcados por espesas pestañas negras. Sam podía perderse en esos ojos y olvidar lo demás.

El ruido del teléfono al ser reconectado la hizo volver a la realidad. Bajó la vista a tiempo para verlo recoger su almuerzo. Después, él la miró con un una mezcla de irritación y confusión.

Sin saber qué hacer, Sam sonrió. Sabía que se había metido en problemas, pero había utilizado su resplandeciente sonrisa más de una vez para suavizar sus errores.

Él no le devolvió la sonrisa. Giró en redondo, volvió a su despacho y cerró de un portazo.

Después, silencio.

Siguió esperando que llegara una regañina por el interfono. Un correo electrónico dándole instrucciones para recoger sus cosas. O un mensaje instantáneo. Pero solo hubo silencio.

Tal vez sí sabía cómo manejarlo. Agnes no era de las mujeres que permitían que les dieran órdenes. Tal vez necesitaba saber cuáles eran sus límites con ella. Él había impuesto los suyos y ella los respetaría.

Por el momento.

Se relajó para almorzar. O al menos lo intentó. Tras dar unos cuantos mordiscos al sándwich, se libró del dolor de cabeza y las náuseas, pero otra cosa la reconcomía.

No podía dejar de pensar en esos bellos ojos azul intenso.

Tras la advertencia de Agnes, había esperado que su rostro estuviera... destrozado. Pero no era así. Las cicatrices eran terribles, cierto, pero eso solo era una parte de él. El otro lado de su rostro era muy atractivo y era alto y musculoso. Podía imaginarse deslizando las manos por los músculos de sus brazos y apretándose contra su pecho.

El cosquilleo ansioso de antes se había convertido en otro tipo de cosquilleo. Sam se removió en la silla e inspiró con fuerza para librarse del deseo.

–Basta de eso –dijo en voz alta–. No repetiré –dio otro mordisco al bocadillo e intentó concentrarse en comer en vez de en su jefe.

Si el fiasco de su empleo anterior le había enseñado algo, era que las relaciones en el trabajo eran mala idea. Y con el jefe eran desastrosas. Sobre todo cuando el jefe estaba casado y nunca lo había mencionado.

Sam había sido una ingenua cuando se enamoró de su jefe, Luke. Había bajado la guardia ante el guapo y seductor embustero. Había aprendido una dura lección. Dadas las circunstancias de su empleo actual, no había creído que fuera a tener problemas. Brody era un gruñón desfigurado y solitario. Muy lejos de poder convertirse en una fantasía sexual. Pero lo había visto y todo había cambiado. Agnes le había dicho que Brody no estaba casado, pero estaba tan lejos de su alcance como cualquier otro jefe.

Disgustada consigo misma, Sam guardó el resto del sándwich. Si se centraba en el trabajo tal vez olvidaría el aroma de su colonia y la sensual curva de sus labios. O no.

Quizás no tendría que haberlo obligado a salir.

***

Brody no tenía que haber salido. Lo sabía pero lo había hecho de todas formas.

Y estaba ante su escritorio, meditabundo. Había pasado una hora y no había tocado el envase de espaguetis al horno. Era su plato preferido, pero había perdido el apetito al encontrarse cara a cara con Samantha Davis.

Las cámaras de vigilancia no le habían hecho justicia. Era devastadora en persona. Tenía un aura de confianza que la lente no transmitía. Tampoco transmitía su aroma. Su rebeca le había dejado un perfume floral en las manos. Al acercarse a ella también había

captado el leve olor de su brillo de labios.

De repente, Brody se sintió acalorado, a pesar del aire acondicionado. Se inclinó hacia delante y se quitó la chaqueta, pero eso no lo ayudó mucho.

Quería besar y saborear esos labios. Su cuerpo había reaccionado rápidamente a la proximidad. Se le aceleraba el pulso. Esa reacción le había obligado a volver a su despacho para no hacer el ridículo.

Samantha nunca lo besaría. Al menos porque fuera atractivo y deseara besarlo. La única ocasión en el pasado en la que una mujer había parecido interesada, lo había estado en su cuenta bancaria. Una vez conseguido lo que deseaba, se había ido.

Lo cierto era que Brody tenía suficiente dinero para que las mujeres le quitaran importancia a sus cicatrices. Conocía a gente que aguantaba cosas peores por tener acceso a una tarjeta de crédito sin límite. Todos los billonarios que aparecían en la revista *Forbes* tenían a una rubia pechugona veinte años más joven colgada del brazo en las fotos. No importaba lo viejos, feos o desagradables que fueran los hombres si eran ricos. Pero eso no era lo que Brody quería.

Quería más que una mujer trofeo. Quería más de una relación de lo que podía comprar. Brody nunca tendría amor y lo sabía.

Sam le había dado esperanzas. No había reaccionado como se temía. Había inspirado con más fuerza, pero después su reacción había cambiado. En vez de mirarle las cicatrices le había mirado a los ojos. Y había visto en sus ojos marrón oscuro suavidad y calidez. Y había sonreído.

Sin asco, sin pena, sin irritación. Casi había creído ver atracción. Había visto la misma mirada en los ojos de una chica que admiraba a uno de sus hermanos en el instituto. O en como su madre de adopción, Molly, miraba a Ken. Pero a él nunca lo habían mirado así.

El problema era decidir qué hacer a continuación. Sentía la tentación de dejar de aparentar grosería e intentar hablarle. Tal vez después pudiera plantearse pedirle que saliera con él. Pero su instinto le advertía que se alejara, aunque su cuerpo le pedía cercanía.

Brody, mirando el monitor, lamentó su inexperiencia con las mujeres. Los años que Agnes había trabajado para él no lo habían ayudado en ese sentido. Si se había equivocado respecto a la reacción de Sam, se sentiría como un estúpido cuando ella lo rechazara. Y lo haría. Y eso dificultaría su relación de trabajo. Así que sería mejor callar.

Al menos, lo peor había pasado. Sam lo había visto. El momento incómodo ya estaba salvado.

El pitido del correo electrónico hizo que se concentrara en el ordenador. Tenía una videoconferencia con el equipo ejecutivo en quince minutos. Ni siquiera los empleados más antiguos y de más

confianza veían el rostro de Brody, sino una cortina roja de fondo; él se sentaba a un lado. Podría haber convocado una conferencia telefónica, pero le gustaba ver sus rostros en las reuniones; averiguaba más por sus expresiones que por sus voces.

Necesitaba la agenda y los reportes financieros que le había pedido a Samantha que preparara para la reunión. Brody llevó la mano al botón intercomunicador y titubeó. No tenía ninguna razón para volver al escritorio de Sam, aparte del deseo de verla de nuevo. Casi hubiera preferido que lo hubiera mirado con horror para poder concentrarse en el trabajo en vez de en el bamboleo de sus caderas cuando se movía.

Quizás había malinterpretado su reacción. Si volvía a salir y evitaba mirarlo, si evitaba su mano cubierta de cicatrices, entonces su mundo volvería a la normalidad. Sí, por eso mismo iba a salir.

Salió de detrás del escritorio y rodeó la máquina de *pinball* de camino a la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo, haciendo acopio de valor para salir. Deseaba no haberse equivocado al interpretar su reacción, pero no sabía qué haría si ella se sentía atraída por él.

–Cobarde –se maldijo, obligándose a salir a la zona de recepción.

Sam se enderezó en el escritorio y lo miró con sorpresa y cierta aprensión. Arrugó la frente. Brody se preguntó si le daba miedo. No sería la primera vez.

–¿Ocurre algo, señor Eden? –se puso en pie de un salto y se alisó la blusa–. Le pido disculpas por lo de antes, señor. Ha sido poco profesional. Usted puede salir del despacho cuando quiera.

Eso explicaba su expresión. Creía que estaba enfadado. Seguramente había estado preocupándose por si la despedía mientras él pensaba en besarla. Eso solo demostraba lo equivocado que estaba. No iba a despedirla ni, por desgracia, a besarla. Brody negó con la cabeza.

–No hace falta que se disculpe, señorita Davis.

Ella dejó escapar un suave suspiro de alivio y su cuerpo pareció relajarse. Él no pudo evitar fijarse en cada detalle de su cuerpo, desde el movimiento de sus senos al respirar, a la curva de su cuello.

–Sam, por favor –dijo ella.

Sam. Eso le gustó.

–Tendría que haber salido antes. Estoy muy ocupado –dijo, aunque la disculpa le sonó pobre.

–Claro –Sam asintió comprensiva. Llevó la mano a una carpeta y se la entregó, sonriente–. Aquí tiene el informe de la reunión.

Brody se quedó inmóvil, hipnotizado por la belleza de su sonrisa. Labios llenos y rosados, dientes blancos y brillantes. Parecía sincera, suplicándole que confiara en ella. Iluminaba su rostro, haciéndola aún más atractiva. Su madre de acogida siempre le había dicho que era

muy guapo cuando sonreía. Pero nunca había creído a Molly, sabía que las madres tenían que decir ese tipo de cosas.

Aceptó la carpeta y se la puso bajo el brazo. Sabía que tenía que volver al despacho, pero algo le mantenía clavado en el sitio. Quería quedarse con ella y buscó alguna excusa.

A Brody se le daba fatal hablar de naderías, así que ni siquiera lo intentó. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y encontró un dispositivo de memoria USB. Contenía todos los archivos más importantes y lo llevaba consigo dondequiera que iba. Pensó que era justo lo que necesitaba para saber si su nueva secretaria era sincera o solo una buena actriz.

–Necesito que imprimas un archivo de aquí mientras estoy en la reunión –le entregó el dispositivo con la mano cubierta de cicatrices.

Observó a Sam mientras miraba el diminuto dispositivo en la palma de su mano. Tras un leve titubeo, utilizó las largas uñas rosadas para agarrarlo sin rozarle la piel.

Intentó contener la desilusión. No le importaba mirarlo, pero no quería tocarlo. Era educada y amistosa con él porque era su jefe. Nada más. No tendría que haber dejado que su mente divagara.

–Es un documento que he escrito sobre las últimas innovaciones de nuestro control de bases de datos. Por favor, imprímelo para que pueda leerlo esta tarde.

–Sí, señor.

Brody se dio la vuelta para volver a su despacho a lamerse las heridas, pero ella lo llamó.

–¿Señor Eden?

–¿Sí? –se detuvo y la miró.

Sam salió de detrás del escritorio y fue hacia él. Brody se tensó involuntariamente. Ella alzó la mano al lado desfigurado de su rostro y él se quedó sin aliento. ¿Qué estaba haciendo?

–Su camisa...

Las yemas de sus dedos le rozaron levemente la piel arrugada del cuello antes de enderezarle el cuello de la camisa. Debía de haberse doblado cuando se quitó la chaqueta. El inocente contacto hizo que su cuerpo ardiera. Aunque no hubiera sido más que un leve roce no premeditado, era la primera vez que una mujer le tocaba las cicatrices.

Su madre de acogida le había besado y tocado la mejilla a menudo, y las enfermeras le habían puesto cremas y vendajes después de varios procesos reconstructivos, pero no era igual. Un escalofrío le recorrió la espalda. La sensación había sido muy distinta.

Sin pensarlo, alzó la mano para agarrar la de ella. Sam tragó aire, pero no se apartó cuando los dedos desfigurados rodearon los suyos. Eso lo alegró. No estaba listo para soltarla. Sintió una placentera corriente eléctrica recorrerle el brazo. Todos sus nervios se

despertaron y tuvo la impresión de que ella sentía lo mismo. Lo miró con los ojos marrones muy abiertos, y los labios húmedos y casi suplicando su beso.

Él bajó su mano lentamente, mirándola a los ojos. Sam tragó saliva y dejó caer el brazo cuando la soltó.

–Así está mejor –dijo, nerviosa, señalando el cuello de la camisa. Levantó el dispositivo con la otra mano–. Imprimiré esto, señor.

–Llámame Brody –dijo él, recuperando la voz. Aunque fuera su jefe, no quería formalidades con ella. Quería oírla decir su nombre. Quería volver a tocarla, pero no lo haría.

Sam miró el reloj rosa que lucía en su delicada mueca. Brody no pudo evitar notar que todo en ella era brillante. En la mano derecha llevaba un enorme anillo que hacía que los pendientes parecieran discretos. Las costuras de su camisa de color seda reflejaban la luz, al igual que su sombra de ojos color rosado. Los zapatos de tacón estaban decorados con lentejuelas y piedrecitas que formaban una margarita. Incluso los botones de su rebeca parecían diamantes en miniatura.

–Vas a llegar tarde a la conferencia, Brody.

Su nombre le sonó maravilloso en labios de ella, pero no podía centrarse en eso. Miró su propio reloj, que era caro pero discreto. Ella tenía razón.

–Gracias –dijo.

Volvió al despacho, cerró la puerta y apoyó la espalda. Inspiró profundamente, llenando sus pulmones de su perfume. Se le fue la cabeza y la sangre fluyó para estimular su deseo con la frustración a la que se había acostumbrado a lo largo de los años.

Ninguna mujer, brillante o no, había tocado sus cicatrices así. Deseaba con cada fibra de su cuerpo que volviera a hacerlo.

Capítulo Tres

La casa estaba vacía. Siempre lo estaba cuando Brody llegaba. Colgó el abrigo del gancho que había junto a la entrada, dejó el maletín del portátil sobre la mesa de la cocina y soltó un silbido.

Obtuvo la respuesta de un ruido de uñas en el suelo de madera, bajando la escalera. Un momento después, un enorme labrador de color crema corrió hacia él. Brody afianzó las piernas cuando la perra se alzó sobre las patas traseras y puso las delanteras en su pecho. Normalmente lo recibía en la puerta, así que tenía que haber estado profundamente dormida en su enorme cojín.

–Hola, Chris. ¿Has pasado un buen día con Peggy? –se inclinó para dejar que lo lamiera y le rascó suavemente las orejas.

La perra se bajó y correteó alrededor de sus piernas, agitando el rabo con entusiasmo. Chris era una perra feliz y una gran compañía para Brody. El malhumor era imposible con ella. Su hermana de acogida, Julianne, se la había regalado en su cumpleaños, tres años antes. Había decidido que necesitaba una rubia en su vida, así que, en broma, él le había puesto el nombre de la sexy cantante pop Christina Aguilera.

Había sido un gran regalo. Le hacía compañía en la enorme casa vacía. El ama de llaves, Peggy, la cuidaba y sacaba a pasear durante el día, y si tenía que viajar a veces se quedaba con Agnes. Todo el mundo adoraba a Chris.

–¿Te ha dado ya la cena Peggy?

Chris corrió al bol vacío y lo miró con expectación.

–Aquí tienes –dijo, llenando el cuenco con su pienso favorito–. ¿Qué me habrá dejado Peggy para cenar?

Olisqueó el aire: comida mejicana.

Peggy llegaba después de que él saliera y se iba antes de que volviera. Mantenía la casa limpia, se ocupaba de Chris, de la colada que no necesitaba ir al tinte, hacía la compra y cocinaba para él. Peggy era una cocinera excelente. Su estofado era divino, incluso mejor que el de Molly, aunque Brody nunca lo habría admitido.

Peggy llevaba cinco años trabajando para él, pero Brody no estaba seguro de qué aspecto tenía. Había visto la copia de la foto de su carné de conducir en su archivo, pero poca gente se parecía a sus fotos. Agnes la había entrevistado, así que no conocía a Peggy en persona. Solo sabía que soportaba su idiosincrasia y, por eso, era perfecta.

Dejó la chaqueta en un taburete y buscó la nota que Peggy le dejaba cada noche. La encontró junto a un plato de galletas caseras en la isla de la cocina. Se metió una galleta en la boca y gruñó de placer, la mujer se merecía un aumento de sueldo.

Hay enchilada en el horno. He comprado tu cerveza favorita, está en la nevera. He cambiado las sábanas. El correo está en tu escritorio. Chris ya ha cenado, no dejes que te engañe. También recibiste un paquete de tu hermano.

Peggy

Un paquete de su hermano. Brody fue a la nevera a por una cerveza y agarró otra galleta. Fue a su estudio seguido por Chris. En el escritorio había un montón de facturas, correo basura y una gran caja marrón. Según la etiqueta era de Xander, uno de sus hermanos de acogida.

Brody había ido a vivir con Ken y Molly Eden con once años, meses después de que su padre lo atacara. Había crecido en su granja de Connecticut, con su hija, Julianne, y otros niños de acogida. Consideraba a los Eden y a los otros tres chicos que entraron en la granja: Wade, Xander y Heath, su auténtica familia. Xander y su hermano menor, Heath, habían llegado después de que sus padres fallecieran en un accidente de tráfico. Xander era unos meses menor que Brody, era congresista por Connecticut y vivía en Washington DC.

Fue directo a por el paquete. Era un misterio. Arrancó el papel y, en la caja, vio la foto de una muñeca hinchable.

La tortura de sus hermanos nunca acababa. No dejaban de preocuparse por su vida amorosa. Sabía que sería aún peor si supieran cómo era en realidad. Brody agarró el teléfono.

–Al habla Langston –contestó Xander.

–Mira –empezó Brody, yendo directo al grano–, espero estas tonterías de Heath, pero no de ti. Se supone que eres el sensato.

–En la oficina, desde luego. Pero el resto del tiempo soy tu hermano y estoy en mi derecho de opinar de tu vida amorosa, o tu falta de ella.

–No tienes de qué hablar, Xander. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

–Llevé a Annabelle Hamilton a una recepción la semana pasada.

–¿A un evento político de recaudación de fondos? –Brody soltó una risita y se sentó.

–Bueno, sí, pero...

–Eso no cuenta. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un cita en la que no hablaste de política, estuviste en un evento político o dejaste a tu acompañante sola mientras hablabas con algún posible donante de fondos?

Su hermano tardó un minuto en contestar.

–Rechazo las fronteras que pones en mi vida amorosa. La vida de un congresista soltero es complicada.

–Eso es lo que pensaba. Tendrías que haberte quedado esa muñeca de plástico tú.

Xander se rio y le dijo algo a otra persona. A pesar de lo tarde que era, seguía en la oficina.

–¿Tienes a alguien contigo?

–A uno de mis internos. Se marcha ya y me estaba recordando mis citas de mañana. Tengo que enseñar el capitolio a algunas personas importantes del distrito.

Hubo un largo silencio antes de que su hermano hablara.

–Es muy tarde para seguir en la oficina. Odiaría trabajar para ti. Eres un mal jefe –dijo Brody, acariciando las orejas a Chris, que acababa de apoyar la cabeza en su regazo.

–No tanto como tú. Al menos hablo cara a cara con mis empleados, en vez de ladrar órdenes por un interfono.

–Les pago bien por esa incomodidad.

–Eso es justo, supongo. Los míos no cobran. Es lo bueno de los becarios en prácticas; puedo aprovecharme de su idealismo gratis, así cuando se licencien estarán asqueados y listos para integrarse al sistema del servicio público.

–Suenas cansado, Xander. ¿Estás seguro de que estás listo para una nueva campaña?

–Es solo que he tenido un día muy largo. Apenas tengo tiempo libre. Y sé que ninguno de nosotros tenemos tiempo para tener citas. Por eso te envié esa deliciosa muñeca de plástico. En realidad es una invitación a una fiesta de recaudación de fondos la semana que viene. Si te hubiera enviado una tarjeta, la habrías ignorado.

–Enviaré un cheque.

–No quiero que envíes un cheque, Brody. Quiero que vengas.

Lo decía como si socializar en un cóctel con un montón de desconocidos fuera su idea de pasarlo bien. Xander sabía de sobra que no lo era, así que había algo que no le estaba diciendo.

–¿Cómo se llama ella? –preguntó.

–¿Por qué dices...?

–Eres tan transparente como mamá.

–Se llama Briana Jessup –Xander soltó un suspiro–. Doctora Briana Jessup. La conocí hace unas semanas. Es una cirujana plástica especializada en cirugía reconstructiva. Pasa varias semanas al año en países del tercer mundo ayudando a niños desfigurados.

Brody escuchaba, pero cada palabra que oía lo irritaba más.

–No sé qué es peor, si pensar que intentas liarme con alguien o que intentes convencerme de que vea a un médico más.

–Es un evento social –corrigió Xander–. Pensé que estarías más cómodo con una mujer si supieras que ha… –la voz se le apagó como si no supiera cómo expresarlo. Xander, como buen político, siempre buscaba las mejores palabras.

–¿Visto cosas peores? –sugirió Brody.

–Sabes lo que quiero decir, tío. No te ofendas.

Brody tomó un sorbo de cerveza. Entendía la intención de su hermano. Una mujer que tuviera experiencia con lesiones graves podría no reaccionar tan negativamente al verlo. Incluso podría llegar a tocarlo, aunque fuera por curiosidad profesional. Sin duda era mejor opción que la última mujer con la que Xander había intentado emparejarlo.

–No estoy ofendido. Simplemente no me interesa una relación con esa doctora tuya.

Era cierto. Tal vez habría funcionado una semana antes. Pero la mente de Brody ya estaba llena de imágenes de una mujer concreta. Una resplandeciente rubia con muchas curvas y a la que le gustaba el rosa.

–¿Sigues molesto por lo que ocurrió con Laura? Ya han pasado tres años.

–¿Por qué iba a seguir molesto por lo de Laura? –Brody soltó una risita–. ¿Solo porque me emparejaste con una mujer que simuló atracción por mí el tiempo suficiente para cargar cien mil dólares en mis tarjetas de crédito? Sería tonto si aún me importara después de tres años.

–Sabes que lo siento–Xander suspiró–. Parecía que le gustabas de verdad; odio que te robara. Pero esta mujer es distinta. Creo que te gustaría.

–Estoy demasiado ocupado para eso ahora mismo. Tengo la cabeza en… otra cosa.

–¿Estás saliendo con alguien? –preguntó Xander con cierta incredulidad.

–No. No seas ridículo.

–Pero estás interesado en alguien, ¿verdad?

–Supongo que se podría decir que sí… –Brody no podía negarlo. Estaba interesado. No podía dejar de pensar en Sam y en cómo sería tocarla.

Sam se tomó otro trago de café expreso, pero dudaba de que fuera a ayudarla. Los primeros cuatro no lo habían hecho. Seguía agotada. Apenas había dormido esa noche. Su mente era un torbellino.

Había empezado el miércoles irritada con su jefe. Brody era exigente, grosero y desconsiderado. Pero para cuando volvió a casa se

sentía intrigada. Excitada, incluso.

¿Qué le había ocurrido? ¿Hacía cuánto tiempo? ¿Cómo podía vivir aislado de todos? ¿No se sentía solo? ¿Por qué era tan desagradable?

Su gen de buscar soluciones se había despertado con la necesidad de arreglar la vida de Brody. Le parecía una pena que se escondiera. Era un hombre listo, exitoso y guapo. No podía permitir que un accidente le impidiera llevar una vida plena.

Sam echó un vistazo a la puerta de su despacho. Tenía ganas de entrar, agarrarle la mano y sacarlo a la luz del sol. Estaba segura de que eso le haría bien.

Entonces vio que la puerta no estaba cerrada del todo. Eso era raro. Brody solía ser muy meticuloso respecto a cerrar la puerta con cerrojo. Debía de estar distraído.

O quizás fuera una invitación inconsciente. Sam no creía en los accidentes, todo sucedía por alguna razón. Tal vez Brody quisiera una vida más abierta, más llena, pero no sabía por dónde empezar. Ella podía ayudarlo y era posible que él lo supiera.

–Sam, ¿puedes pasarme la nueva propuesta de distribución? –dijo la voz de Brody por el altavoz.

–Sí, señor.

Sam sacó la carpeta y miró el cajón plateado y la puerta. No sabía si Brody la había dejado abierta a propósito, pero decidió aprovechar la oportunidad.

Metió la mano en su bolso y sacó un espejito. Estaba bien maquillada, llevaba los rizos rubios recogidos en un moño suelto y sus labios seguían brillantes. Tenía un aspecto fantástico.

Se levantó del asiento, se puso la carpeta bajo el brazo y tiró del bajo de su vestido de punto. Fue hacia la puerta y agarró el pomo. Ni siquiera tuvo que girarlo, una leve presión bastó para abrir.

Sam metió la cabeza en la habitación, esperando que Brody empezara a gritarle, pero no lo vio. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio una máquina de *pinball* a la izquierda. Al lado había otra máquina de juegos. Ambas destellaban, iluminando el rincón de la oscura habitación. Más allá, vio una zona con cómodos sofás de cuero y una minicocina con fregadero y frigorífico.

En el otro rincón había una máquina de pesas y una cinta andadora. Eso explicaba los músculos que tenía. Casi esperaba ver una cama, pero era lo único que faltaba en ese pequeño mundo privado.

Avanzó un paso y vio el escritorio a la derecha. Tenía forma de U y encima había varios ordenadores. Las dos primeras pantallas mostraban las imágenes, en blanco y negro, de las cámaras de seguridad que vigilaban su zona de trabajo. Daban una buena perspectiva de su escritorio. En ese momento él estaba de espaldas, o la habría visto entrar al despacho.

Sam tomó aire y se acercó. El zumbido de los ordenadores y el aparato de aire acondicionado apagaron el sonido de sus tacones en el suelo.

Cuando estaba solo a un paso de él, se paró y miró un cuenco de caramelos de colores que daban un toque de alegría al ambiente monocromo. Su coraje empezaba a desvanecerse, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Decidió esperar un momento para ver si se daba la vuelta. Si decía su nombre, seguramente él daría un bote de medio metro en la silla.

Sam echó un vistazo a la pantalla que él estaba mirando. En la parte de arriba se veía el nombre «Tommy Wilder», y debajo una larga serie de enlaces y descripciones. Nunca había oído ese nombre antes. Después vio que en la pantalla de al lado aparecía su propio nombre. Se preguntó si estaba investigándola en Internet.

No pudo evitar soltar una exclamación. El leve ruido hizo que él se girara en la silla de inmediato. La inicial mirada de sorpresa no tardó en convertirse en una de ira. Apretó la mandíbula, clavó los ojos en ella y se levantó de un salto.

–¿Qué diablos haces aquí? –preguntó–. ¿Cómo has entrado?

–He traído el archivo que querías –Sam apretó la carpeta contra el pecho y dio un paso atrás–. La puerta estaba abierta y…

–¿Qué? ¿Pensaste que la había dejado abierta para ti? –interrumpió él.

–No, yo… –no tenía cómo explicarse. Retrocedió un par de pasos más, hasta que sintió metal contra su espalda. Echó un vistazo y descubrió que estaba contra la máquina de *pinball*. Estaba atrapada.

–¿Qué has visto? –preguntó Brody, señalando los ordenadores–. Dímelo –bramó.

Sam estaba confusa. Estaba enfadado por su presencia, pero parecía más preocupado por que lo hubiera estado espiando. No había visto nada importante. Además, ¿qué importaba eso? Había firmado un acuerdo de confidencialidad. Aunque hubiera visto información sobre el asesinato de John Kennedy, no podría decírselo a nadie.

–Solo unos nombres. Mi nombre. Nada más.

Brody se acercó y puso una mano a cada lado de la máquina, atrapándola. Sus ojos azules parecían casi negros en la penumbra.

Incluso con la carpeta contra el pecho, Sam percibió el calor de su cuerpo. El aroma de su colonia le llenó los pulmones.

Era muy alto. A pesar de que ella llevaba tacones de diez centímetros, casi lo estaba mirando a los ojos. Sus cuerpos se alineaban perfectamente. Se le desbocó el corazón cuando pensó en tocarlo. El contacto anterior había sido tentativo e inocente, pero poderoso. Sabía que no era buena idea, porque él estaba lo bastante enfadado como para despedirla; no iba a besarla.

Sam notó que él contemplaba su boca antes de mirarla a los ojos. Había tenido experiencia con los hombres y sabía cuando uno la deseaba. La sorprendió, dadas las barreras que Brody había interpuesto entre ellos, pero no había duda: la deseaba.

–¿Cuál era el otro nombre? –su voz sonó fría, pero mucho más tranquila.

–¿Timmy? ¿Tommy? No lo sé. Solo lo vi un instante –contestó Sam, confusa.

Al oír eso, Brody asintió y sus músculos parecieron relajarse. Pero no se movió.

Las luces parpadeantes de la máquina de *pinball* iluminaban el rostro de Brody. Era guapísimo. Ella lo observó, deseando entender por lo que había pasado para sufrir esas lesiones.

Sin poder controlarse, alzó la mano y se la posó en la mejilla herida. Apenas la había rozado con la palma cuando él se apartó. Sam no quería que hiciera eso. Ni sus cicatrices ni él la asustaban.

Así que deslizó la mano hacia su cuello y lo atrajo, buscando sus labios con los suyos. Él tensó la boca y, por un momento, ella pensó que había cometido un gran error. Pero, después, él se relajó y llevó una mano a su cintura.

Sus labios se volvieron blandos y dulces. Sam tuvo que obligarlo a abrir más la boca, deslizando la lengua por su labio inferior.

Esperó, nerviosa, a que Brody tomara las riendas del beso, a que la aplastara contra la máquina y empezara a tocarla. Pero él no lo hizo. Todos sus movimientos eran titubeantes, como si se lo estuviera pensando.

La carpeta cayó al suelo, pero a Sam no le importó. Con ambas manos libres, se abrazó a su cuello y se acercó más a él, si él no lo hacía, lo haría ella.

Eso pareció darle valor. Se apretó contra ella y le rodeó la cintura con los brazos. Sam se arqueó hacia él, sintiendo cada firme centímetro de su cuerpo. Él emitió un suave gruñido.

El sonido devolvió a Sam a la realidad. Aunque era ella quien había tomado la iniciativa, comprendió de repente lo que estaba haciendo.

Besando a su jefe. Otra vez. Era como si quisiera que la historia se repitiese. La última vez había sido un desastre.

Así que Sam posó las manos en el torso de Brody y empujó suavemente hasta que sus labios se separaron y él retrocedió. Se quedaron quietos un momento. Después, ella se agachó para recoger la carpeta y se la entregó.

Brody dio otro paso atrás, pero no dejó de mirarla con curiosidad. Su expresión era confusa e incrédula pero, poco a poco, se transformó en una de confianza.

Entonces, por primera vez, la boca de Brody se curvó en una

sonrisa. A ella le temblaron las piernas. Era una sonrisa encantadora e inesperada. Todo su rostro se iluminó y sus ojos chispeaban, haciéndolo parecer aún más guapo. Esa sonrisa le provocó el deseo de contarle chistes para hacerle reír. Hacía que lo deseara aún más.

Sintió una intensa oleada de calor. Tenía el corazón desbocado y anhelaba volver a tocarlo. Eso era malo, muy malo. Tenía que salir de allí antes de perder la cabeza por completo y empezar a quitarse la ropa.

Giró sobre los talones, rodeó la máquina de *pinball* y salió corriendo del despacho de Brody. Cerró la puerta de golpe.

Capítulo Cuatro

Sam no le dio las buenas noches al marcharse. En un momento dado, Brody miró la pantalla de seguridad y vio que su escritorio estaba vacío y su abrigo no estaba en el perchero. Mejor, porque si le hubiera dicho algo no habría podido contestar.

Habían pasado tres horas y la cacofonía de pensamientos que le rondaban la mente le impedía pensar a derechas. No había conseguido trabajar por falta de concentración. En un instante, muchas cosas habían cambiado para bien y para mal.

Ella lo había besado. Besado de verdad. No había sido un besito por obligación. Había entrado en la categoría de seducción, tal y como él lo veía. Pero también había entrado en su despacho, espiado por encima de su hombro e invadido su espacio personal. Sin embargo, Brody no podía estar enfadado con ella, cuando aún saboreaba su brillo de labios con sabor a cereza.

Hacía mucho tiempo que Brody no recibía el beso de una chica. La semana antes del accidente, Macy Anderson lo había besado en la parada del autobús, después del colegio. Diecisiete años después, lo había besado la mujer que Xander le había buscado. Básicamente para acercarse lo justo para robarle la tarjeta de crédito. Pero ninguno de esos besos eran comparables al que había recibido en su despacho.

A Brody no le gustaba pensar en lo que se había perdido en la vida por culpa del mal genio de su padre. No solo era deprimente, era vergonzoso. El peso que suponía crecía año tras año, haciendo que fuera más difícil soportarlo y más crítico ocultarlo. Ni siquiera sus hermanos sabían lo intenso que era.

Pero, a pesar de su desesperación, si Brody quería obtener lo que quería tenía que abrirse a alguien. No podía mantener todos sus secretos ocultos. Iba a tener que decidir por primera vez qué era lo que le importaba más.

¿Lo habría besado Sam de saber que nunca...?

Brody movió la cabeza. No iba a dar al momento más importancia de la que tenía. No podía perder el tiempo fantaseando con su secretaria, porque había ocurrido algo más importante. Ella había visto ese nombre en la pantalla del ordenador.

Había llegado el día que tanta ansiedad le causaba. Sus programas de búsqueda habían funcionado. Alguien estaba buscando a Tommy Wilder.

Si alguien buscaba a Tommy, Brody quería ser el primero en saberlo. Una vez evaluado el riesgo, sus hermanos y él determinarían cómo actuar al respecto. Era imperativo que nadie encontrara a Tommy y que no se hicieran preguntas sobre su paradero, porque desde hacía dieciséis años estaba en una tumba en la granja en la que habían crecido.

Los Eden nunca hablaban de ese día. Era como si todos hubieran decidido que podían simular que no había ocurrido si nadie volvía a mencionarlo. Habían seguido con sus vidas, obteniendo éxito y riqueza. Pero nada podía borrar ese recuerdo. Era imposible olvidar tanta sangre. Lo único que funcionaba era concentrarse en otras cosas.

Y eso había funcionado mucho tiempo. Pero todo había cambiado hacía un año. Julianne había llamado con un ataque de pánico en Acción de Gracias, cuando descubrió que sus padres habían vendido parte de la propiedad familiar. La parte en la que estaba enterrado Tommy. Iban a construir en tres parcelas y corrían el riesgo de que sus restos salieran a la luz.

El problema era que no sabían en qué parcela estaba. Solo Wade conocía el lugar exacto en el que estaba el cuerpo de Tommy. Wade había regresado a Cornwall para recomprar la tierra. No había tenido éxito en el primer intento, pero dado que se había comprometido con la propietaria del terreno, los Eden se sentían seguros respecto a que no se encontraría el cuerpo de Tommy.

Todos menos Brody. Por mucho que odiara tener razón.

Volvió a centrarse en el informe del ordenador. Alguien había tecleado la búsqueda «Tommy Wilder Cornwall Connecticut», y añadido distintos términos como «cárcel», «difunto» y «arresto». Quienquiera que estuviera buscando a Tommy no tenía mucha fe en sus actividades de los últimos dieciséis años.

Por suerte, la persona que había hecho la búsqueda en Google, lo había hecho desde su cuenta de Gmail. Eso le permitió obtener su número de IP, proveedor de Internet, localización y su dirección de correo electrónico: dwilder27, conectado desde Hartford, Connecticut.

Requeriría cierto esfuerzo descubrir quién era ese dwilder27 y qué buscaba, pero era obvio que era un pariente. Tommy nunca había hablado de su pasado. Si tenía familia que podía buscarlo, se había guardado de decirlo. Brody también deseaba haberse guardado de utilizar sus manos.

Por suerte, la búsqueda de dwilder27 no había conseguido resultados útiles. Sobre todo porque Tommy no podía ser arrestado en su situación y nadie sabía que estaba muerto. Solo había un antiguo artículo de periódico que mencionaba que Tommy había huido de su casa de acogida en la granja Árbol de Navidad del Jardín de los Eden. Molly y Ken habían denunciado la desaparición de su hijo mayor de

acogida, pero como cumplía dieciocho años la semana siguiente nadie se había esforzado demasiado por encontrarlo. Era un adulto que quedaba fuera del sistema. Punto final.

Brody había hecho búsquedas sobre Tommy con regularidad, para asegurarse de que no surgía nada nuevo. En Internet, Tommy Wilder había desaparecido de la faz de la tierra. Pulsó el botón para enviar el informe a la red de su casa y apagó las máquinas. Agarró el abrigo y el maletín con su portátil y fue al ascensor.

***

Atravesar las múltiples barreras de seguridad que lo rodeaban era como un ritual para él. Le gustaba ser un fantasma, un enigma. Eso era mucho mejor que la realidad.

Su tarjeta y la huella de su pulgar abrieron la puerta del ascensor. En la planta baja, en vez de ir a la salida que utilizaban Sam y Agnes, se dirigió a un estrecho pasillo que acababa en otra puerta. Pasó la tarjeta, tecleó un código y accedió a su salida privada. Allí lo esperaba su coche, un Mercedes negro con ventanas ahumadas.

Era tarde y no tuvo problemas de tráfico mientras dejaba el centro de Boston. Había preferido la exclusiva y amplia zona residencial de Belmont Hill. Las parcelas eran grandes y arboladas, y daban a una reserva aviaria protegida. A Chris le encantaba correr por el jardín ladrando a los pájaros que se atrevían a posarse en la verja. Aparte de eso, era un entorno tranquilo y aislado. Su casa era como un refugio privado, y los vecinos no se metían en su vida.

Eso permitía a Brody salir al aire libre de vez en cuando. Cavar en su jardín hacía que se sintiera normal. Podía tener las ventanas abiertas de par en par dejando entrar la luz del sol sin preocuparse de que lo vieran.

Cuando llegó a casa, las luces de noche ya estaban encendidas.

A un lado de la casa había construido un invernadero en el que llevaba años criando rosas. No le gustaba ver sus plantas encogerse y morir en invierno. Tenía unas veinte variedades, pero su favorita era un rosa de té híbrida, color rosa fucsia y denominada Miss Belleza Americana. Tal vez le llevaría una a Sam el día siguiente.

El ruido de las uñas en la madera recibió su llegada. Brody, sonriente, le rascó las orejas a Chris cuando se lanzó sobre él.

–¿Cómo te ha ido el día? Yo he tenido un día fantástico y terrible al mismo tiempo.

Chris se sentó y ladeó la cabeza como si lo escuchara. Después, levantó una pata y la puso sobre su pierna como si quisiera consolarlo.

–Ya te contaré. Ahora, vamos a cenar –le puso comida a la perra, leyó la nota de Peggy y sacó la cena.

Con el plato en la mano, seguido por la perra, fue a su despacho para investigar a dwilder27.

–¿Qué pasa con tu empleo? Pareces tensa.

–¿Qué quieres decir? – Sam alzó la vista de su ensalada y se encontró con la mirada escrutadora de su mejor amiga, Amanda.

–Últimamente has estado muy callada. No has hablado de tu empleo, y eso me extraña.

–He estado muy ocupada –dijo con gesto de indiferencia–. Mi jefe es muy exigente.

–¿Para quién trabajas exactamente en...? –Amanda hizo una pausa–. ¿Me has dicho siquiera el nombre de la empresa?

–Software de Sistema Eden –contestó Sam. Que trabajara allí no tenía por qué ser un secreto.

–¿Cómo es que no me lo habías dicho? –los ojos de Amanda se iluminaron con interés–. ¿Has conseguido ver al misterioso director ejecutivo?

–No –eso sí era un terreno peligroso–. No tengo acceso a su planta –mintió.

–Oh, vaya –se lamentó Amanda–. Entonces, ¿por qué estás tan tensa?

Sam se mordió el labio inferior. Más que nunca necesitaba una charla entre chicas. Quería los consejos de su mejor amiga. Decidió expresarse con vaguedad, sin dar detalles.

–Creo que he cometido una estupidez.

–¿En el trabajo? –el tenedor de Amanda se detuvo en el aire–. Bueno, no puede ser tan mala como la última vez. No te has acostado con tu nuevo jefe, ¿verdad?

–No me he acostado con él, pero ayer lo besé.

Amanda movió la cabeza y miró su té con desdén.

–¿Qué te poseyó para besar a tu jefe? ¿Se te insinuó?

–No. Yo lo besé a él. La verdad, se quedó desconcertado.

–¿Por qué demonios has hecho eso después del último desastre? Es el primer empleo que has conseguido desde entonces.

–Ya. No sé en qué estaba pensando.

Una de las ventajas de ese trabajo debería haber sido que su jefe fuera un recluso que no salía de su despacho. La habían despedido por acostarse con su último jefe, y la distancia era una garantía de que no cometería el mismo error otra vez. Sin embargo, había hecho lo posible por romper la barrera y hacer que la bestia saliera de su guarida. Y después, lo había besado.

El éxito tenía un sabor agridulce. Primero, había encontrado una rosa en su escritorio esa mañana, en un estrecho y alto jarrón

plateado. Era de color fucsia intenso, su tono de rosa favorito. Los sedosos pétalos se habían ido abriendo a lo largo del día. Brody no había dejado una nota pero, como nadie tenía acceso a esa planta, solo podía ser de él. Era un gesto romántico. Una única rosa perfecta por un único y perfecto beso.

Brody había salido a verla dos veces esa mañana y, sorprendentemente hablador, le había preguntado cómo había pasado la tarde. Ninguno de los dos había mencionado la rosa o el beso. Más tarde le había pedido, con educación, que le llevara el almuerzo a su despacho antes de irse a comer.

De alguna manera, al invadir sus dominios parecía haber amansado a la bestia. Eso era bueno y malo al mismo tiempo.

–¿Está casado?

–No –afirmó Sam. Esta vez estaba más que segura–. Y no se parece nada a Luke. Es una situación completamente distinta.

–Es lo que tiene besar a tu jefe. Pero, contéstame a algo: ¿quieres besarlo otra vez?

Sam inspiró profundamente y admitió la verdad. Sí quería. Era algo complicado, pero no podía evitar lo que sentía.

La aventura con su anterior jefe había sido puramente física. Él estaba demasiado pendiente de sí mismo como para llevar sentimientos a la relación y ella lo había sabido. Había descubierto la causa después. Brody era distinto. Le despertaba los mismos deseos físicos pero también un instinto protector y anhelos emocionales que no podía ignorar. Todo ello junto le afectaba a su cuerpo a un nivel que le impedía concentrarse cuando lo veía.

Brody era como un tigre herido. Peligroso, bello, fascinante... pero no podía evitar el deseo de curar el dolor que veía en sus ojos azules. Alguien tenía que atreverse a entrar en su jaula, y quería ser ella. Aun sabiendo que podía morderla.

–Sí quiero –dijo en voz alta.

–Bueno, no está casado. Tiene un buen trabajo. Te interesa, o no querrías volver a besarlo. Si él está interesado en ti, ¿qué problema hay? Al fin y al cabo, es un trabajo temporal.

Amanda siempre había tenido el don de saltarse el embrollo mental e ir al grano.

–Supongo que me preocupa que no acabe bien. No quiero cometer el mismo error dos veces.

–Cielo, te vi mientras pasabas por lo de Luke. Estoy segura de que aprendiste la lección. No seas tan dura contigo misma. Si este tipo es diferente, no dejes que el pasado nuble tu buen juicio. Ve despacio. Espera a ver qué ocurre. Quizás recibas una sorpresa agradable.

Sam miró su reloj y asintió. Tenía que acabar de comer y volver a la oficina.

–Tendré todo eso en cuenta.

–Tenme al día de cómo va el asunto –Amanda sonrió–. Quiero todos los detalles. Hace meses que no salgo con nadie, necesito con urgencia vivir una aventura a través de alguien.

Terminaron de comer y Sam volvió al trabajo. Fue una tarde ajetreada y Brody le envió mensajes pidiéndole multitud de tareas que le mantuvieron la mente ocupada. Cuando por fin tuvo un momento para mirar el reloj, era hora de irse a casa.

El día anterior, tras el beso, se había ido sin decir adiós, avergonzada. Ese día se despediría, pero decidió no dar rienda suelta a sus ganas de iniciar una conversación. Se echó el abrigo magenta sobre el brazo, agarró el bolso y llamó a la puerta del despacho con los nudillos.

–Entra.

Sam giró el pomo y asomó la cabeza por la puerta. Brody estaba sentado ante el ordenador principal, pero se puso en pie cuando la vio.

–Sam –dijo con una sonrisa que empezaba a ser habitual–. ¿Tienes planes para esta noche?

Ella lo miró boquiabierta. Era viernes por la noche. ¿Estaba pidiéndole una cita?

–¿Planes? –repitió, sin saber qué decir–. En realidad no. Iba a pintarme las uñas de los pies y ver alguna película. ¿Por qué? ¿Tienes una oferta mejor?

Brody no respondió de inmediato. Parecía no saber cómo reaccionar a su descaro.

–En realidad no –frunció el ceño–. Voy a trabajar hasta tarde y me preguntaba si podrías quedarte y ayudarme con una presentación que tengo que hacer la semana que viene. Sé que es viernes por la noche, pero me iría bien tu ayuda.

–Oh –dijo Sam, sin saber si sentía alivio o decepción–. Pensé que ibas a invitarme a cenar o algo así –lo dijo sin pensar y se arrepintió de inmediato.

Brody se quedó pensativo hasta que procesó su respuesta. Cuando lo hizo, sus ojos se abrieron.

–Oh, Sam, lo siento. Yo... no salgo a cenar.

–Olvídalo –dijo ella.

–Si te quedas, pediré comida china para los dos. ¿Qué te parecería eso?

–Vale –no era la oferta más romántica que había recibido en su vida, pero las horas extras estaban bien pagadas y compensarían el esfuerzo. Salió a dejar sus cosas en el escritorio y volvió al despacho con la tableta para tomar notas.

Una hora después, el guarda de seguridad llamó para decirles que la cena había llegado. Sam ni siquiera sabía que él la había pedido. Brody no le había preguntado qué quería. Sintió un cosquilleo de irritación. Odiaba a los hombres arrogantes que pedían por ella sin consultarla.

–Volveré enseguida –dijo.

Volvió pocos minutos después con una pesada bolsa de comida y bastante malhumorada.

–¿Qué has pedido? –le preguntó.

Brody estaba en la zona de asientos ante la mesa de café. Ya había servido la bebida.

–Pollo Kung Pao, ternera y brócoli, arroz frito sin guisantes, sopa agridulce y rollitos de huevo y verdura. ¿Te parece bien?

Sam había estado a punto de decirle que no le gustaba que eligieran por ella, pero no podía quejarse. Había pedido todo lo que le gustaba, incluido el detalle del arroz sin guisantes. Atónita, sacó los envases de cartón y los puso sobre la mesita.

–¿Cómo has sabido lo que quería? –preguntó.

–Lo he consultado –dijo Brody, impasible.

–¿Has consultado mis gustos de comida china?

–Todo se puede encontrar en Internet, si sabes donde buscar.

–¿Lo has sacado de esa búsqueda que hacías de mí ayer? –el impacto del beso le había hecho olvidar que había visto su nombre en una pantalla–. ¿Estás investigándome?

–Ayer no –Brody se rio–. Hice la búsqueda una semana antes de tu entrevista de empleo. Ayer solo pretendía acallar mi curiosidad por ti.

Sam se tensó, preguntándose si sabía lo de su desliz con Luke. Era inquietante que alguien investigara los detalles de su vida hasta el punto de saber cuáles eran sus platos favoritos.

–Los tipos normales piden una cita a una mujer y, si sienten curiosidad, le hacen preguntas. Investigar en Internet es siniestro.

–¿Siniestro? ¿En serio? –se encogió de hombros–. A mí me parece práctico. Tu sistema es poco eficaz. La información que puedo encontrar yo es mucho más detallada y exacta que la que podría obtener de persona.

–¿Exacta? ¿Crees que te mentiría sobre la comida china que me gusta?

–Eso es un mal ejemplo, pero podrías decir que te gustaba algo que no te guste por educación.

–Pero es más divertido hacer preguntas en una cita. En los dos sentidos. La otra persona también descubre cosas sobre ti –ella no habría buscado datos sobre Brody en Google, aunque no hubiera sabido que no los había.

–Como puedes suponer, no tengo muchas citas. Me siento más

cómodo con los ordenadores.

–¿Te sientes incómodo conmigo?

–Un poco –Brody asintió y tragó saliva–. No se me da bien la gente. Sobre todo cara a cara.

Sam era tan sociable que no se imaginaba llevar una vida tan aislada. Para ella, lo complicado e irrazonable eran los ordenadores.

–Pues la mejor manera de solucionar eso es la práctica. Cuanto más tiempo pases conmigo, más cómodo te sentirás.

–Eso dices, pero yo no lo siento así –clavó en ella sus ojos azules y movió la cabeza–. Al menos contigo.

Sam entendía muy bien lo que quería decir. Cuanto más tiempo pasaba con Brody, más inquieta e intrigada se sentía. Él no reaccionaba como la mayoría de los hombres. Todo en él era calculado. Incluso durante el beso su mente había dominado. Pensaba demasiado y titubeaba cuando no estaba seguro de cómo actuar.

–Eso es normal –admitió– cuando empiezas a conocer a alguien. Sobre todo si te gusta.

Brody desvió la mirada y se concentró en la comida, masticando lentamente. Sam hizo lo mismo. Casi habían acabado de comer cuando él volvió a hablar.

–Sí que me gustas, Sam. ¿Te gustaría cenar conmigo mañana por la noche?

Sam alzó la cabeza sorprendida. ¿Más horas extras? No le iría mal el dinero, por si le costaba encontrar otro empleo. O podría comprarse un bolso fantástico que había visto en Saks.

–Vale. ¿A qué hora tengo que estar aquí?

–¿Aquí? –Brody frunció el ceño–. No te estoy pidiendo que trabajes en fin de semana, Sam, sino que cenes conmigo. Una cita de verdad, tal y como has sugerido.

–Pero antes has dicho que no salías a cenar –dijo ella, preguntándose si realmente había sugerido una cita.

–Y no lo hago –Brody sonrió–. Por eso me gustaría que vinieras a cenar a mi casa.

Capítulo Cinco

Tendría que haberle dicho que no. ¿En qué había estado pensando?

Sam farfullaba para sí en el asiento trasero del coche que Brody había enviado para que la recogiera. El chófer no le prestaba la menor atención.

Lo malo era que ya no podía cambiar de opinión. Si le entraba el pánico antes de entrar, le esperaba un largo paseo de vuelta a casa. Por tentador que fuera su guapo, inteligente y rico jefe, era su jefe. Eso no podía acabar bien.

Aun así, Brody no se parecía en nada a Luke.

Sam llevaba librando una batalla consigo misma desde que había dejado la oficina el viernes por la noche. Aunque fuera la decisión equivocada, quería la cita. Quería ver a Brody lejos de la oficina y sus barreras. Saber cómo era en realidad.

Había tardado dos horas en vestirse. La mitad de su ropa estaba tirada por el suelo del dormitorio. Al final, se había decidido por una falda estrecha, color champán, con encaje negro por encima, un top de seda negro y un echarpe de encaje. Se había recogido el pelo en la nuca para lucir mejor los brillantes pendientes de oro y cristal. Todo su cuerpo resplandecía. Llevaba su perfume más caro y ropa interior de seda. Esa no era la actitud de una mujer que no estuviera interesada en la cita.

El coche entró en una calle estrecha. Sam miró las enormes casas. Eran casi fincas, con suficiente terreno para incluir cincuenta apartamentos como el suyo. Tras unas diez casas, entraron en un largo camino de acceso circular.

–Hemos llegado, señora.

Ese era el momento que había anhelado y temido todo el día. El corazón se le desbocó en el pecho, pero tuvo que bajar del automóvil cuando el chófer le abrió la puerta. Tomó aire, agarró el bolsito y se despidió.

Se enfrentó a la enorme casa, admirando las luces que daban a los arbustos y árboles un resplandor dorado. No era en absoluto como había esperado, excepto por las diminutas cámaras de seguridad dirigidas hacia la puerta de entrada.

No había dado más de un paso cuando la puerta se abrió y un enorme perro corrió hacia ella. Pesaba al menos cuarenta kilos y Sam solo tenía un bolsito con el que defenderse. Correr era imposible con

los zapatos de diez centímetros de tacón.

Sintió el golpe de unas patas en las solapas del abrigo y un lametón en la mejilla. Se tambaleó y, segundos después, el perro y ella estaban sobre un arriate de flores aún sin plantar.

–¡Chris!

Sam abrió los ojos y se encontró cara a cara con el enorme y cariñoso perro. Intentó apartarlo y levantarse, pero el animal estaba entusiasmado.

–¡Christina! –clamó una voz masculina.

Un segundo después, apartaron a la perra y Sam vio a Brody mirándola compungido. Le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

–Lo siento. Chris es inofensiva. No creí que le excitara tanto ver a una persona nueva.

Sam se puso en pie, sacudiéndose virutas de la falda y frotándose el trasero con disimulo.

–Por lo visto Chris es más sociable que tú.

–Sí. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño ?

–No, no. Lo único herido es mi orgullo.

Brody sonrió y Sam no pudo evitar sonreír también. Era asombroso lo pronto que había olvidado sus cicatrices. La encantadora sonrisa y los ojos azules hacían que se volvieran invisibles.

En ese momento, él miró hacia la carretera. Se acercaba un coche. Sam observó, decepcionada, cómo se le apagaba la sonrisa. Le preocupaba que la gente lo viera. Empezaba a sentirse cómodo con ella, pero parecía ser la excepción a la regla. A Brody le faltaba mucho para pasear por un centro comercial o mirar cara a cara a sus empleados.

–Vamos adentro –dijo él.

Sam aceptó su mano y subieron juntos la escalera que llevaba a la puerta. Se quedó atónita en cuanto entró. El exterior de la casa no era tan sorprendente como el interior. La casa era luminosa y amplia, con suelos de roble claro y molduras blancas. Las paredes estaban pintadas de tono moca. En el salón había muebles crema, alfombras mullidas y ventanales de suelo a techo.

–¿Ocurre algo? –preguntó Brody cuando ella se quedó parada y liberó su mano.

–No, es solo que... no esperaba esto –Sam se sintió culpable por haber pensado que vivía en algún tipo de cueva oscura–. Quiero decir que es muy distinto de tu despacho.

Él le ayudó a quitarse el abrigo y lo colgó de un gancho de bronce que había a la entrada.

–Ven a la cocina. La cena está casi lista –dijo–. Me siento más cómodo aquí que en la ciudad. Nadie puede mirar dentro de la casa.

–Tampoco pueden ver tu despacho. Podrías pintarlo de color morado con lunares rosas y nadie lo vería. ¿Entra alguien a limpiar alguna vez?

–Lo hago yo. No confío en que nadie entre allí, por buenas razones. Las medidas de seguridad y las ventanas de cristal tintado se deben a que varios periodistas han intentado alcanzar la fama exponiéndome al público. Mi equipo de seguridad descubrió a uno disfrazado de limpiador de cristales no hace mucho. Mantener el despacho oscuro y cerrado me libra de ser expuesto a la luz pública.

–¿Y qué me dices de aquí?

–Nadie conoce este lugar. La casa está a nombre de una empresa de *holding* sin ningún vínculo público conmigo o con Software de Sistema Eden. Por supuesto, la empresa es mía, pero nadie lo sabe. Y solo mi familia y algunos empleados de confianza han estado aquí, así que no hay riesgo de que se corra la voz.

Sam tragó saliva. No solo había conseguido entrar en la guarida de la bestia, también en su exclusivo hogar privado. Y por invitación. No sabía si sentirse halagada o aterrorizada.

–Es un honor, creo, que confíes en mí lo bastante para invitarme. Nunca revelaré la dirección, por supuesto.

–Tienes cinco millones de razones para no hacerlo –dijo él con una sonrisa.

–No lo haría en ningún caso.

–Lo sé. No te habría invitado a venir si pensara lo contrario. Ven, la cena estará lista enseguida.

Sam siguió a Brody por el pasillo, notando que llevaba vaqueros ajustados y una camisa de cuadros azules sin remeter. Estaba descalzo. Era la primera vez que lo veía sin traje ejecutivo y le gustaba. Tenía un aspecto muy sexy. Parecía más relajado y cómodo que nunca.

Entraron en una cocina grande y espaciosa, con armarios color crema y encimeras de madera.

Había varias cazuelas en la cocina de seis fuegos y cuencos sobre la encimera. No había esperado que él guisara. Dada su afición a pedir comida, no había creído que fuera un hombre que se sintiera cómodo en la cocina.

Brody sirvió dos copas de vino blanco y le ofreció una. La aceptó agradecida.

–Estás cocinando. ¿Qué vamos a tomar? –olfateó el aire–. Huele a queso y… a carbón.

Brody abrió mucho los ojos. Giró sobre los talones y fue hacia la columna de dos hornos. Abrió el de arriba y sacó una bandeja con algo negro y reseco en el centro. Lo tiró a la basura y dejó la bandeja en el fregadero.

–Bueno, iba a ser redondo de pollo con queso de cabra, tomates y

espinacas.

–Suena bien –Sam encendió la campana para que absorbiera el humo negro.

–Sí –dijo él con decepción, examinando el control del horno y una receta que había sobre la encimera–. Habría funcionado si hubiera puesto el horno a 175 grados en vez a 250.

–¿Un genio de la informática que no sabe poner la temperatura en un horno digital? –Sam ahogó sus risitas en un trago de vino.

–No te pases –rio él–. De niño era el único de la casa que sabía programar el vídeo –Brody se puso las manos en las caderas y miró a su alrededor con frustración. Sam veía al director ejecutivo que quería empezar a dar órdenes para solucionar la situación. Por desgracia, esa noche él era el único miembro del equipo.

–Mi ama de llaves se ofreció a hacer la cena –admitió, pasándose la mano por el pelo–. Le dije que no. Quería ser yo quien guisara para ti.

–¿Guisas a menudo?

–Casi nunca –Brody negó con la cabeza–. Peggy me deja la cena hecha a diario. Pero quería impresionarte y pensé que sería fácil seguir una receta. No puedo llevarte a un restaurante, así que me pareció un detalle bonito. Ahora tendremos que pedir una pizza. No tengo suficientes ingredientes para empezar de nuevo.

–No te rindas tan pronto –Sam fue hacia la nevera. No comerían pizza si ella podía evitarlo.

Brody estaba asombrado. Sabía por su trabajo que Sam era lista y eficiente, pero verla en funcionamiento en la cocina era otra historia. Se había quitado los zapatos y el chal y se había hecho cargo de la situación. No podía negar que observarla era de lo más excitante.

Se sentó y Chris se sentó junto a él. Brody le acariciaba la cabeza a la perra, bebía vino y contestaba a las preguntas de Sam sobre dónde estaba cada cosa. Era mucho mejor observarla en persona que en una pantalla. Era puro color y se movía con gracia y fluidez. De vez en cuando lo miraba con una sonrisa tan deslumbrante que se quedaba sin respiración.

Le apetecía interrumpir su trabajo y apretarla contra el acero del refrigerador. Quería descubrir qué sentiría al deslizar las manos por las medias de seda que desaparecían bajo su falda.

Pero antes de que pudiera dar ese paso, Sam se volvió hacia él triunfal, con la cena preparada. Llevó dos platos a la mesa. Había hecho pechugas de pollo marinadas y asadas al grill, con fideos aliñados con aceite de oliva, ajo, hierbas y parmesano. Como acompañamiento tenían la ensalada verde y el pan de ajo que él había preparado antes.

–Tiene una pinta estupenda –dijo Brody admirando sus mejillas arreboladas.

–Ha sido divertido.

–Parecías en tu elemento. ¿Te gusta cocinar?

–La verdad es que no –Sam se rio–. Y, si te soy sincera, no lo hago demasiado bien. Pero sé lo bastante como para no pasar hambre. Se hizo necesario cuando mi madre falleció. Mi padre no estaba preparado para manejar a dos gemelos traviesos y a una niña. La situación lo superaba, así que intentaba ayudarlo.

Brody recordó la investigación que había hecho de Sam. Su madre había muerto cuando ella tenía siete años. Decidió no mencionarlo.

–Está muy bueno –dijo, tras tomar un bocado de pollo–. Mi madre no era buena cocinera. Lo intentaba pero nunca tenía éxito. Cuando quemaba algo mi padre se enfadaba mucho con ella.

Y con él. Y con el perro. Y con cualquiera que estuviera delante cuando estaba airado.

–Mi madre era una gran cocinera. Al menos eso es lo que recuerdo. Tenía siete años cuando murió. Me dejaba ayudarla de vez en cuando en la cocina, pero no estaba preparada para sustituirla. Eso no me detuvo, claro. No hacía la mejor comida del mundo ni planchaba bien, pero lo intentaba. Por eso mi padre siempre me llamaba «arreglatodo». Desde niña siempre he tenido la obsesión de arreglar cosas.

–Parece una compulsión bastante inofensiva.

Sam tragó un bocado y tomó un sorbo de vino. Él notó que había fruncido el ceño. Vio cómo un rizo rubio se le soltaba de la coleta y le rozaba la mejilla. Brody deseó enredárselo en el dedo. Suponía que sería tan suave como sus labios. Sam, absorta, se puso el mechón tras la oreja.

–Podría decirse eso, pero mis hermanos no siempre apreciaban mi ayuda. Ellos me llamaban «metomentodo». Por lo visto, no sé parar y ocuparme de mis asuntos. Cuando se me ocurre cómo deberían ser las cosas no puedo ignorar el problema y necesito solucionarlo.

Brody observó a la mujer a la que había permitido invadir su santuario. De momento, la cita iba bien. Estaba descubriendo cosas de ella y compartiendo las suyas, como Sam había dicho. Juntos habían superado una pequeña crisis. Si conseguía no hacer algo estúpido que la asustara, podría ser una gran noche. Disfrutaba de su compañía, que no era algo que pudiera decir de mucha gente. Sam era cuanto había deseado en una mujer: lista y divertida, bella y cariñosa. Además, no parecía interesada en su dinero.

Había contemplado en la pantalla de su despacho cómo se le iluminaron los ojos al ver la rosa. Y, más importante aún, lo miraba a los ojos con deseo, en vez de con desagrado.

Lo que no entendía era qué veía en él si el dinero no era la

atracción. Una cosa era ser cortés y amistosa en el trabajo e intentar tener buenas relaciones. Pero, ¿por qué lo había besado o aceptado la cita? No tenía ninguna obligación. O tal vez sí. Quizás él fuera un proyecto para ella.

–¿Vas a intentar arreglarme? –preguntó.

Ella alzó los grandes ojos oscuros y escrutó su rostro. Brody esperaba que mintiera o hiciera un chiste. Sabía que la mayoría de la gente desaprobaba su estilo de vida. Si Molly, su madre de acogida, pudiera decirle qué hacer, todo sería muy distinto. En el caso de alguien con la vocación de ayudar de Sam, lo sorprendía que no tuviera ya un sarpullido de intentar controlarse. Para su sorpresa, ella no obvió la pregunta.

–¿Arreglar qué? –lo miró a los ojos.

–¿Arreglar qué? –rio él, levantándose de la mesa para dejar su plato en el fregadero–. Venga. Soy un ermitaño gruñón y desfigurado. Eres la primera mujer que ha entrado en esta casa que no sea pariente o limpiadora. Sin duda has visto algo en mí que te mueres por arreglar.

–Todo eso está en el exterior –Sam lo siguió al fregadero y le sonrió–. No me preocupa excepto en cómo te afecta por dentro –le posó una mano en el pecho, sobre el corazón.

El contacto hizo que la sangre de Brody empezara a hervirle en las venas. Estaba seguro de que ella podía sentir los furiosos latidos de su corazón bajo los dedos. El inocente gesto había encendido un fuego en su interior. Sus músculos se tensaron de anticipación.

–Eres un hombre de negocios brillante. Un genio de la informática. Un gran director de empresa. Has amasado más poder y fortuna en unos pocos años que la mayoría de la gente en toda su vida. Haces el trabajo que adoras. Estoy segura de que tu vida no es perfecta, pero ¿qué vida lo es? Todo el mundo tiene su propia tolerancia y sus límites respecto a lo que pueden soportar. Desde donde yo lo veo, no sé qué podría hacer para mejorar tu vida.

–Podrías besarme –dijo Brody, antes de perder el coraje. Ella lo consideraba resuelto y atrevido. Tenía que serlo esa noche, si quería conseguir lo que quería. Y, fuera bueno o no, la quería a ella. Nunca había deseado tanto a una mujer.

Le agarró la mano, la apartó de su pecho y le rodeó la cintura para atraerla hacia él.

Sam lo miró con sorpresa, y una sonrisa traviesa le curvó los labios. Se apretó contra él y le colocó la mano en la nuca.

–Creo que eso puedo hacerlo –dijo, poniéndose de puntillas.

Brody bajó la cabeza para paliar la diferencia de altura. Sin tacones era más baja de lo que había creído. Sus labios se encontraron en un beso suave y tierno. Le encantaba sentir sus dedos acariciarle el mentón y la lengua de ella deslizarse por la suya. Pero Brody era un

estratega, y siempre pensaba en el siguiente paso, en vez de disfrutar del momento como debería.

Estaba perdido en sus pensamientos cuando Sam le introdujo la lengua en la boca y apretó los senos contra su pecho. El movimiento le provocó una especie de descarga eléctrica. Por puro instinto, la apoyó contra la isla de la cocina y puso las manos en la encimera, a los lados de su cintura. Era más fácil que decidir qué parte de ella tenía más ganas de tocar.

El beso dejó de ser dulce y gentil. Las uñas de Sam se deslizaban por la tela de su camisa y tentaban los músculos que había debajo. El deseo se hizo patente en sus vaqueros ajustados. Se apretó contra su estómago y un profundo gruñido de satisfacción vibró en su garganta.

El sonido reverberó por todo su cuerpo. Era maravilloso sentirla tan cerca. Brody se preguntó si por fin había llegado el momento tanto tiempo anhelado. Creía estar interpretando bien las señales y rezó para no equivocarse.

–Te deseo muchísimo –susurró contra sus labios–. Di que sí. Pasa la noche conmigo.

Brody sintió que los músculos de Sam se tensaban antes de que interrumpiera el beso. Lo miró con el ceño levemente fruncido. Vio duda y preocupación en su rostro, y no sabía cómo hacer que desaparecieran. No podía perderla tras haber estado tan cerca. No iba a dejarla marchar. Si salía por la puerta, tal vez perdería sus oportunidades con ella. Costara lo que costara, tenía que arriesgarse, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que se quedara con él.

–Por favor, Samantha.

Ella desvió la mirada y negó con la cabeza. A él se le cayó el alma a los pies. Brody dio un paso atrás, temiendo haberlo arruinado todo.

–Lo siento, Brody. No puedo.

***

Sam observó las emociones conflictivas que surcaban el rostro de Brody. Intentaba ocultarlas, pero su decepción era obvia. Se preguntó si veía la de ella. Si entendería que lo deseaba muchísimo pero que le daba miedo dejarse llevar.

–Debería irme ya. Dave me dio su tarjeta para que lo llamara cuando estuviera lista para salir.

–No te marches, aún no –dijo él con voz templada. No exigía ni suplicaba–. Peggy ha dejado una tartaleta para nosotros y tengo helado de vainilla. Podemos tomarla en el patio.

–No sé, Brody –el postre, aunque sonaba bien, solo serviría para retrasar lo inevitable. O se iba a casa o se acostaba con Brody. Así que probablemente sería mejor irse ya.

–Es de cereza –sus ojos azules se iluminaron esperanzados–. Y no volveré a tocarte a no ser que me lo pidas. Lo prometo.

Sam suspiró. Su resistencia se debilitaba.

–No es que no quiera que me toques, Brody.

–¿Entonces no quieres tartaleta?

–No, me encantaría probarla. Es solo que...

–Fantástico –Brody se dio la vuelta y sacó un envase de helado del congelador. En la encimera había un molde cubierto con papel aluminio. Levantó el papel para desvelar la dorada corteza de hojaldre con zumo de cerezas rebosando por los bordes.

Sam deseó insistir en que tenía que irse. Ya. Pero adoraba las cerezas. Y, si era honesta, no quería irse a casa. Lo estaba pasando bien. Solo le preocupaba que las cosas iban demasiado rápido.

Brody sirvió dos cuencos de tarta con una bola de helado encima. La tartaleta aún estaba lo bastante caliente para que la vainilla se derritiera.

–Toma –le ofreció el cuenco–. Hablaremos de lo que sea afuera.

Fue entonces cuando Sam se acordó de lo mucho que había refrescado. No hacía tiempo para comer helado en el porche.

–¿No hará frío afuera? Estamos en octubre.

–Lo tengo controlado.

Sam lo siguió por el laberinto de casa, admirando la escalera central y las obras de arte que adornaban las paredes. Pasaron por una zona que parecía el despacho y una sala con una gran televisión y cómodos sofás. Unas puertas de cristal daban a un patio cubierto.

Cuando salió, la recibió una inesperada bocanada de aire cálido. A cada extremo de la zona de asientos había estufas de gas y la enorme chimenea de piedra estaba encendida. Más allá había una cocina exterior que rodeaba el porche y bajaba hacia el jardín.

Al fondo había una piscina. El vapor del agua caliente ascendía en el aire. El jardín estaba flanqueado por árboles y arbustos, algunos adornados con luces diminutas. A la izquierda había una zona acristalada que emitía una luz dorada. Los cristales estaban cubiertos de condensación por la diferencia de temperatura, pero se percibían el verde del follaje y manchas de color. Un invernadero. Tal vez donde había criado la rosa.

Era todo precioso. El jardín perfecto para celebrar fiestas aunque, al mismo tiempo, era el escondite perfecto para ocultarse del mundo.

–¿Te gusta? –preguntó Brody desde la chimenea–. ¿Hace suficiente calor?

–Es bellísimo. Y sí, hace calor, gracias.

Sam se sentó en un banco frente a la chimenea con el postre. Brody se sentó a su lado. Había esperado que empezara a hacerle preguntas por su abrupto deseo de marcharse, pero parecía satisfecho con

disfrutar de la tarta y de su compañía. Chris se tumbó ante la chimenea con un hueso y empezó a mordisquearlo.

–Dime, Sam. ¿He hecho algo mal? –preguntó Brody cuando ella tomó el último bocado.

–¿Qué te hace pensar que has hecho algo mal?

–Esto es un territorio nuevo para mi –Brody dejó su cuenco en la mesa y se volvió para mirarla.

–¿Es que nunca has seducido a una de tus empleadas? –era una pregunta inquisitiva, pero Sam necesitaba saberlo. Si le hubiera hecho esa pregunta a Luke se habría ahorrado dolor de corazón y muchas horas en la oficina del paro.

Brody soltó una carcajada. Rio tanto tiempo que Sam empezó a sentirse irritada.

–¡Eh! –exclamó–. Lo pregunto en serio.

–Lo sé, y lo siento. Pero ¿no sabes que desde que creé la empresa solo había visto en persona a Charlie, el jefe de seguridad, y a Agnes?

Al oír eso, Sam tuvo que contener una risita. Charlie tenía sesenta años, barba gris y una enorme tripa cervecera. Y su madrina, Agnes, tenía cincuenta y muchos, llevaba casada una eternidad y parecía más una maestra de escuela que el sueño romántico de Brody.

–Vale, entendido –aceptó ella. Se sentía mejor al saberlo, pero eso no cambiaba las cosas.

–¿Te has acostado alguna vez con tu jefe? –Brody le devolvió la pregunta. Sam se puso seria.

–Sí –Sam tragó saliva–. Y arruinó mi carrera y casi mi vida.

Brody suspiró y se recostó en el sofá. Era obvio que no había esperado esa respuesta. Al menos eso no lo había leído al investigarla. Todo el mundo en su oficina sabía la verdad, pero se había mantenido el secreto, seguramente por el bien de Luke.

–Cuéntame qué ocurrió –pidió él.

–Era nueva en la empresa. Me contrataron como ayudante del jefe de marketing, Luke. Caí bajo su hechizo de inmediato. Era guapísimo, vestía bien y olía de maravilla. Y era muy amable conmigo. Cuando me pidió que lo acompañara en un viaje de negocios, me puse como loca. No esperaba que ocurriera nada entre nosotros, pero cuando pasó, no pude negarme. Lejos de la oficina era un romántico. Pasábamos el día trabajando y la noche haciendo el amor en su suite –suspiró por su estupidez–. Habría creído cualquier cosa que me dijera. Y fue un error. Estaba casado. Con la directora del departamento de finanzas, para más inri.

–¿Nunca sospechaste que estaba casado?

–Sé que suena ridículo –Sam movió la cabeza–, pero te juro que nunca la mencionó. No había fotos de familia en su despacho ni alianza en el dedo. No tenía razones para pensar que... El caso es que

un día él me estaba besando en su despacho cuando entró su esposa. Se puso como loca. Poco después todos cuchicheaban sobre mí y pasé a ser la mujer que forjaba su carrera abriéndose de piernas. Me echaron unas semanas más tarde.

Brody apretó la mandíbula mientras la escuchaba. Parecía enfadado. Sam esperaba que no fuera con ella por ser tan ingenua y estúpida.

–¿Nadie se dio cuenta de la verdad?

–Si lo hicieron, les dio igual. Yo era la destroza hogares y acabé en paro y sin cartas de recomendación. Este trabajo es el primero que he podido conseguir. Y estoy segura de que fue gracias a Agnes.

–Lo que te ocurrió es terrible. Ese Luke se merecería que lo colgaran de sus partes. Deja que te pregunte algo, ¿de verdad crees que me acostaría contigo y te echaría a la calle como él?

–No... y sí –Sam se sonrojó–. Fue una dura lección, Brody. Soy empleada temporal y es fácil deshacerse de mí. Acostarse con un jefe es mala suerte. Repetir es un mal hábito. No quiero cometer el mismo error.

Brody apoyó la mano en su hombro y lo masajeó suavemente.

–Sam, primero, te juro que no estoy casado. Tampoco tengo novias escondidas por ahí. Estoy más que soltero. Segundo, no soy un desalmado. Por favor, no pienses ni un segundo que intento utilizar mi posición para presionarte con el fin de que hagas algo que no deseas. No quiero que te sientas incómoda. Ni aquí ni en el trabajo.

–Gracias –Sam sabía que decía la verdad. Lo había sabido desde el principio. Pero temía volver a salir trasquilada.

–Por último, quiero que entiendas que no soy la clase de hombre que se acuesta con mujeres sin más. Me gustas, Sam. Eres guapa, lista y divertida –le acarició la mejilla–. Me miras, me miras de verdad. Dudo que entiendas lo raro que es eso en mi vida. No necesito códigos y lectores de huellas digitales para alejar a la gente. Es la gente la que mantiene las distancias conmigo.

»Desde mi accidente nadie me mira como antes. Fue muy duro acostumbrarme a las miradas y reacciones de la gente. Era un niño, Sam. Cuando me hice mayor, creé mi empresa y me escondí porque no quería enfrentarme más a eso. Ahora soy yo quien elige apartar a la gente. Pero al cerrar la puerta a lo malo también se la cerré a lo bueno. Me ha costado gran parte de mi vida personal, pero lo hice para protegerme.

A Sam le dolía el corazón.

–Puede que sea algo increíble en estos tiempos, Sam, pero... aún soy virgen.

Capítulo Seis

Brody nunca había dicho eso en voz alta. Ni siquiera sus hermanos sabían la verdad. Pensaban que había cambiado de estado con una chica que le habían pagado entre todos cuando acabó el instituto. Les había dejado creerlo. Era más fácil que admitir que incluso una prostituta cara no podía mirarlo a los ojos cuando lo tocaba.

Se había escabullido. El sexo habría estado bien, pero quería más. Tal vez fuera un romántico, pero quería compañía, intimidad, amor. Hasta ese momento, Brody no había conocido a ninguna mujer que pudiera interesarse por él. Nadie lo había inspirado lo bastante como para abrirse y sacar a la luz sus demonios.

Sam sí. Y no quería que se fuera. Por eso había decidido que sincerarse la convencería de que no era como otros hombres. Sin embargo, a juzgar por su silencio, tal vez su confesión la había alejado aún más.

Brody contuvo el aliento. Sam no se había movido. Lo observaba. Tal vez estuviera decidiendo cómo salir airosa de la incómoda situación. De repente, dejó el cuenco en la mesa y se puso en pie. Iba a marcharse.

«Eres un bocazas», pensó él.

Pero no se fue. Se inclinó, le agarró la mano y tiró para que se pusiera en pie. Él la miró confuso cuando le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

Era maravilloso sentir cómo su cuerpo se amoldaba al de él. Deseaba tocarla, pero tal vez solo fuera un abrazo de compasión y no quería hacer el ridículo. El anhelo pudo más que él. La abrazó y posó los labios en los rizos dorados de su coronilla.

No quería soltarla, pero ella se apartó y alzó la mirada con una sonrisa traviesa.

–Eso puedo solucionarlo –le dijo.

Brody tardó un instante en entender qué quería decir, era difícil pensar sintiendo sus senos contra el pecho. Él había dicho que era virgen y ella que eso podía arreglarlo. Tragó con fuerza y tomó el rostro de Sam entre las manos.

–¿Estás segura? Es decir, ¿lo haces porque quieres o por esa necesidad tuya de arreglarlo todo?

Sam no contestó. Se puso de puntillas y lo silenció con un beso. Sus labios eran suaves y cálidos y sabían a tarta de cereza. Brody se perdió

en el beso.

Cuando Sam se apartó, tomó la mano de Brody en la suya y volvió hacia la casa. Se detuvo ante la escalera y él asintió. Una vez arriba, él se adelantó y la condujo a la suite principal.

Abrió las dobles puertas que conducían a su dormitorio con el corazón tronando como un tambor. Ella lo siguió sonriente.

Se detuvo en el centro de la habitación. La enorme cama estaba a la derecha, frente a un ventanal por el que contemplaba el amanecer a diario. Detrás había una zona de asientos con chimenea y la puerta que conducía al baño.

–Esta es mi habitación –empezó, volviéndose hacia Sam sin saber qué hacer. Odiaba sentirse tan inseguro, cuando siempre estaba al mando en otras áreas de su vida.

Sam no tenía ninguna duda sobre cómo actuar. Mirándolo a los ojos, llevó las manos al cuello de su camisa. Él, por reflejo, la detuvo.

–¿Qué ocurre? –preguntó Sam.

Brody tragó saliva con fuerza. No podía decirle que quería dejarse la camisa puesta, o que quería hacerlo con la luz apagada. Incluso en su mente sonaba ridículo. Pero no podía ser peor que admitir la verdad: que por más que la deseara no quería que ni ella ni nadie viera lo que el bastardo de su padre le había hecho.

Mucha gente había visto el rostro de Brody, pero nadie le había visto el pecho. Incluso de niño, cuando compartía dormitorio con Wade, lo había mantenido oculto. Después de ducharse, salía vestido del cuarto de baño. No iba a nadar con los otros niños. Probablemente suponían que tenía más cicatrices del accidente, pero Brody no quería que vieran hasta qué punto lo había castigado su padre.

–Nada. Solo... –su voz se apagó. Brody quería a Sam más de lo que quería ocultarse, pero su instinto de conservación lo dominaba–. Te deseo muchísimo. Pero no quiero que veas...

–No quiero que te escondas de mí, Brody. No hay nada que pueda hacerme desearte menos.

Sam parecía saber lo que estaba escondiendo. Brody le soltó la mano y la dejó continuar. Ella observó su expresión mientras descubría su torso centímetro a centímetro. Él se tensó, conteniendo la respiración, cuando terminó de abrirle la camisa y la retiró de sus hombros. Él esperó la reacción que tanto temía. Por mucho que ella lo dijera de verdad, aún no había visto todas sus cicatrices.

Sam solo hizo una breve pausa tras seguir con la mirada el sendero de piel retorcida que bajaba desde su hombro al corazón. Después, posó la palma encima y la deslizó hacia su cuello.

Brody luchó contra el deseo de apartarse. Siempre se apartaba. No le gustaba que tocaran sus cicatrices. Eran terribles a la vista, pero aún peores al tacto. Sam no parecía pensar lo mismo. Parecía empeñada en

derrumbar todas sus barreras. Sin el menor gesto de disgusto, puso la mano en su mejilla y lo atrajo para besarlo.

Mientras lo besaba, él dejó de pensar en sus cicatrices. Estaba hecho. No había salido corriendo. Ya podía concentrarse en otras cosas. Llevó las manos a su cintura y tiró de la blusa para sacarla de la falda y sentir su piel. A diferencia de la de Brody, era una piel perfecta y sedosa, delicada, femenina y bella. Adoró la sensación de su espalda y sus costados bajo las manos. De repente, Sam gimió contra sus labios y se apartó. Brody se detuvo y la miró, nervioso.

–¿Qué he hecho?

–Nada –ella sonrió–. Tus manos están un poco frías.

–Lo siento.

–Tiene fácil solución –dijo ella. Con un movimiento fluido, se sacó la blusa por la cabeza.

A Brody se le secó la boca al ver sus pechos confinados en un sujetador de encaje negro. Eran grandes y llenos, y rebosaban por el borde de las copas bordadas con cristalitos. Era como si una chica de calendario hubiera cobrado vida en su dormitorio. Intentó tragar, pero el nudo que tenía en la garganta se lo impidió.

Sam se llevó las manos a la espalda, desabrochó el sujetador y lo dejó caer el suelo. Eran unos pechos impresionantes. Brody había visto multitud en revistas y películas, pero no lo habían preparado para ese momento. Orondos, pálidos y coronados por pezones rosados. Anhelaba tocarlos, pero era incapaz de moverse.

Sam tomó sus muñecas, se llevó sus manos a la boca y sopló sobre ellas. El cálido aliento le provocó un cosquilleo, pero cuando ella llevó las palmas a sus senos, el cosquilleo se convirtió en una descarga eléctrica.

Contempló a Sam cerrar los ojos y disfrutar del contacto. Empezó moldear su carne. Ella emitió un gemido de placer mientras la exploraba. Pero él también quería saborearla. Bajó la cabeza para succionar un pezón.

Sam gimió y arqueó la espalda, apretándose contra su boca. Su piel era a la vez dulce y salada. Pasó de un seno a otro, succionando y lamiendo los pezones hinchados. Ella se retorció en sus brazos, enredando los dedos en su pelo. Esa reacción lo animó, dándole confianza para probar diferentes formas de hacerla gritar de placer.

Brody solo se apartó cuando sintió sus dedos en la cremallera de los vaqueros. Con seguridad, Sam desabrochó y bajó la cremallera mientras lo empujaba lentamente hacia la cama. Deslizó la mano dentro del elástico de los calzoncillos y curvó los dedos sobre su firme erección.

–Oh, diablos –gruñó él.

Sam lo obligó a sentarse en el colchón. Él se apoyó en los brazos

mientras ella tiraba de los vaqueros y los calzoncillos para desnudarlo. Estar denudo con Sam agachada entre sus piernas era una experiencia. Nunca se había sentido tan expuesto en su vida. Pero con ella era excitante.

Sam se arrodilló ante él y lo acarició lentamente, pasando el pulgar desde la base hasta la punta. Brody quería mirarla pero no pudo evitar cerrar los ojos y saborear la sensación. Quería recordar cada instante de esa noche.

Fue una sorpresa cuando ella lo tomó con la boca. Abrió los ojos y se estremeció cuando el calor húmedo de su boca se movió sobre él. Requirió todo su control no explotar de placer. Era una sensación maravillosa. Por fin entendía que la gente estuviera tan obsesionada con el sexo. Brody se había perdido mucho en la vida. Sin embargo, si no ponía fin a eso, acabarían antes de haber empezado.

–Sam –consiguió gemir con voz ronca–, para, no puedo... –apretó los puños–. Por favor.

Cuando se apartó sintió alivio y decepción, pero ninguna de las sensaciones duró mucho. Ella se puso en pie y se desabrochó la falda, que se deslizó caderas abajo y cayó al suelo. Debajo llevaba braguitas de encaje negro y medias hasta los muslos. Apoyó un pie en el borde de la cama y lo observó mientras deslizaba una media hacia abajo. Cuando cambió a la otra pierna, él captó un destello de carne rosada asomar bajo las diminutas bragas.

Y Sam lo sabía. Brody tenía la sensación de que lo había hecho a propósito. Le sonrió cuando tiró la media a un lado. Dio un paso atrás, permitiéndole ver su cuerpo entero antes de darse la vuelta. Las lujuriosas curvas de su trasero quedaban acentuadas por el tanga y el diminuto corazón de cristal que había en la parte superior. Le lanzó una mirada seductora por encima del hombro, metió los pulgares bajo el encaje y bajó la prenda lentamente.

Por último, se llevó las manos a la nuca y se soltó el cabello. Una cascada de rizos rubios le cayó por los hombros y la espalda. Luego se volvió.

Era lo más bello que él había visto en su vida. Seductora, curvilínea, femenina. Y gateaba desnuda sobre él, para colocarse sobre su cintura. Llevó las manos a sus caderas y acarició la suave piel. Sam se inclinó hacia él y lo besó.

–¿Tienes protección? –le susurró.

–Sí –había pedido una caja de preservativos por Internet esa semana, en un momento de optimismo. Se puso de costado y alcanzó la mesilla. Sacó uno y se tumbó de espaldas.

Sam le quitó el paquetito y lo abrió. Él rechinó los dientes mientras se lo ponía. Sentía su erección presionando. Ella bajó la mano y alineó sus cuerpos en posición. Después, hizo que él le pusiera las manos en

las caderas y asintió.

Había llegado el momento. Apretó su espalda y sintió cómo el cuerpo de ella se expandía lentamente para aceptarlo en su interior. Centímetro a centímetro, se hundió en su calidez hasta penetrarla del todo. Era difícil mantenerse al borde del placer y mantener el control. Había esperado mucho para vivir ese momento. No estaba dispuesto a dejarlo pasar en un suspiro.

Entonces, Sam empezó a mover las caderas. Se balanceó hacia delante y luego hacia atrás, con un movimiento largo y fluido. Brody gruñó y le clavó los dedos en las nalgas. Sam volvió a moverse, más rápido esa vez. Y otra. Y otra más.

Arqueó la espalda, ofreciéndole una magnífica vista de los senos. Él deslizó una mano por su vientre y siguió subiendo. Apretó un pezón entre el pulgar y el índice y Sam gritó. Empezó a moverse más rápido, con un ritmo que ninguno de ellos podía soportar mucho tiempo.

Y entonces ocurrió. Sintió cómo los músculos internos de Sam se tensaban a su alrededor. Sus caderas siguieron moviéndose con frenesí.

–¡Brody! –gritó, una y otra vez, hasta que los propios gruñidos de Brody le impidieron oírla.

Cuando Sam gritaba el fin de su orgasmo, se dejó ir. El placer explotó como fuego blanco, en una oleada pulsante.

–¡Sí! –fue cuanto pudo decir. Sí, estaba ocurriendo de verdad. Sí, había dejado de ser virgen. Sí, tenía a la mujer más sexy que había visto nunca en su cama. Y sí, estaba deseando repetir lo que acababa de hacer, muy, muy pronto.

La mañana siguiente, Sam se despertó sintiendo un rayo de sol en la cara. Abrió un ojo y se enfrentó a un día glorioso. Las ventanas del dormitorio daban al este. No sabía si porque a él le gustaba la vista o porque necesitaba despertarse al ritmo de la naturaleza.

Giró la cabeza y descubrió que estaba sola en la cama. Por lo visto, era la vista lo que le gustaba. Pasó la mano por el colchón y descubrió que ni siquiera estaba caliente. Llevaba rato levantado. Entonces sus dedos rozaron algo suave e inesperado.

Bostezando, se incorporó y bajó la mirada. Había una rosa a su lado. La agarró y se la llevó a la nariz. Era deliciosa.

Toda la noche había sido increíble. Sam no había esperado que fuera así. Se había sentido atraída por él desde el primer momento. En parte la hipnotizaba su personalidad oscura y meditabunda.

Le había preocupado que se repitiera la historia de Luke. Pero no podría haber estado más equivocada.

La confesión de que nunca había estado con una mujer había sido

una de las más tristes y sexys que había oído en su vida. Nunca había sido la primera mujer de un hombre, y eso le había excitado muchísimo. La primera vez nunca se olvidaba, y quería ser esa mujer para Brody.

Pero también quería hacerle el amor porque era una forma de compensarlo. No podía liberarlo de su presión. Tal vez no pudiera convertirlo en una persona más abierta y feliz, pero podía darle su cuerpo. Sam había notado cuánto le dolía su confesión. Ningún hombre quería decirle eso a una mujer. Aunque no ocurriera nada más entre ellos, le alegraría saber que había compartido esa parte de ella y aliviado una de las muchas cargas que él llevaba sobre los hombros.

Sam volvió a oler la rosa y se dejó caer en la almohada. Le dolían los músculos y apenas había dormido cinco horas, pero le daba igual. Se sentía demasiado feliz y satisfecha.

La primera vez que habían hecho el amor, Sam había querido dedicársela por completo a Brody. Cada movimiento, desde que se había quitado las medias hasta que había lamido su piel, había tenido la intención de proporcionarle una experiencia que recordara para siempre. Había asumido el control para que él no se preocupara de cometer algún fallo. Sam había estado con hombres más experimentados que se atascaban con el cierre de un sujetador y la tocaban como si estuvieran perdidos. Con Brody todo había sido perfecto.

Igual que el resto de la noche. Para cuando por fin se habían dormido, no había un centímetro de su piel que él no hubiera adorado y satisfecho.

Sam suspiró. Una semana antes nadie la habría convencido de que estaría donde estaba en ese momento. Su irritable y misterioso jefe ocultaba más sorpresas de las que había podido imaginar la primera vez que vio las cámaras de vigilancia.

–¿Sam? ¿Estás despierta?

Antes de que pudiera contestar, Chris saltó sobre la cama y le lamió la mejilla. Brody la regañó y la obligó a bajar de la cama.

–Sí –Sam se sentó, agarrando las sábanas contra el pecho.

–¿Estabas despierta antes del asalto de la perra? –Brody sonrió de medio lado.

–Sí–rio ella–. Gracias por la rosa.

–De nada.

Sam no pudo evitar darse cuenta de lo guapo que estaba Brody esa mañana. Llevaba un pantalón suelto y una camisa blanca remangada.

Ella, en cambio, debía de estar hecha un desastre. Con el pelo revuelto, el maquillaje corrido y la ropa tirada por todos sitios. Se pasó la mano por los rizos revueltos, aunque sabía que eso no los doblegaría. Por suerte, tenía un cepillo de dientes en el bolso. Siempre

llevaba uno.
–He dejado tu ropa en la silla –Brody señaló una silla tapizada. Toda su ropa estaba allí, perfectamente doblada, con los zapatos debajo.
–Gracias.
–Si quieres ducharte, he dejado toallas limpias en el taburete que hay al lado. Estaré abajo. Estaba pensando en preparar el desayuno.
–¿Desayuno? –tras lo ocurrido el día anterior, no esperaba que se ofreciera a guisar.
–Panecillos tostados –apuntó él, sonriente–. Eso se me da bien –Brody llamó a Chris y ambos salieron del dormitorio.
Eso la libraba de tener que pasearse desnuda ante él, cosa que odiaba. Se levantó y agarró su ropa. La ducha era más grande que todo su cuarto de baño, con azulejos de cristal y brillantes dispositivos cromados. Tardó cinco minutos en descubrir qué controlaba cada uno, pero fue recompensada con un espray de agua caliente que provenía de tres boquillas distintas.
Media hora después, Sam bajó la escalera. Limpia pero demasiado elegante para la hora que era. Encontró a Brody en la cocina, sirviendo dos tazas de café. Lo vio añadir crema y una cucharada de azúcar a su taza antes de dársela.
–¿En Internet también pone cómo me gusta el café? –le preguntó.
–No que yo sepa –Brody se rio–. Pero el de la cafetería lo escribe en tu taza cuando la trae.
–Ah –Sam tomó un sorbo–. ¿No habías dicho algo de unos panecillos?
–Sí. Hay integrales, con pasas y canela...
–Pasas y canela suena bien –dijo.
–Buena elección. Lo tostaré y te lo llevaré al patio, si quieres sentarte afuera.
–Gracias. Me parece muy bien. Vamos, Chris –la perra agarró su pelota roja entre los dientes y siguió a Sam.
Esa vez, Sam se fijó más en la casa. Un retrato que había en la pared llamó su atención y se detuvo a mirarlo. Había cinco personas, cuatro hombres y una mujer. Todos tenían alrededor de veinte años y no se parecían entre ellos. Brody estaba sonriendo, con un brazo sobre el hombro de la mujer rubia. El fondo era de pinos y cielo azul.
Brody parecía muy cómodo, como si no le importara que le sacaran una foto. Eso le hizo preguntarse quiénes eran esas personas. Aunque no tenía razones para sentirse celosa, le intrigó la rubia que tenía abrazada a su lado.
Chris, impaciente, la esperaba en el patio. Dejó caer la pelota y ladró. Sam salió afuera.
–Perdona, Chris –se inclinó, agarró la pelota y la lanzó al jardín.
Chris saltó tras ella como un vendaval. Cuando regresó, Sam estaba

sentada en un sillón junto a la chimenea. Le lanzó la pelota unas cuantas veces más antes de que Brody apareciera con los panecillos y queso crema.

–He visto una foto en el pasillo –dijo Sam, tras untar queso en el panecillo–. ¿Quiénes son esas personas? ¿Amigos de la universidad o algo así?

–No, es mi familia.

Su familia. Solo dos de los cinco que aparecían en la foto se parecían un poco. Esperó a que Brody se explicara, pero él dio un mordisco a su panecillo. No parecía querer hablar del tema. Como todo iba muy bien, decidió no presionarlo a pesar de su curiosidad. Nunca le había dicho que tuviera hermanos y una hermana.

–¿Estás ocupada esta noche?

–¿Esta noche? No. ¿Por qué? –Sam ya había pasado gran parte del fin de semana con él. No le importaba verlo de nuevo, pero había supuesto que él preferiría algo de tiempo solo.

–Sigo sintiéndome mal por la cena de anoche. Te prometí invitarte a cenar y, si estás disponible, hoy cumpliré mi promesa.

–¿Piensas cocinar? –Sam arrugó la nariz.

–Oh, no –dijo él–. Esta vez lo dejaré en mano de profesionales.

Capítulo Siete

Brody marcó el número de Sam a las siete en punto. Le habría gustado recogerla en la puerta pero, como vivía en un ajetreado edificio de pisos, se conformó con esperarla en su Mercedes.

Sam llevaba un vestido iridiscente, rosa pálido. Tenía un solo hombro, era corto y estaba recogido con un cinturón de diamantes de imitación. Cuando se sentó, la falda se le subió hasta los muslos, dejando a la vista sus largas piernas.

–Te dije que iba a llevarte a cenar y apareces con un vestido que me hace desear llevarte a casa para desnudarte ahora mismo –dijo él con una sonrisa ladina.

–¿Te gusta? –Sam sonrió–. Es uno de mis favoritos.

–Brilla mucho –comentó él.

–Sí. En cuanto a que quieras quitármelo, eso es parte de la anticipación.

–He tenido treinta años de anticipación. No es ninguna novedad. Estoy harto de ella.

–Peor para ti. Dijiste que ibas a llevarme a cenar y no vas a librarte de hacerlo.

–Si insistes –Brody, con desgana, arrancó el coche y salió del aparcamiento.

–¿Adónde vamos? Dijiste que no salías a cenar por ahí.

–Y no lo hago –él ignoró la primera pregunta. Quería darle una sorpresa.

Poco después, se detuvieron ante una casa de Beacon Hill, en la que se encontraba uno de los mejores restaurantes de fusión de cocina francesa e italiana de Boston. En vez de ir hacia el aparcacoches, Brody condujo hacia la parte de atrás y entró en un aparcamiento privado.

–¿De verdad vamos a un restaurante? –preguntó Sam–. ¿Con gente dentro?

–No exactamente –Brody había reservado un servicio privado. Lo había hecho otra vez, cuando Wade había traído a Tori de visita a Boston, y había funcionado muy bien. Abrió una puerta y le cedió el paso–. Es por la primera a la derecha.

Sam hizo lo que le pedía y atravesaron una puerta marcada como «Privado». La sala era pequeña, para un máximo de cuatro personas. Había una mesa con forma de media luna, con mantel blanco y velas,

puesta para dos.

Brody le apartó la silla y luego se sentó él. En la pared había una ventana con una persianilla de madera. Se inclinó y dio un golpecito. Menos de un minuto después, la ventana se abrió y alguien puso dos copas de vino blanco en la mesa.

–¿Qué sitio es este? –preguntó Sam–. ¿No hay carta ni camareros?

–Este restaurante hace degustaciones privadas. Pequeños grupos vienen aquí a probar la mejor comida de la ciudad. Solo aceptan una reserva por noche. Creo que te gustará.

–¿No entrará nadie en la sala?

–No si quieren recibir mi generosa propina. Solo veremos al chef. Él presenta la comida e informa a los invitados de lo que ha preparado.

–Me preguntaba cómo ibas a hacer esto –Sam sonrió y tomó un sorbo de vino.

–Pensé en reservar un restaurante entero, pero esto es más íntimo –Brody le besó el cuello a Sam.

–Sin duda, tiene sus ventajas –suspiró ella.

Tardaron casi dos horas en completar la degustación, Brody disfrutó de cada minuto. Le gustaba ver cómo se iluminaba el rostro de Sam ante cada nuevo plato.

Su mundo había cambiado desde que la conocía. Y la noche anterior había sido una de las más increíbles de su vida. Llevaba soñando con algo así desde los quince años; había superado todas sus expectativas.

Ella había hecho todo lo posible para que la noche fuera especial y nunca podría pagárselo. Pero lo intentaría. Si todo iba bien, tenía una sorpresa muy especial preparada para ella.

Sam se inclino para besarlo. Brody dejó la cuchara de postre y tomó su rostro entre las manos. Le gustaba mucho besar a Sam. Lo habría hecho durante horas. No sabía si era por la suavidad de sus labios, su dulce sabor o sus gemidos de placer, pero no se cansaba de besarla.

Llevó la mano a su cintura y la acarició. Le habría gustado tocar su piel, pero hacer el amor allí no era una opción viable. Deslizó la lengua por la de ella. A pesar de la ropa, lo tenía al borde del abismo, y no pudo contener un gruñido de placer.

–¿Qué pasa? ¿No vas a terminarte el postre? –Sam se apartó con expresión satisfecha.

–Creo que prefiero llevármelo a casa.

Sam no se arrepentía de un solo momento del fin de semana pero, al mismo tiempo, le asustaba el primer día de vuelta en la oficina. Se preguntaba si Brody se comportaría de forma distinta con ella o, peor aún, si encontraría una razón para reemplazarla ya que había obtenido lo que quería.

Seguramente se preocupaba sin razón. El domingo por la mañana habían estado bien. La cena había sido fantástica y el postre aún más. Pero eso no significaba que no fuera a ocurrir algo que lo arruinara todo.

Entró en la oficina sin hacer ruido. Las luces estaban encendidas, así que Brody ya estaba allí, pero su puerta estaba cerrada. No tenía sentido andar con cuidado, si Brody quería saber si había llegado, solo tenía que mirar la pantalla.

Fue a su escritorio y encontró una nueva rosa en el jarrón plateado. A pesar de su ansiedad, la rosa le hizo sonreír. Era un gesto dulce y romántico, y saber que Brody cultivaba las rosas él mismo lo hacía aún más especial.

Sam se sentó tras el escritorio y se puso a trabajar. Cuando pasó una hora sin noticias de Brody empezó a preocuparse.

Había creído que saldría a saludarla. O que le pediría algo. Solía llamarla o enviarle un mensaje cada hora. Y siempre le daba los buenos días. Pero esa mañana solo había silencio.

Optó por concentrarse en el trabajo y no pensar. Tal vez estuviera ocupado. No había nada en su agenda, pero podía estar ocupándose de asuntos personales. En realidad, Sam sabía poco de su pasado. De hecho, él no habría mencionado a su familia si Sam no le hubiera preguntado por la foto. E incluso entonces había evitado hablar del tema.

Eso la extrañaba. Ella no le había oído mencionar ninguna anécdota de un hermano ni nada similar. Su madre era mala cocinera y eso enfurecía a su padre. Ese mínimo detalle bastaba para que Sam supiera que no había tenido una infancia muy feliz, incluso sin tener en cuenta el accidente.

De ese tema tampoco había hablado. Casi se le había roto el corazón al ver su expresión cuando le había quitado la camisa. Era obvio que le costaba mucho exponerse ante ella. La había sorprendido y preocupado ver la extensión de sus cicatrices por el pecho y la espalda. Era como si hubiera llovido fuego sobre su cuerpo.

Además de eso, tenía otros tipos de cicatrices por el pecho y los brazos. Pequeños círculos, largas hendiduras y verdugones. Se había preguntado qué podía haber causado esas cicatrices. No creía que un accidente las hubiera causado todas a la vez. A su modo de ver, parecían el resultado de años de malos tratos.

¿Cuánto tiempo habría tardado en recuperarse de esas lesiones? Sam miró la puerta cerrada y se dijo que tal vez solo se hubiera recuperado físicamente, nada más.

Por fin, sonó un pitido en el ordenador. Era un correo electrónico de Brody. Le pedía que imprimiera los archivos adjuntos en la impresora de color y se los llevara.

Sam echó un vistazo al mensaje. Era de un tal Mickey, que trabajaba en Investigadores Privados Top Secret. La nota era breve.

Hola, Brody. Aquí tienes lo que pediste. Nada que merezca la pena destacar de esta. ¿No me pediste que mirara los antecedentes de una secretaria hace unas semanas? Te duran bien poco, amigo. Espero que esta te vaya mejor. Si necesitas algo más, ponte en contacto conmigo.

A Sam se le encogió el estómago. Adjunto al correo había un informe de antecedes de una mujer llamada Deborah Wilder. A juzgar por el mensaje, esa mujer era su sustituta. A pesar de lo que le había dicho el sábado por la noche, iba a usarla y desecharla igual que Luke.

Con manos temblorosas, recogió las páginas de la impresora. Sus lágrimas dieron paso a la ira. Era horrible que le hubiera pedido que imprimiera la información de su sustituta. ¡Ni siquiera se había atrevido a decírselo cara a cara!

Fue hacia su despacho, abrió la pesada puerta con tanta fuerza que chocó contra la pared.

Brody se puso en pie, sobresaltado por el ruido. Su sonrisa de bienvenida se transformó en un gesto de preocupación cuando vio la expresión airada de Sam.

–¿Qué diablos es esto? –preguntó ella, agitando las páginas–. ¿Así pensabas librarte de mí?

Brody miró los documentos y vio la foto de Deborah Wilder.

–Espera... –empezó.

Pero Sam siguió.

–Te creí cuando me dijiste que no te acostarías conmigo y me darías de lado. Soy una idiota, ¿verdad? La ingenua y tonta Samantha siempre cree lo que le dicen los hombres.

–¡Cállate! –gritó Brody.

Sam se calló, pero tenía el corazón desbocado y las mejillas arreboladas.

–Te he enviado el mensaje equivocado –explicó Brody, mirando la pantalla–. Quería que imprimieras el informe financiero trimestral.

–Así que vas a reemplazarme pero no querías que lo supiera aún. Muy bien.

–No –insistió él–. No voy a despedirte ni a reemplazarte. No quiero que te vayas, Sam. ¿Por qué crees que iba a hacer eso después de lo que ha ocurrido entre nosotros?

Sam estiró el papel que tenía en la mano: «Te duran bien poco, amigo. Espero que esta te vaya mejor».

–Puedo explicar eso.

–Fantástico –Sam se puso las manos en las caderas–. Estoy deseando oírlo.

–Mickey es el tipo que utilizo para investigar antecedentes. Lo contraté para que comprobara los tuyos. Necesitaba información de otra persona y le dije que era otra secretaria. No podía decirle la verdad.

–¿Por qué no?

Brody frunció el ceño e inspiró profundamente antes de contestar.

–Tenía que proteger a mi hermano.

–¿Uno de los hermanos que aparecía en esa foto? –preguntó ella.

–Sí. Tengo tres hermanos y una hermana. Mi hermano Xander es congresista. Lleva unas semanas viendo a esa mujer. Empieza a ir en serio con ella. Quería asegurarme de que no había nada en su pasado que pudiera dañar su reputación y sus posibilidades de reelección el año que viene.

–¿Solo estabas investigando a la novia de tu hermano? –Sam se sintió avergonzada. La ira y el dolor que la habían asolado un momento antes desaparecieron, dejándole un vacío en el pecho. Le había montado una escena por nada.

–Sí.

–¿Y no vas a sustituirme?

Brody salió de detrás del escritorio, le quitó los papeles de la mano y la rodeó con los brazos.

–¿Cómo iba a hacer eso? –preguntó.

–Lo siento –Sam suspiró y se acurrucó contra su pecho–. Me equivoqué. El fin de semana fue tan agradable. Demasiado agradable.

–Te han hecho daño antes, Sam. Es difícil olvidar eso. Cuesta creer a la gente cuando te dice que nunca te hará un daño similar. Tienen que demostrarlo pero, aun así, una parte de ti espera que vuelva a ocurrir. Créeme, sé mucho de eso.

Sam percibió la sinceridad de sus palabras. Él había pasado por eso, y sus cicatrices no eran solo físicas. Tendría que haber sabido que Brody no le haría eso. Se abrazó a él con más fuerza.

Unos momentos después, Brody se apartó. La miró y le acarició los brazos por encima del jersey.

–¿Cómo está mi agenda para esta semana?

–No estoy segura –Sam se encogió de hombros–. La última vez que la vi, estabas bastante libre.

–Bien. ¿Y qué me dices de ti? ¿Tienes planes, digamos, del miércoles al domingo?

Sam no tenía muchos planes. Los últimos meses en paro habían afectado a su vida social. Incluso a Amanda le costaba hacerla salir de casa.

–Nada que yo sepa.

–Perfecto. Quiero que hoy te dediques a despejar mi agenda del miércoles en adelante. Y el miércoles por la mañana quiero que tengas

preparada una maleta para pasar fuera un fin de semana largo. Iré a recogerte a tu casa a las ocho. Lleva ropa para tiempo cálido, muy informal, un bañador o dos. Será cuanto necesites. Si depende de mí, estarás desnuda la mayor parte del tiempo.

Se inclinó para besarla.

***

Brody observó a Sam salir de su despacho, admirando sus curvas bajo la falda. Tenía una excelente colección de faldas entalladas. Eran de un largo modesto, con un pequeño corte en la parte de atrás. Pero desde que sabía las delicias que escondían, apreciaba mucho más el seductor bamboleo de sus caderas.

Cuando ella cerró la puerta, su sonrisa se desvaneció. No sabía cómo había cometido el estúpido error de enviar a Sam el correo equivocado. Podría haber sido un error dramático. Por suerte, se le había ocurrido lo de la inexistente novia de Xander. No solía gustarle hablar de su familia. Brody Eden era un fantasma. Eso implicaba no tener pasado ni darle a nadie la oportunidad de vincularlo con Brody Butler.

Sam lo había creído sin hacer preguntas. Solo la había preocupado que fuera a sustituirla. Por suerte no había leído el informe: no había visto que Deborah estaba recién casada, tenía un bebé y vivía muy lejos de Washington D.C.

Movió la cabeza y le envió el informe financiero que quería impreso. Después se centró en el documento que Sam le había llevado.

Había estado leyéndolo en el ordenador, tan absorto que no se había dado cuenta de la llegada de Sam esa mañana. De haberlo hecho, habría salido a saludarla.

No había sido difícil encontrar la identidad de dwilder27. Tras obtener la dirección IP, había conseguido el nombre y dirección de la dueña de la cuenta. Después, había dejado el resto en manos de Mickey, que era de confianza en esos temas. Había hecho un gran trabajo de investigación sobre Tori, la prometida de su hermano Wade. Había sido muy concienzudo con Sam y, a juzgar por el documento que tenía en la mano, también con Deborah Wilder.

Brody sabía que tenía que ser familia de Tommy. Nadie más iba a buscarlo después de tanto tiempo. Descubrir que era su única hermana suponía un problema. Un pariente lejano podía consultar Internet por curiosidad, pero si no obtenía resultados, olvidaría el tema. Una hermana no. Una hermana seguiría buscando hasta que encontrara a su hermano.

Aún no se lo había dicho a sus hermanos. No quería alarmarlos sin razón. Necesitaba avisarlos por si Deborah aparecía en Cornwall,

buscando la pista que pudiera haber dejado Tommy.

Llegaría a un callejón sin salida. Todos los del pueblo le contarían la historia que sabían: que Tommy se había escapado de su casa de acogida justo antes de cumplir los dieciocho años y que nunca se había vuelto a saber nada de él. Y la mayoría se alegraba de ello. Tenían suerte en ese sentido, aunque estuvieran involucrados en una muerte, al menos era la de alguien a quien no iban a echar de menos. Tommy había sido arrestado varias veces por agresión y robo. Sus propios padres no podían manejarlo y el estado se había hecho cargo de él. Tommy Wilder significaba problemas; solo los Eden se habían atrevido a acogerlo. Pero ni siquiera la magia de Molly y Ken había funcionado con él.

En cuanto llegó a Jardín de los Eden empezaron los problemas. Había robado dinero de la caja de la tienda de regalos de Molly, se negaba a hacer su parte de las tareas, se había peleado con Wade por eso y le había puesto un ojo morado, y a ninguno de los chicos les gustaba cómo miraba a Julianne, que entonces tenía trece años.

Tommy era una bomba de relojería. Si hubiera abandonado la granja al cumplir los dieciocho, habría acabado en la cárcel. Y habría hecho daño o matado a alguien.

Al menos, eso se decía Brody cuando recordaba aquella noche. La muerte de Tommy había sido accidental, pero había protegido a futuras víctimas de sus desmanes.

Brody telefoneó a su hermano Wade. Wade había vivido en Manhattan varios años, pero había regresado a Cornwall cuando su prometida, Tori, terminó de construir su casa. Había sido un proceso largo, pero a finales de septiembre se habían instalado en la enorme casa de sus sueños.

Si Deborah Wilder aparecía en Cornwall, Wade sería el primero de la familia en saberlo.

–Hola, Brody –contestó Wade con su alegría habitual. Tras declararse a Tori y dejar atrás el miedo de que se descubriera el cuerpo, su hermano mayor había intentado olvidar el pasado. Quería centrarse en su próxima boda y su futuro.

Brody odiaba empañar su felicidad, pero tenía que decirle lo que estaba ocurriendo.

–Hola, Wade. ¿Tienes un minuto en privado? Necesito contarte algo importante.

–Sí –dijo Wade, más serio–. Tori está arriba, en su despacho. Saldré al porche por si baja.

–He obtenido un resultado en el programa de búsquedas sobre Tommy. He descubierto que quien lo busca es su hermana menor, Deborah.

Siguió un momento de silencio.

–Obtuve el primer resultado la semana pasada y empecé a buscar información del usuario. Desde entonces, ella lo ha intentado un par de veces más, con diferentes términos de búsqueda, sin suerte. Me preocupa que aparezca por el pueblo y empiece a hacer preguntas. Quería que estuvieras preparado, porque serás el primero en enterarte.

–De acuerdo. Le pediré a Skippy que vigile.

Skippy era el camarero del pub de Cornwall, el Wet Hen. Era viejísimo y tenía la piel curtida como cuero y el oído de un perro.

–¿Crees que puedes confiarle a Skippy algo de este tipo?

–Desde luego. Skippy sabe todo lo que ocurre en el pueblo. De hecho, no me sorprendería que supiera lo que realmente ocurrió con Tommy. Es camarero. Se le paga para escuchar y callar. Si quisiera, seguramente podría chantajear a medio condado con lo que sabe. No dirá una palabra. Además, si ella aparece, seguramente acabará en el Hen. Él me avisará en cuanto llegue, incluso si no le digo por qué me importa.

Brody no tenía tanta confianza en Skippy como Wade, pero decidió aceptar la propuesta.

–Ahora se llama Deborah Curtis, pero puede que se presente como Deborah Wilder si busca información sobre su hermano. Vive en Hartford con su marido y tiene una niña de seis meses.

–¿Crees que va a suponer un problema?

–No lo sé –admitió Brody–. Si nuestra historia se sostiene, no conseguirá nada haciendo preguntas. Todos le dirán que se escapó y volverá a casa con el rabo entre las piernas.

–¿Por qué no iba a sostenerse? Fuimos muy convincentes. Xander quemó todas sus cosas. Yo les dije a Ken y a Molly que lo oí salir en mitad de la noche. Mientras no haya cuerpo, nadie tiene por qué tener dudas. Podría haber cruzado Canadá a pie y cambiado de nombre sin dejar pistas.

–Espero que tengas razón –Brody no sentía tanta confianza como Wade–. Pero estate al tanto, por si acaso.

–Lo haré. Te llamaré en cuanto oiga algo. Tengo una pregunta para ti, de otro tema.

–¿Sí? –Brody frunció el ceño. No le gustaba el tono burlón que había adquirido la voz de Wade.

–Hablé con Xander el otro día. Mencionó que tenías una amiguita.

Brody soltó un suspiro.

–Podría decirse eso.

–¿Va en serio?

–No estoy seguro. Es pronto para especular.

–¿Por qué no me hablaste de ella? –se quejó Wade–. ¿Quién es? ¿Dónde la conociste?

–No te lo dije porque aún no había mucho que contar. Solo se lo

mencioné a Xander para que dejara de intentar liarme con una cirujana plástica. Es mi asistente administrativa.

–¿Agnes? –preguntó Wade con incredulidad.

–No, no es Agnes –repuso Brody irritado–. No estoy tan necesitado como para perseguir a una secretaria casada y a punto de jubilarse.

–Eso no importaría si te gustara, hermano. Quiero verte con alguien.

–Se llama Sam y está sustituyendo a Agnes, que está de vacaciones.

–Dime, ¿la cosa va bien? –el tono pícaro de su voz dejó muy claro lo que estaba preguntando.

–Va más que bien –contestó Brody, sonriente–. Es fantástica, guapa, lista. Tan sexy que me cuesta concentrarme en el trabajo.

–¡Oh! –comentó Wade–. Estás babeando. Espero que la conozcamos pronto. Tal vez podrías traerla a la granja en Navidad. Entre tanto, felicidades por echar un polvo esta década, hermano. Casi tendríamos que hacerte una fiesta.

Brody movió la cabeza y soltó una risita. Si su hermano supiera la verdad...

Capítulo Ocho

–¿Vamos a una gran ciudad? –por enésima vez, Sam intentaba descubrir su destino haciendo preguntas de respuesta sí o no. Desde que había subido al coche de Brody, no paraba. Ya había eliminado Dallas, Los Ángeles, Orlando y Nueva Orleans. No le había dicho que llevara pasaporte, y eso eliminaba México y el Caribe.

–No –Brody ni la miró al contestar.

–¿Vamos a la playa?

–Déjalo –suspiró Brody–. No voy a decírtelo.

–Sí, vamos a la playa. O habrías dicho que no. ¿Vamos a los cayos de Florida?

Sin contestar, él disminuyó la velocidad y entró en un aeropuerto privado, en las afueras de la ciudad. En la parte de atrás había un cartel que anunciaba: «Jets privados de lujo».

Ella se había preguntado cómo iban a ir de viaje si él no se dejaba ver en público. Había pensado que era un sitio al que podían ir en coche. En ningún momento había pensado que podían ir en avión privado. Como nunca habría podido permitírselo, ni se había planteado la posibilidad.

Brody detuvo el coche ante el hangar, puso la mano en el claxon y emitió dos bocinazos cortos y uno largo. Un momento después, una puerta metálica se alzó, descubriendo un resplandeciente jet blanco. Brody entró en el hangar y aparcó el coche al fondo. Apagó el motor pero dejó la llave puesta en el contacto.

–Vamos –dijo con una sonrisa traviesa. Estaba disfrutando torturándola con la sorpresa.

Salieron del coche y Brody abrió el maletero. En vez de sacar las maletas, la agarró del brazo y la condujo hacia el jet.

–¿Dónde están todos los empleados?

–Escondiéndose hasta que subamos al avión.

–¿Por qué?

–Porque les pago para que lo hagan, por supuesto –dijo Brody con expresión divertida.

Tenía sentido. Teniendo el dinero que tenía, Brody podía hacer lo que le diera la gana. A ella le resultaba muy fácil mirarlo y no ver las cicatrices, pero el resto del mundo las veía. Brody seguía viviendo su vida a la sombra. Subieron la escalerilla y entraron al avión.

El cartel no había mentido. Era un jet de lujo. Ella nunca había visto

nada igual. Tenía moqueta gris y sillones enfrentados con mesitas de caoba entre medias. En una pared había una enorme televisión. Había minibar, un sofá, una mesa de comedor y una cama enorme en una habitación situada tras la televisión. En la mesa esperaba una botella de champán dentro de un cubilete lleno de hielo.

–Vaya –Sam no tenía palabras. Para ella, volar en primera clase era el colmo del lujo.

Brody cerró una cortina que los aisló de la parte delantera del avión. Sam se acomodó en uno de los asientos de cuero cuando los motores del avión empezaron a rugir. Miró por la ventanilla y vio a diez personas aparecer de la nada. Unos llevaron el equipaje al avión, otros utilizaron antorchas de neón para conducirlo a la pista de despegue.

–Aquí tienes –Brody se sentó a su lado con dos copas de champán y le ofreció una.

Sam aceptó la suya y tomó un sorbo. Las burbujas doradas explotaron en su lengua con un sabor seco y seductor. Era champán del bueno. Nada que ver con el vino espumoso que ella compraba en el supermercado para Nochevieja.

–Hora de abrocharse el cinturón –dijo Brody.

El avión empezó a moverse por el diminuto aeropuerto. Sam estaba atónita.

–Buenos días, señor Eden –dijo una voz masculina por el altavoz–. Quiero darles la bienvenida a usted y a la señorita Davis. Soy su piloto, Louis Holmes, y mi copiloto es Rene Lejeune. Por favor, pulsen el timbre de llamada si necesitan algo. Somos los segundos en la lista de despegue. Nuestro vuelo de hoy tendrá cuatro horas de duración, con cielo despejado. Un desayuno almuerzo les espera en la zona comedor. Cuando alcancemos la altura de crucero, la señal de precaución se apagará y podrán moverse por la cabina. Disfruten del vuelo.

Sam tomó otro sorbo de champán y parpadeó.

–¿Es así como sueles viajar? Ni siquiera me imagino esto como opción de vida.

–Si está demasiado lejos para ir en coche, sí. Tengo un contrato con esta empresa y saben cómo me gustan las cosas. Para otros clientes tienen una azafata que sirve las comidas y el almuerzo pero, por razones obvias, yo declino ese servicio.

–¿Cuándo fue la última vez que volaste en vuelo regular?

Brody pensó un momento.

–Volé con mi padre a Ohio con dieciséis años.

–¿Para qué fuiste a Ohio? ¿Tienes familia allí?

–No. Fuimos a ver a un médico en un clínica especializada en regeneración de quemaduras. En aquel tiempo, era el mejor del país.

Teníamos la esperanza de que pudiera ayudarme.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Sam al ver que no seguía con la historia.

–Obviamente, no pudo hacer nada, o no tendría el aspecto que tengo.

Sam decidió dejar el tema. Puso la mano sobre la de él cuando el avión aceleró para el despegue. No tenía miedo a volar, pero se ponía algo nerviosa.

–Esto es fantástico –dijo, minutos después, cuando miró por la ventanilla y solo vio mar.

–Me alegra que te lo parezca. Pero aún no has visto nada.

Sam sonrió y se hundió en el cómodo asiento de cuero, pensando que podría quedarse dormida allí mismo. Para cuando se apagó la luz que exigía llevar puesto el cinturón de seguridad, había terminado su copa de champán y pensaba que la vida no podía ser mejor.

–Vas a echarme a perder con tanto lujo. Cenas de diez platos, jets privados... ¿Qué voy a hacer la próxima vez que tenga que viajar en turista y comer en una hamburguesería?

–Por desgracia, tendrás que sufrir como el otro noventa y nueve coma nueve por ciento de la población. ¿Tienes hambre?

–Sí –Sam no había desayunado y el champán se le subía a la cabeza con el estómago vacío.

–Vamos a ver qué nos han preparado.

Sam lo siguió a la zona de comedor. Encima del minibar había una bandeja con todo tipo de panecillos y bollos. En la nevera había fruta cortada, quesos y rollos de embutido. También había canapés de caviar y crema fresca y distintos tipos de sushi. En la parte de abajo había dos jarras, una de sangría y otra de sopa de fresa y menta. Mucho más de lo que ella habría podido comer en varios días.

–Espero que no hayas desayunado –comentó Brody, llevando un par de bandejas a la mesa.

–Creo que comeré hasta entrar en coma y luego me tiraré en la cama –dijo Sam, agarrando la bandeja de panecillos y siguiéndolo.

–Me parece un plan excelente –dijo Brody, ofreciéndole una fresa. Sam la mordió con gusto.

Varias horas después, aterrizaron el la isla de Culebra, en Puerto Rico. Brody observó a Sam mirar por la ventanilla mientras llegaban al hangar. Cuando bajaron del jet una limusina los esperaba. El chófer no bajó del coche, como habría sido habitual. Fue Brody quien abrió la puerta para que ambos subieran. El cristal de separación entre ellos y el conductor era ahumado. Sam oyó que alguien metía el equipaje en el maletero.

–Entonces, ¿vamos a alojarnos en Puerto Rico?

–No –dijo él, disfrutando del juego. Sabía que ella no soportaba no saber adónde iban–. Ahora iremos al puerto.

–¿A un barco?

Brody giró en el asiento para mirarla. Sam estaba sonrojada y tenía el pelo algo revuelto. Siempre que hacía ese trayecto había fantaseado con utilizar la cama del avión para algo más que sestear, pero eso era imposible viajando solo.

–No te van bien las sorpresas, ¿verdad?

–No, lo siento –admitió ella con media sonrisa.

–¿Por qué no disfrutas del viaje y esperas a que lleguemos a nuestro destino? –Brody le puso un brazo en el hombro y le besó la sien.

Ella asintió con desgana justo cuando la limusina arrancaba. Pocos minutos después, llegaron al puerto. El chófer trasladó el equipaje a una pequeña motora y desapareció. Brody había hecho el trayecto las suficientes veces, y pagado tanto dinero, para que todo fuera a su gusto.

Embarcaron y Brody encendió el motor y puso rumbo a mar abierto. Sam estaba maravillada por el color turquesa del agua, transparente como el cristal, bajo el cielo azul. Podía ver los peces nadando alrededor de la motora.

–Casi hemos llegado –dijo Brody, treinta minutos después, señalando la sombra oscura de su destino en el horizonte.

Sam miró la isla con ansiedad. Él no podía darle un nombre porque aún no se había molestado en ponérselo. Cuando la compró, los lugareños la llamaban Joya Verde, pero no tenían nombre en los mapas.

Poco después llegaron a un pequeño embarcadero. Brody ató el barco, sacó el equipaje y ayudó a Sam a bajar a tierra.

La expresión de ella no tenía precio. Era una de las razones por las que había querido llevarla allí. Estaba boquiabierta y miraba todo con asombro. Él había reaccionado igual la primera vez que vio la bella isla de playas de arena dorada, palmeras verde oscuro y plantas frondosas que anidaban en las rocas. Tenían más de dos hectáreas que explorar en su estancia. Al otro lado de la isla había una laguna con una sorpresa que contaba con enseñarle a Sam más tarde.

–¿Qué es este sitio?

–Es mi refugio. El único lugar del mundo en el que puedo pasear por la playa y nadar en el océano sin que nadie me mire.

–¿Eres dueño de una isla? ¿De la isla entera? –Sam, que estaba tirando de su maleta con ruedas, se detuvo y lo miró anonadada.

–Sí. Me pareció una buena inversión, dado que no puedo ir a ningún otro sitio de vacaciones.

–¡Gente rica! –Sam, atónita, siguió andando.

Brody soltó una carcajada y la condujo por un sendero de conchas y

piedrecitas hasta la casa. Abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrara. Estaba sobre un acantilado rocoso que subía desde la playa. La pared que daba al océano era de cristal del suelo al techo. Permitía admirar la puesta del sol a diario. Era un paraíso para amantes o para millonarios en busca de soledad.

–Ven arriba y te enseñaré lo mejor.

Sam lo siguió por una escalera circular al dormitorio. Sobre la cama había una enorme claraboya cuadrada para dormir bajo las estrellas. Él había pasado muchas noches allí, contándolas en busca del sueño. Después, Brody la llevó a la terraza, que rodeaba tres partes de la casa. La brisa era fresca allí, sobre todo en invierno, pero la vista era exquisita.

Salió, seguida por Brody, y se apoyó en la barandilla. Él la rodeó con sus brazos y la apretó contra él. Contemplaron juntos el océano turquesa que se extendía ante ellos. Era como un rompecabezas de tonos azules, verdes y turquesas. A lo lejos se veía la silueta oscura de Culebra.

–Una buena vista, ¿no?

–Es una belleza –musitó ella–. Nunca había visto nada igual.

–Palidece en comparación contigo.

Sam se volvió y le quitó las gafas de sol.

–Quiero ver esos preciosos ojos azules –dijo.

Brody no pudo evitar soltar una risita amarga. A él no le gustaban sus ojos. Eran como los de su padre. Cuando se miraba en el espejo solo veía los ojos airados de su padre clavados en él. Y lo que le gustaba de su cara, su padre lo había arruinado.

–¿Qué he dicho que sea gracioso? –Sam arrugó la nariz, irritada.

–No tenía gracia. Es solo que no entiendo qué puede atraerte de mí –admitió él.

–Todos tenemos fallos. Yo odio mi nariz –dijo Sam–. Me pegaron un balonazo cuando tenía nueve años y nunca volvió a ser igual. Mis pies son feísimos, así que uso zapatos bonitos para disimularlo. No quiero ni hablar de mis caderas.

–Tienes unas caderas preciosas.

–Gracias, pero nunca me han gustado. Corro a diario, pero ahí siguen. El problema es que uno siempre se fija en sus defectos. Pero todo el mundo tiene algo atractivo y hay que sacarle el mejor partido posible. A veces tengo la sensación de que mi nariz parece la de un boxeador, pero otros días pienso que mi pelo lo compensa y me siento genial. Cuanto más seguro se siente uno, más atrae a los demás.

Era una buena actitud, que podía funcionar para ella. Si Brody tenía que ver su propia belleza para que otros la vieran, mal asunto. Movió la cabeza y volvió a mirar hacia el horizonte. Aunque sabía que se sentía atraída por él, no entendía la razón.

–Mírame, Brody –tocó su mejilla desfigurada–. No ves más allá de tus cicatrices, ¿verdad?

–Sí. A veces lo último que veo son las cicatrices –tragó saliva con fuerza–. Sobre todo, veo el rostro airado y borracho de mi padre. A veces veo la boca de mi madre, tensa y desaprobadora, cuando los servicios sociales de protección infantil le hacían preguntas. Pero lo peor es cuando veo cómo era antes de que esto sucediera y cómo podría ser si no lo hubiera sorprendido ese día en el garaje.

No había querido decir tanto, pero era necesario que Sam lo entendiera. Él estaba roto.

–¿Qué te ocurrió, Brody?

Él no quería hablar del tema. No en ese lugar mágico en el que podía obviar el pasado. Nunca tendría que haber dado lugar a esa conversación. Habría bastado con aceptar el cumplido. Aun así, sabía que, tras la intimidad compartida, ella se merecía saber por qué era como era. Pero no le gustaba tener que contestar.

Soltó a Sam y fue hacia la casa. Ella lo siguió.

–Brody, por favor.

Él se sentó en la cama y agachó la cabeza. Sam le puso una mano en la rodilla.

–Mi padre era el tipo más guapo de Goshen, Connecticut. También tenía un carácter endiablado y era alcohólico a los veintitrés años. Mi madre no tenía autoestima y siempre pensó que no era lo bastante buena para él. Probablemente porque él le decía que era gorda y fea a todas horas. No sé por qué se casaron. Mi madre pensó que tener un hijo suyo era la mejor manera de conquistarlo.

»Lo que no sabía era que cualquier hijo sería tan decepcionante para él como lo era ella. Hiciera lo que yo hiciera, no bastaba. A veces pienso que mi padre solo llevaba cinturón para tener algo a mano con lo que golpearme.

»Aunque me parecía imposible, empeoró con los años. Cuando el cinto no me hacía gritar lo suficiente, pasó a los puños. O a quemarme con cigarrillos. Mi madre miraba hacia otro lado y me regañaba por haberlo enfadado mientras me curaba las heridas. En primer curso de secundaria supe que llegaba el final. O él o yo. Por fin era lo bastante grande y fuerte para defenderme.

»Un día, volví de la escuela y él no estaba en el trabajo. La batería del coche se le había agotado y estaba en el garaje. No sé por qué no me fui a mi habitación a esconderme, como solía hacer. Cuando entré al garaje, se sobresaltó, se golpeó la cabeza en el capó y dejó caer la batería. Parte del ácido le cayó en la mano y empezó a gritar.

El resto del día era una neblina compuesta de imágenes y de lo que le habían contado.

–Recuerdo a mi padre gritando y golpeándome. Caí contra la pared

y casi perdí la conciencia. Abrí los ojos y lo vi venir hacia mí con algo en la mano. Intenté protegerme, sin éxito. Después solo recuerdo mis gritos. Me desperté en el hospital una semana después.

–Oh, Dios mío –exclamó Sam, con los ojos llenos de lágrimas.

–Por favor, no llores –suplicó Brody–. Hace veinte años de eso. Es demasiado tarde para llorar.

–¿Qué ocurrió? –musitó ella.

–Después de pegarme, vació el ácido de la batería en una lata. Y me lo echó encima. Los vecinos llamaron a la policía al oír mis gritos.

–Por favor, dime que está en la cárcel.

–Sí, al menos de momento. Si hubiera seguido dándome palizas, la sentencia máxima habría sido de un año, pero el fiscal lo acusó de asalto de primer grado a un menor de diez años, y la sentencia fue la máxima: veinte años. Después de eso entré en el sistema de acogida.

–¿Y tu madre?

Por alguna razón, eso era lo que más le dolía. Su padre era un bastardo y lo había sabido desde mucho antes del accidente. Pero ella…

–Lo eligió a él.

–¿Qué? –la voz de Sam sonó ácida y airada.

–Me culpó por hacer que mi padre acabara en la cárcel. Yo sacaba lo peor de él. Aun hoy, va a todas las vistas de libertad condicional y suplica que lo dejen salir. Ese es el único sitio público donde me dejo ver. Al juez suele bastarle con echarme un vistazo para devolverlo a prisión. Ella me odia por eso, yo la odio por elegir a un hombre en vez de a su niño. Nunca fue al hospital a reclamarme.

–¡Menuda madre más horrible!

–Puede que sí, pero resultó ser lo mejor que podía hacer por mí. No habría hecho nada con mi vida si hubiera seguido con ella, pero mi familia de acogida fue maravillosa. Ellos son mi familia real. Wade; Xander y Heath son mis hermanos; Julianne es mi hermana; Molly y Ken son mis padres. Nunca me miraron como si fuera distinto. Me dieron fe y empuje. Sin ellos no habría creado mi empresa ni podría volar en jet a mi isla privada. Mi vida es mejor gracias a los Eden. Por eso tomé su apellido cuando cumplí los dieciocho años. Si no fuera por las malditas cicatrices, habría olvidado que tuve unos padres biológicos.

Sam procesó en silencio lo que había oído.

–Me alegra que encontraras a gente que te quisiera, Brody. No puedo imaginar lo que tuviste que pasar, sobre todo tan joven. Pero gracias por compartirlo conmigo. Sé que no ha sido fácil.

Brody puso una mano en la de Sam y la apretó suavemente. Estaba hecho. No tendría que volver a hablar del tema. Nunca. Podían empezar a disfrutar de sus vacaciones.

–Ahora que todo está dicho, ¿qué te parece si nos ponemos el bañador y vamos a sumergirnos en ese fantástico océano?

Capítulo Nueve

¿Adónde dices que vamos exactamente? –Sam, con una linterna en la mano, seguía a Brody por un sendero de tierra y gravilla.

–No lo he dicho.

Sam había creído que le gustaban las sorpresas, pero con Brody parecían no tener fin. Como la última había incluido un jet de lujo y una isla privada, mejor seguirle la corriente. Habían pasado dos días sumidos en una decadente pereza. Esa noche, después de cenar, él le había dicho que se pusiera el bañador. Ella no podía imaginar qué iba a hacer en bañador por la noche, y la desconcertó que Brody le diera una linterna.

Caminar en la oscuridad al otro extremo de la isla le había puesto aún más nerviosa. El sendero era estrecho y transcurría por la selva. Los árboles eran raros, había plantas venenosas. Notaba algo moverse entre las ramas, pero no conseguía enfocarlo con la linterna. Esperaba que fuera algún pájaro, no un lagarto enorme ni una serpiente.

–Casi hemos llegado –dijo Brody, rodeando el nudoso tronco de un árbol.

El sendero llegaba a una pequeña laguna ovalada rodeada de árboles y lianas. Solo la unía al océano un estrecho canal. Allí no había playas de arena. El sol había terminado de ponerse y el cielo pasaba de morado a negro. No había luna, pero sí la suficiente luz para ver dos kayaks.

–¿Vamos a montar en kayak? –no era lo que Sam había tenido en mente.

–Sí –Brody colgó su linterna de una rama, se inclinó y agarró un remo–. ¿Lo has hecho antes?

–No. No soy especialmente aventurera.

–Es igual. No es difícil. El agua está tranquila esta noche. El kayak no volcará.

–Fantástico. ¿Hay alguna razón especial para hacer esto de noche? Nadie nos vería mañana.

–Lo sé. Pero tenemos que hacerlo de noche. Ya verás porqué –agarró uno delos kayaks y lo llevó a la orilla–. Súbete.

Sam se acercó y se quitó las chanclas. Brody sujetó el kayak mientras ella subía y se sentaba. Después le dio el remo de doble pala.

–Voy a empujarlo para poder acercar el mío. Quédate quieta y no remes hasta que esté contigo.

Ella tragó aire mientras la embarcación se adentraba en la laguna.

–Rememos hacia el centro. Ya ha oscurecido lo suficiente –dijo Brody cuando la alcanzó.

Sam metió el remo en el agua y luego lo cambió al otro lado. Le sorprendió lo fácil que era avanzar. Cuando llegaron al centro de la laguna, se puso el remo en el regazo. La noche silenciosa los envolvió. Miró hacia el cielo y dejó escapar una exclamación. Sin sol, luna ni ciudades cercanas, las estrellas parecían una manta de luces. Había millones tachonando la oscuridad. Sin duda, la excursión nocturna merecía la pena.

–Es bellísimo –dijo.

–Sí, lo es –Brody miró el cielo y rio–. Pero no estamos aquí por eso.

–¿No?

–No. Quería enseñarte este sitio. Es un secreto. Nadie sabe que existe. Lo encontré accidentalmente. Solo hay unos pocos lugares como este en todo el mundo.

Sam miró a su alrededor, intrigada. Y, de repente, entendió. Un pez surcó el agua a su lado. Emitía un resplandor blanquiazul y dejaba una estela luminosa a su paso.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó–. Tienes peces luminosos.

–Ya ha oscurecido lo suficiente –Brody sonrió–. No son los peces lo que brilla. Observa –sumergió el remo en el agua y lo agitó, creando un torbellino de nubes luminosas bajo la superficie.

Sam hizo lo mismo con su remo. Cada movimiento generaba un resplandor azul en el agua oscura como tinta china. Era algo misterioso e hipnótico. Nunca había visto algo igual.

–¿Por qué ocurre eso?

–Es una bahía bioluminiscente. El manglar unido al agua cálida y serena es el hábitat perfecto para microscópicas criaturas luminosas. Emiten un resplandor azul verdoso como mecanismo de defensa cuando perciben movimiento.

–¿Puedo meter la mano en el agua?

–Siempre que no te hayas puesto repelente de insectos. Eso las mataría.

–No, no llevo –Sam movió los dedos sobre el agua, trazando dibujos que parecían fuegos artificiales. Cuando sacó la mano, resplandeció un instante–. Caramba. Es increíble.

–Pensé que te gustaría. ¿Quieres bañarte?

–¿Podemos?

–Sí –Brody dejó el remo en el fondo del kayak y giró el cuerpo para meter las piernas en el agua.

Sam lo vio sumergirse rodeado de nubes verdiazules. Podía seguir cada uno de sus movimientos. Nadó hacia su kayak y cuando emergió todo su cuerpo era iridiscente.

–Ven –la instó, ofreciéndole la mano.

A ella le daba miedo nadar por la noche, pero no podía dejar pasar esa oportunidad. Solo tenía que olvidarse de que podía haber tiburones y otras criaturas siniestras en las cercanías.

Aceptó la mano y se lanzó al agua. Nerviosa, no tardó en emerger. Cuando abrió los ojos, le asombró ver el resplandor de cada uno de sus movimientos. Brody la observaba con una sonrisa.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, apartándose un mechón de pelo del rostro.

–Estás guapa incluso de color verde.

Sam se rio y movió la cabeza. Si tenía el mismo aspecto que Brody, parecería una alienígena. Por supuesto, Brody estaba guapo incluso con gotas luminiscentes surcándole las mejillas. El resplandor del agua era suficiente para ver su rostro en la oscuridad. Parecía otra persona en la isla. Había tardado hasta ese día para percibir el cambio, pero era obvio. Estaba relajado. Abierto. Se habría atrevido a decir que parecía feliz. Nada que ver con cómo era en la oficina o en su casa.

Parecía que se había quitado un enorme peso de encima estando allí. Tal vez hablarle de su pasado también había influido. Ese secreto tenía que ser una gran carga. Tenía a su familia de acogida pero, ¿con quién más podía hablar? Sam se alegraba de poder ser su confidente.

Mientras lo observaba en ese bello y mágico lugar, comprendió que quería ser más que su confidente. Más que su secretara. Quería estar con Brody, y no solo físicamente. Ese hombre, tímido y misterioso, le había robado el corazón.

Atónita por el giro de sus pensamientos, dejó de nadar y metió la cabeza en el agua. Estaba en una zona profunda, así que empezó a nadar hacia la orilla. Se detuvo cuando sintió arena y piedras bajo los pies.

–Así está mejor –musitó.

–¿Te da miedo el agua profunda? –preguntó Brody, acercándose por detrás.

Ella giró y sonrió. No quería que supiera que estaba cuestionando sus sentimientos por él.

–Normalmente no. Pero es todo muy bello y romántico, y tengo muchas ganas de besarte. Me da miedo distraerme al tocarte y ahogarme.

Brody la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él.

–Me ocuparé de mantener tu cabeza fuera del agua, no te preocupes –dijo él, deslizándole las manos por la espalda.

Había adquirido mucha confianza desde esa primera noche. Aprendía rápido. Se había concentrado en descubrir cada centímetro de su cuerpo y en memorizar cada reacción. Ningún hombre había aprendido tan rápidamente cómo le gustaba que la tocaran.

Cuando sus labios se encontraron, sintió un escalofrío de excitación. Una nube iridiscente siguió el movimiento de sus piernas cuando las enredó en su cintura y se apretó contra él. Brody gruñó contra su boca cuando su pelvis se encontró con su ardiente y firme erección.

A Sam la intrigaba la idea de hacer el amor allí mismo. La manta de estrellas y el resplandor de sus movimientos eran de lo más romántico. Pero no había playas de arena y no tenían protección. Era una idea interesante pero poco práctica. Tenían que volver a la casa.

–Llévame a la cama –susurró.

Brody, con ella en brazos, salió del agua. Ella esperaba que la dejara en el suelo cuando llegaron al sendero, pero no lo hizo. Siguió andando. Se abrazó a él, enterrando el rostro en su cuello. No pudo evitar deslizar lengua y labios por su piel.

Cuando vio las luces de la casa acercó la lengua al lóbulo de su oreja y lo mordisqueó con suavidad. Sintió cómo Brody se estremecía y la agarraba con más fuerza.

Brody entró por la puerta del porche trasero y siguió escaleras arriba hasta el dormitorio sin dejarla en el suelo, pero sintió cómo sus dedos tiraban de las tiras del biquini. Se apartó un poco para dejar que la pequeña prenda blanca cayera al suelo, exponiendo sus senos.

Una vez arriba, fue derecho a la cama, la dejó sobre el colchón y cubrió su cuerpo con el suyo. Sam agradeció sentir su calor. El aire fresco de la casa, unido a la humedad de su pelo y su cuerpo, le habían erizado la piel y tensado los pezones. Brody capturó uno con la boca, arrancándole un gemido de placer.

La claraboya que había sobre la cama ofrecía una vista espectacular del cielo negro tachonado de estrellas. Era tan bello que se quedó sobrecogida un instante.

Todo había sido perfecto esos últimos días. Como un sueño. La confesión de Brody sobre su infancia, aunque trágica, había derrumbado una de las últimas barreras que había entre ellos. Nunca se había sentido tan cercana a un hombre en su vida. Tendría que demostrarle cuánto significaba para ella. Cuánto lo amaba.

Los ojos de Sam se llenaron de lágrimas. Tenía el pecho tenso y los nervios y la excitación le cosquilleaban el estómago.

–Sam, ¿ocurre algo?

Sam miró el rostro de Brody. Estaba sobre ella, apoyado en los brazos. Parecía preocupado por haber hecho algo mal.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Negó con la cabeza y alzó los brazos para atraerlo. Cerró los ojos cuando sus labios se encontraron. No sabía si los hombres entendían que se pudiera llorar de emoción sin que eso implicara tristeza o dolor. En ese momento era feliz. Estar con Brody en esa bella isla era perfecto.

Cuando la penetró, tuvo que morderse el labio para no decir lo que

sentía. Sería muy sencillo susurrárselo al oído o gritarlo al aire en medio del clímax, pero temía hacerlo. No sabía cómo reaccionaría y no quería arruinar el momento. Habría tiempo después.

Bloqueó sus pensamientos y se concentró en hacerle el amor. No tardó en rendirse al placer que él le provocaba, embriagada por el cálido almizcle de su piel. Cuando llegó el orgasmo, no gritó. Enterró el rostro en su cuello y gimió su nombre mientras la llenaba una y otra vez.

Brody estaba echando las últimas cosas en la maleta cuando le sonó el móvil. Era Wade. Sabía que estaba en la isla con Sam; solo llamaría por algo realmente importante: Deborah Wilder.

–¿Hola? –contestó, tras comprobar que Sam seguía en la ducha.

–Siento interrumpir tu viaje –empezó Wade–. Me dijiste que llamara en cuanto oyera algo.

Brody se sentó en la cama y dejó que Wade hablara sin interrumpirlo.

–Deborah está en Cornwall. Anoche estuvo en el Wet Hen, preguntando por cualquiera que hubiera conocido a su hermano.

El Wet Hen era el centro de muchas de las actividades del pueblo. Si alguien quería tomar una cerveza con el alcalde y el sheriff, iba allí. Y era donde podían empezar los problemas, porque todo lo que allí se decía corría como la pólvora.

–Skippy me llamó, pero para cuando llegué al bar ella se había ido. Me quedé un rato charlando con la gente. No tardé en descubrir todo lo que había ocurrido antes de que se fuera.

–¿Descubrió algo?

–No –dijo Wade–. Ha pasado mucho tiempo y la mayoría de la gente ha olvidado a Tommy Wilder. Los que lo recuerdan le dijeron lo que ya sabía: que se había escapado y que no habían vuelto a verlo en Cornwall.

Brody asintió. Tal vez eso la convenciera de que Cornwall era un callejón sin salida.

–¿Sigue en el pueblo?

–Sí. Por lo visto, antes de ir al bar fue a la granja para hablar con mamá y papá.

–¿Qué? –casi gritó Brody. Eso era inquietante.

–No lo descubrí hasta después. Mamá lo mencionó cuando pasé por allí esta mañana. No averiguó nada nuevo, pero a mamá la ha perturbado que Tommy siga desaparecido desde aquella noche. No creo que se haya perdonado nunca por «fallarle».

Aun sabiendo que había educado a tres directores de empresa millonarios, a un congresista y a una artista mundialmente famosa,

era típico de Molly centrarse en su único fallo.
–Ni siquiera mamá habría podido salvar a Tommy. Lamento que se entristeciera. ¿Dónde está alojada Deborah?
–En la Posada Cornwall. Llamé a Carol, la recepcionista, y me dijo que tiene reserva hasta mañana. Por ahora, todo va bien. No sé con quién podría hablar que pudiera causarnos problemas.
–Su presencia en el pueblo es un problema, Wade. La gente olvidó a Tommy, pero el que no haya sido visto nunca más dará lugar a preguntas. El sheriff es nuevo. Si Deborah lo presiona lo suficiente, podría picar su curiosidad. Diablos, incluso mamá podría animarlo a investigar. Podría reabrir el caso. Tommy fue visto por última vez en la granja. Eso nos involucra.
–Le contaremos lo mismo que siempre hemos contado. ¿Por qué íbamos a saber qué le ocurrió después de huyera de la granja?
–Está muerto, Wade. Lo matamos. Antes o después, la gente se preguntará por qué desapareció de la faz de la tierra.
Un gemido a su espalda hizo que a Brody se le helara la sangre. Se dio la vuelto y vio a Sam en la puerta del cuarto de baño, envuelta en una toalla. Sus ojos mostraban sorpresa y miedo y tenía los labios entreabiertos.
–Tengo que dejarte, Wade. Llámame si oyes algo más –pulsó el botón de desconexión, dejó el teléfono sobre la cama y fue hacia ella.
No se acercó mucho. Daba la impresión de que estaba asustada. No quería que sintiera miedo de él. Brody odiaba ve esa expresión en sus ojos. Era como si se hubiera alzado una muralla entre ellos.
–Sam, sé que eso ha sonado mal, pero no es lo que piensas.
–¿No mataste a nadie? –su voz sonó gélida.
–No. No maté a nadie –era la verdad, había sido Heath quien había matado a Tommy, sin pretenderlo–. Por favor, relájate. No soy un asesino en serie que vaya a degollarte en el sótano por descubrir su secreto. Tengo problemas de sobra sin que tú te pongas en mi contra.
–Entonces, explícame qué está ocurriendo –Sam inspiró profundamente, pero no fue hacia él.
–No puedo hablar de ello –a Brody le encantaría poderle confiar sus más oscuros secretos, pero los hermanos tenían una norma: proteger a la familia ante todo. Se sentó en la cama–. Ojalá pudiera.
Sam lo observó un momento y fue a sentarse a su lado, manteniendo cierta distancia entre ellos.
–Sí puedes. Conozco cinco millones de razones por las que puedes decirme lo que quieras seguro de que nunca lo repetiré.
–Ese acuerdo de confidencialidad no cubriría esto –aunque fuera así, no quería poner esa carga sobre sus hombros–. Eres importante para mí, Sam. Incluso si confiara en que puedes mantener el secreto, no bastaría. Sabrías la verdad. Y no quiero contarte nada que te haga

mirarme de otra manera. Eres una de las pocas personas del mundo que me mira sin sorpresa o desagrado. No puedo arriesgarme a perder eso.

Una mano se posó en su mejilla desfigurada. Se volvió hacia Sam, esperando que el miedo hubiera desaparecido. Y así era. Lo había reemplazado un expresión preocupada.

–No lo perderás, Brody. Puedes confiar en mí. Quiero que me lo cuentes –clavó en él sus penetrantes ojos marrones. Lo decía en serio.

Brody iba a tener que confiar en su palabra. Guardar silencio seguramente dañaría la relación más que la verdad. Pero se expresaría con cuidado. No necesitaba compartir ciertos detalles para ayudarla a entender su situación.

–¿Recuerdas el primer día que entraste en mi despacho?

–El día de nuestro primer beso –dijo ella.

–Antes del beso, me enfadé tanto porque pensé que habías visto la pantalla de mi ordenador. Era información sobre un hombre, un chico que conocí de joven: Tommy. De adolescentes, todos vivíamos como hijos de acogida de los Eden. Él dio problemas desde el principio, no era como nosotros. A mí me preocupaba lo que pudiera hacer, pero los demás me decían que estaba paranoico por culpa de mi accidente.

–Y tenías razón –adivinó ella. Brody asintió.

–Sí. Hizo algo terrible un día que estábamos todos trabajando en la granja. Nuestro padre tenía gripe y estaba en la cama, así que estábamos haciendo nuestras tareas juntos. Tommy se aprovechó de eso. Uno de mis hermanos intentó detenerlo y, de repente, Tommy estaba muerto. Éramos chavales. No sabíamos qué hacer.

–Claro que no. La mayoría de los adultos tampoco habría sabido qué hacer.

–Yo temía que nos apartaran de los Eden si alguien descubría lo ocurrido. Ninguno queríamos que pasara eso. Era nuestro hogar. Así que nos dominó el pánico. Había sido un accidente y tendríamos que haber llamado a la policía, pero nos daba miedo arriesgarnos. Escondimos el cuerpo, limpiamos todo y actuamos como si no hubiera ocurrido nada. Cuando nuestros padres nos preguntaron dónde estaba Tommy, les dijimos que se había ido por la noche. Lo consideraron un caso de fuga y, como estaba a punto de cumplir los dieciocho años, nadie esforzó demasiado en encontrarlo.

–Son muchos años cargando con un secreto tan grande.

–Cierto. Intentamos no pensar en ello, pero es difícil olvidarlo. Yo siempre estoy atento por si alguien lo busca en Internet. El día que entraste en mi despacho había recibido un informe diciéndome que su hermana lo buscaba. Habíamos confiado en que todo el mundo lo olvidaría. Me hermano me ha llamado para decirme que ella está en Cornwall, haciendo preguntas sobre él.

–¿Crees que descubrirá la verdad?

–No lo sé. Solo conocemos la historia real los cinco hermanos y tú, y además, cada uno sabe solo su parte de lo ocurrido. No hablamos de eso entre nosotros ni con nadie. No se me ocurre cómo su hermana va a descubrir algo si no se lo decimos nosotros. O si aparece el cuerpo.

–¿Es una posibilidad? –Sam ensanchó los ojos.

–Espero que no –Brody se encogió de hombros–. Éramos chavales, no criminales expertos. No teníamos ni idea de cómo deshacernos del cuerpo ni de impedir que se identificaran los restos. De momento hemos tenido suerte. Sin cuerpo no hay motivo para dudar de que huyera.

–¿Y si alguien lo encuentra?

–Intento no pensar en eso –Brody tragó saliva.

Capítulo Diez

Resultaba extraño estar de vuelta en Boston. Sam tenía frío, el cielo estaba cubierto y caía aguanieve. La nieve y las heladas no tardarían en llegar, y durarían hasta abril. Lo único brillante del día era la rosa fucsia que había encontrado en su escritorio esa mañana.

Sam miró por la ventana, sin ganas de salir a almorzar, aunque fuera a ver a Amanda. Lo que deseaba era volver a la isla. Todo era distinto allí, incluido Brody.

El hombre abierto, alegre y despreocupado de la isla había desaparecido en cuando habían aterrizado en Boston. Había vuelto a ser el Brody reservado e inquieto. Seguía siendo cariñoso con ella, eso no había cambiado, pero había algo en sus ojos... preocupación y una tensión que no había visto en el paraíso tropical. Sam echaba de menos al Brody de la isla y no sabía cómo recuperarlo.

Se puso el impermeable y la bufanda y agarró el bolso. Llamó suavemente a la puerta del despacho y esperó a que Brody le dijese que entrara.

–Voy a almorzar con una amiga. ¿Quieres que te traiga un sándwich a la vuelta?

Brody asintió, sin dejar de mirar el ordenador, concentrado en el trabajo. En Puerto Rico apenas había echado un vistazo al correo electrónico.

–Eso sería genial –escribió lo que quería en un papel y se lo dio–. Gracias.

–Volveré dentro de una hora.

Brody la despidió con la mano y volvió a sus ordenadores. Con un suspiro, Sam cerró la puerta y sorteó las diversas barreras de seguridad.

Amanda ya estaba sentada con su comida al fondo de la cafetería en la que habían quedado. Sam pidió rápidamente y se sentó a su lado.

–Estás morena –comentó Amanda–. Te odio.

Sam sonrió, era cierto que se había bronceado, y no tenía marcas de biquini.

–¿A qué han venido esas vacaciones sorpresa? No dijiste nada la última vez que almorzamos.

–Entonces no sabía que iba a irme. Mi jefe quiso sorprenderme con un fin de semana largo lejos de aquí. Fue una decisión de última hora.

–Vaya, ese romance progresa de maravilla.

Sam asintió y dio un mordisco al sándwich. Amanda no tenía ni idea de hasta qué punto. Pero no podía contarle lo que sentía por Brody. Todo iba demasiado rápido y tendría que omitir muchos detalles de su relación.

–Pues mientras tú estabas en la playa, yo también he avanzado en ese departamento.

Sam se sintió culpable. Tendría que haberse fijado en la enorme sonrisa de su amiga, pero estaba inmersa en sus propios pensamientos.

–¿Qué? ¿Cuéntamelo?

–Se llama Matt. Lo conocí en un bar del centro el jueves por la noche. Tocaba un grupo que quería escuchar y, como no estabas, fui sola. Matt también había ido solo a ver al grupo. Empezamos a charlar y me invitó a una copa. Lo pasamos muy bien y salimos el viernes y el sábado por la noche. Y desayunamos juntos el domingo –añadió, con una sonrisa.

–Fantástico. Parece que habéis encajado muy bien. Cuéntame más de él.

–Se dedica a la banca de inversión, pero no es estirado. Treinta cuatro años. Divorciado sin hijos. Tiene un piso en el centro. Y tiene un dragón tatuado en el hombro, tan sexy que casi tuve un orgasmo la primera vez que lo vi.

Sam y Amanda charlaron y rieron mientras almorzaban. A Sam le alegraba que su amiga hubiera encontrado a alguien. Hacía mucho que no salía con un tipo tan prometedor.

–¿Qué haces el viernes? –preguntó Amanda.

–No tengo ni idea. ¿Por qué?

–Tal vez podríamos salir todos juntos. Una doble cita. Sería divertido. Quiero presentarte a Matt y me muero de ganas de conocer a tu tipo. Ni siquiera me has dicho su nombre, ¿cuál es?

Una doble cita era imposible. Igual que lo era salir a cenar a un restaurante del centro, o ir al estreno de una película, o la fiesta anual de Nochevieja de su amiga Kelly.

Ni siquiera sabía si Brody estaría dispuesto a conocer a su padre y a sus hermanos. Esos pensamientos la deprimieron más que descubrir que Brody había cometido un crimen. Estar enamorada de él en una isla privada era fácil. Amarlo en Boston, rodeada de cientos de miles de personas, era otra historia.

No podía imaginar cómo funcionaría su relación en el mundo real.

–¿Sam?

Ella alzó la vista del sándwich e intentó recordar qué le había preguntado Amanda. Optó por ignorar la pregunta sobre el nombre de Brody.

–Creo que está ocupado el viernes. Tal vez otro día –mintió.

–Bueno –aceptó Amanda con decepción–. Avísame cuando esté

disponible.

–Claro –Sam tomó aire, aliviada por la poca insistencia de Amanda. No quería mentirle a su amiga. Consiguió centrar el resto de la conversación en el romance de Amanda sin mayor problema. Su amiga estaba encantada de hablar de Matt.

Cuando acabaron, pidió la comida de Brody y volvió a la oficina. A pesar del frío caminó lentamente. La ligereza que había sentido en el corazón los últimos días se había desinflado como un globo con esa sugerencia de una doble cita.

Tan metomentodo como siempre, no solo quería conocer a Brody, quería ayudarlo. No parecía muy feliz encerrado en su torre de marfil. Tal vez había esperado que el amor lo cambiaría y le daría el coraje a salir a la luz.

Si Brody se negaba a llevar una vida pública, ¿estaba dispuesta a vivir en la sombra con él? Para cuando el ascensor llegó a la planta de arriba tenía clara la respuesta: sí, lo estaba. Pero solo si él era feliz. Y no creía que fuera feliz ocultándose del mundo. No sabía cómo solucionar eso.

Cuando la puerta de Brody se abrió y él asomó la cabeza, se sintió culpable.

–¿Va todo bien?

–Sí –respondió ella, forzando una sonrisa.

Él salió del despacho con expresión dubitativa. Estaba muy guapo con un traje gris y corbata azul. Sam no entendía por qué vestía tan bien si nadie lo veía.

–¿El almuerzo ha ido bien?

–Sí –dijo ella, pero luego negó con la cabeza. Era mejor ser honesta–. En realidad no. Mi amiga Amanda me preguntó si queríamos tener una doble cita con ella y su chico el viernes.

–¿Tus amiga sabe algo de mí? –inquirió él.

–No mucho. Solo sabe que he estado viendo a alguien del trabajo. Y que eso me ha hecho muy feliz.

–No pareces feliz –comentó él.

–Ahora mismo no lo soy.

–¿Por qué?

–Quiere que salgamos con ellos, pero no podemos. Ni ir a cenar o al teatro. O ir de compras de Navidad juntos. Nunca. Porque tú no te dejas ver en público.

–Siento que eso te disguste –el rostro de Brody adquirió una expresión impasible y neutra–. Sabes que yo...

–Lo sé –interrumpió ella–. Eres el poderoso mago de Oz. El hombre oculto tras la cortina al que nadie ve. Excepto yo. Y no importa que yo vea a un hombre bello por dentro y por fuera, a un hombre cariñoso y divertido. El mundo nunca podrá disfrutar de ese hombre.

Brody frunció lo labios pero no respondió a los halagos ni a las quejas. Suspiró, movió de la cabeza y se centró en un tema cómodo: el trabajo.

–Tengo una reunión virtual con el director de marketing a la una y media. Desvía mis llamadas hasta que acabe.

Sam asintió y él volvió al despacho. Se sentía tan frustrada que le habría gustado zarandearlo y darle un par de gritos. Seguía escondiéndose a pesar de lo infeliz que le hacía. Eso le sacaba de sus casillas.

Tenía que haber una manera de que Brody se sintiera mejor en su propia piel. Había mencionado una visita a un especialista en cirugía plástica, pero habían pasado quince años desde entonces. Sin duda había habido grandes avances médicos y él tenía dinero de sobra.

Empezó a buscar información en Internet sobre injertos de piel. Miró artículo tras artículo hasta que encontró una página prometedora, de un cirujano plástico de Nueva York. Utilizaba la tecnología láser más avanzada junto con otros métodos. Su galería de fotos de «antes y después» era impresionante. Los resultados no eran perfectos, pero sí mucho mejores de lo que había imaginado. Se preguntó si Brody sabía que se había avanzado tanto en tecnología de reconstrucción.

Miró el teléfono del médico en la pantalla y, al buscar su teléfono móvil, descubrió que no lo tenía. Recordó haberlo sacado en la cafetería y, por lo visto, no lo había guardado. Con suerte, aún estaría allí. Pulsó el botón del intercomunicador.

–Tengo que volver a la cafetería. Me dejé el móvil allí –sin esperar su respuesta, saltó de la silla y salió apresuradamente.

Brody llevaba la última hora sintiéndose fatal. No le había dicho nada a Sam, pero había captado el dolor y la decepción en su rostro cuando hablaban de su amiga. Ella quería que fuera como cualquier otro hombre. Hacer lo que hacían otras parejas. Pero no era posible. Sam lo había sabido desde el principio. Y él también.

Agarró la cajita envuelta en papel de regalo que había dejado en el escritorio. Era una cadena de oro de la que colgaba un sol. Los rayos eran de oro amarillo, blanco y rosado. En el centro había un diamante amarillo. Sam era su sol. Lo había encargado antes de ir a la isla, y Peggy lo había recogido.

Llevaba toda la mañana queriendo dárselo a Sam, pero no había encontrado el momento adecuado. No quería hacerlo mientras estuviera disgustada. Pensó que sería buena idea dejarlo en su escritorio mientras ella estaba fuera.

Brody salió y dejó la caja a un lado del teclado de Sam. Rozó el

ratón con la mano y eso apagó el salvapantallas. Ante sus ojos aparecieron las imágenes de una página de Internet.

Se le encogió el estómago al ver las fotos de cirugía reconstructora de quemaduras. Consultó el historial de búsqueda y vio que había visitado varias páginas web centradas en las últimas tecnologías para «arreglarlo».

Sintió la ira de la traición. No sabía por qué se sorprendía tanto. Era la arreglatodo de papá, ella misma lo había dicho. Tenía lógica que quisiera arreglar a Brody.

Era un estúpido por haber creído que podía ser la única mujer capaz de amarlo tal y como era. Frustrado, agarró la rosa fucsia y aplastó los pétalos con la mano. Una espina lo pinchó, haciéndole sangre, pero le dio igual. No dolía ni la mitad que la verdad.

Un momento después, Sam entró con el móvil en la mano. Se detuvo cuando Brody alzó la vista de la pantalla. Los ojos se le abrieron de par en par, con una mezcla de miedo y remordimiento.

–Bello por dentro y por fuera, dijiste. Menuda basura –Brody lanzó la rosa contra la pared, que quedó manchada de sangre.

Sam dio un respingo pero no se defendió. No podía. Ambos sabían que era culpable.

–De veras pensé que eras la única mujer que podía ver más allá de mis cicatrices y amarme. Una que me querría por algo más que por mi dinero. Tu belleza debe haberme cegado. Era difícil ver la verdad cuando estabas desnuda y seduciéndome.

–Eh, para ahí –dijo ella, enrojeciendo de ira–. ¿De qué diablos estás hablando?

–«Los innovadores tratamientos del doctor Jensen pueden proporcionar a los pacientes una gran mejoría cosmética en su apariencia y en las actividades funcionales de la vida diaria» –leyó Brody en voz alta–. ¿Es eso lo que quieres, Sam? ¿Quieres arreglarme para que vaya a tus fiestas y a tus cenas?

–Sí, pero esa no es la razón de... –le tembló el labio mientras intentaba contener las lágrimas.

–Estás despedida.

–¿Qué? Brody, por favor. No es lo que estás pensando.

–Yo creo que sí, Sam. Te lo habría dado todo. Te habría tratado como a un tesoro toda tu vida. Solo tenías que aceptarme. Creí que lo hacías.

–¡Sí te acepto! ¡Tú no te aceptas a ti mismo! –Sam dejó el móvil en el escritorio–. Eres un ermitaño infeliz. Has pasado toda la vida escondiéndote del mundo porque te da miedo enfrentarte a tus miedos. Consulté esas páginas web porque tenía la esperanza de que uno de esos médicos pudiera ayudarte, no porque yo piense que necesitas un arreglo, sino porque tú lo crees.

–¿Me estás llamando cobarde? –las palabras de Sam habían sido como una bofetada para él–. ¿Después de todo lo que he superado en mi vida te atreves a decirme que me escondo porque tengo miedo? Nadie de la calle podría hacerme algo más horrible de lo que ya me han hecho, Sam.

–Entonces, ¿por qué no sales afuera conmigo y lo demuestras? –Sam fue hacia la puerta y la abrió–. Baja a tu propio vestíbulo y dile hola al guardia de seguridad por primera vez.

Él no entendía quién se creía que era para atreverse a retarlo. Si quisiera bajar al vestíbulo, lo haría. Pero no quería. Y no iba a hacerlo para demostrarle algo a ella. Cerró los puños con rabia.

Después, agarró su impermeable, el móvil y el bolso y la siguió hasta la puerta. Los tiró hacia el ascensor, junto con la caja de regalo que había dejado en el escritorio. El bolso se abrió y el contenido se desparramó por el suelo de mármol.

–He dicho que está despedida, señorita Davis.

Cuando Sam se inclinó para recoger sus cosas, le quitó la identificación del cuello de la blusa. Ella comprendió que estaba atrapada. Sin identificación no podía abrir el ascensor ni bajar.

–¡No puedes dejarme aquí dentro! –gritó, airada y roja, golpeando la puerta con el puño.

–No lo haré –afirmó él–. Pediré al jefe de seguridad que suba a escoltarte fuera del edificio.

–¿Quién va a hacerte las fotocopias? ¿O a traerte el almuerzo? ¿O a recoger tu ropa del tinte? Agnes no volverá hasta dentro de una semana. Estás impotente sin una ayudante.

–Prefiero no tener ayudante a tenerte a ti aquí un minuto más.

–Pues buena suerte encontrando a otra mujer como yo –dijo ella con tristeza.

–No es tan difícil encontrar secretaria –rezongó él con desdén.

–Pero, ¿y la cama, Brody? Te costó treinta años meter allí a una mujer. ¡Ya me dirás cuánto tardas en meter a otra!

Eso era un golpe bajo y ella lo sabía. Vio cómo la expresión de Brody pasaba de la ira al dolor. Una parte de ella se alegró. Ella también estaba dolida. Era justo que él sintiera lo mismo.

–No será tan difícil –dijo él, recuperándose rápidamente–. No eres la única mujer de la ciudad dispuesta a abrirse de piernas para ascender. No serás tan buena en la cama si todos los jefes con los que te acuestas acaban despidiéndote.

Brody la destrozó con sus palabras. Sam se apoyó contra la pared para soportar el impacto del insulto. Cerró los ojos y rezó por poder contener las lágrimas unos segundos más. Cuando volvió a abrirlos él entraba en su despacho y cerraba de un portazo.

Esa mañana le había entristecido pensar que tal vez nunca podría

presentar al hombre al que amaba a su familia y amigos. Pero ya daba igual , había perdido a ese hombre para siempre.

Sam miró a su alrededor, sintiéndose perdida. Entonces vio la cajita en el suelo. Él la había tirado allí con el resto de sus cosas. La abrió y vio el collar del sol. Era deslumbrante. Lo que podría haber sido un momento bellísimo, había quedado arruinado. Agarró la cadena, la apretó contra su pecho y lloró.

Sonó la campanilla de ascensor y Charlie, el jefe de seguridad, salió de él. El hombre mayor la miró con preocupación y se inclinó a recoger una barra de labios que había rodado hacia la pared.

–Ven, Samantha, te sacaré de aquí –le ofreció la mano para levantarla y la llevó al ascensor.

–Siento todo esto, Charlie.

–No lo sientas. Es lo más excitante que ha ocurrido aquí en mucho tiempo. Casi nunca acompaño a nadie afuera. Y menos a jovencitas guapas con el corazón destrozado.

–Se ha negado a escucharme. Yo... lo quiero. Deseo que sea feliz –musitó ella.

–Lo sé, pero ten fe. Reaccionará. Y si no lo hace, Agnes lo pondrá firme en cuanto vuelva de viaje.

Capítulo Once

–Se puede saber, por Dios bendito, ¿qué ha ocurrido aquí mientras yo estaba fuera?

Las aguda voz de Agnes atravesó las paredes del despacho de Brody. No tuvo que mirar la pantalla de vigilancia para saber que había vuelto de sus vacaciones y que estaba furiosa.

Brody salió a saludarla y supo de inmediato el porqué de su enfado. Las cosas no habían ido bien esa última semana. Estar sin secretaria había sido peor de lo que había esperado. El equipo de limpieza no tenía acceso a esa planta, así que había montones de basura junto a la puerta, con más de un envase de comida. Charlie había tenido la gentileza de recoger y subirle el almuerzo, pero esa era toda la asistencia que había recibido.

La impresora se había quedado sin tóner y sin papel. Cuando por fin encontró los repuestos, su momento de gloria había sido breve; la máquina se había atascado. En ese momento, estaba desmontada y había unas veinte piezas por el suelo. Había estado allí hasta medianoche, seguro de que podía arreglarla, hasta que descubrió su error. Y tampoco había podido volver a montarla.

Él estaba tan desaliñado como todo lo demás. A pesar de no haber tomado una gota de café, no había dormido más de tres horas seguidas desde que Sam se había ido. No se había afeitado. En vez de inmaculados trajes llevaba vaqueros y camiseta.

Agnes lo miró con los brazos llenos del correo que no había bajado a recoger. Airada, dejó caer todo al suelo y se puso las manos en las caderas.

–Brody Eden, ¿eso que veo en la pared es una mancha de sangre? ¿Qué pasa aquí? ¿Qué ha pasado con Samantha?

Ese era el momento que Brody había temido. En cuanto había colgado el teléfono tras llamar a seguridad se había arrepentido de cada palabra que le había dicho a Sam.

–Se ha ido.

–¿Por qué? ¿Ha dimitido? Te dije que fueras amable con ella, Brody. A nadie le gusta que le ladren todo el tiempo.

–No, no dimitió. La despedí.

Supo que Agnes estaba desando agarrarlo de una oreja, sentarlo y hacer que se explicara.

–Tuvimos un desacuerdo.

–¿Sobre qué? –alzó una ceja–. No me obligues a sacarte cada palabra. ¿Por qué discutisteis?

–Quería que fuera a ver a un médico de Nueva York que hace reconstrucciones faciales, especializado en tratamiento de quemaduras.

–Y eso te enfadó ¿por?

Agnes iba a obligarlo a decir la verdad.

–Porque estoy enamorado de ella y pensé que le gustaba tal y como soy.

–Parece que habéis tenido un mes interesante mientras estaba fuera –su expresión se suavizó. Miró a su alrededor y suspiró con resignación–. Dame una hora para arreglar este desastre. Iré a por el desayuno, pasaré por el tinte y luego nos sentaremos a seguir con esta conversación.

–Vale –Brody era un hombre poderoso y con éxito, pero sabía cuándo dejar que Agnes tomara las riendas.

–Mientras estoy fuera, ¿por qué no te afeitas y te adecentas un poco?

Asintió como un niño obediente y desapareció. Para cuando salió del baño había un traje negro y una camisa roja colgando de la puerta, aún en la bolsa del tinte. Ponerse su ropa habitual, junto con el aroma a café, hizo que se sintiera más normal y seguro.

Salió a la zona de Agnes. Sin duda, la mujer hacía milagros. La basura había desaparecido, el correo estaba organizado y había una impresora nueva en la repisa.

En una mesita había dos tazas de humeante café y dos cruasanes envueltos en papel.

–Tienes mejor aspecto –Agnes dio un golpecito en el sillón que tenía al lado.

–Gracias por ocuparte del desastre, Agnes.

–Por lo que parece, hay más problemas que solucionar. ¿Qué ocurrió entre Sam y tú?

Brody se sentó y agarró la taza de café. Estaba ardiendo y se quemó la boca, pero le dio igual.

–Es la mujer más fantástica que he conocido en mi vida. Es guapa, testaruda y gentil. No me tenía ningún miedo. Me miraba a los ojos sin asomo de repulsión –movió la cabeza y tomó otro sorbo–. Por lo visto, yo le parecía guapo.

–Eres guapo, Brody.

–Lo dices como lo diría mi madre, pero no puedo creeros. Me tocó, Agnes. Tocó mis cicatrices. No sabía qué pensar.

–Vio en ti lo que yo veo. Eres mucho más que tus cicatrices, Brody.

–Todo ocurrió muy rápido. Un día me besó. La invité a cenar a mi casa y luego la llevé a Joya Verde. Sam es todo cuanto había deseado

y temido que nunca tendría. Supongo que tenía tanto miedo de perderla que la alejé de mí.

–¿Te dijo por qué quería que vieras a ese cirujano plástico?

–Lo intentó. Dijo que quería verme feliz y que era un ermitaño amargado. Estaba demasiado airado para escucharla. Solo podía pensar que no me consideraba lo bastante bueno para ella tal y como soy. Pensé que, a pesar de todo lo que había dicho y hecho, quería arreglarme.

–Puede que tuviera cierta razón –Agnes le tocó la mano a Brody–. No eres feliz, y no me contradigas. Llevo años trabajando para ti y nunca te he visto satisfecho. Tienes éxito y estás cómodo con cómo has organizado tu vida, pero ¿qué clase de vida puedes llevar estando siempre aislado?

–Pensé que Sam bastaría para hacerme feliz.

–¿Y?

–Y lo hizo, hasta cierto punto. Pero me di cuenta de que tenerla en mi vida solo solucionaba parte del problema. Ese día se entristeció porque no podía presentarme a sus amigos. La relación era fantástica para mí pero muy injusta para ella. Le estaba pidiendo que viviera escondida,yo me negaba a dar siquiera un paso para vivir con ella públicamente.

–Seguramente pensó que el cirujano podría ayudarte a sentirte más cómodo contigo mismo. Puede que tuviera razones egoístas para querer que fueras normal pero, ¿puedes culparla por eso? ¿A cuántas cosas tendría que renunciar en su vida porque no estarías con ella? ¿Os casaríais en secreto en vez de celebrar la gran boda con la que siempre ha soñado? ¿Tendría que dar a luz a tus hijos sola porque no irías al hospital con ella?

Brody comprendió lo ciego que había estado. Había pasado tanto tiempo solo que nunca se había planteado cómo sería su futuro con otra persona en él. Sam tenía todo el derecho a pedirle más, y no lo había hecho. Solo quería que confiara en sí mismo tanto como ella confiaba en él.

–Aunque me duela, sé que tienes razón. La vida que he llevado estaba bien para mí, pero no puedo someter a nadie a eso. Ahora lo sé. Pero para cuando me di cuenta era demasiado tarde. Le dije cosas terribles. La eché de la oficina, Agnes. Nunca va a perdonarme por eso.

–¿Crees que te quiere?

–No lo sé. Nunca me dijo que me quería.

–¿Tú le dijiste a ella que la querías?

–No –admitió él–. Pero aún no lo había descubierto. Nunca había hecho esto antes, Agnes.

–Lo sé, cariño –le sonrió comprensiva–. Estas cosas nunca son

fáciles, ya sea el primer amor o el quinto. Pero te has dado cuenta de tu error y la amas. Ahora solo queda una pregunta que hacer: ¿qué vas a hacer al respecto?

Sam agradecía su nuevo trabajo. Amanda la había ayudado a conseguir un puesto en la empresa de inversiones de Matt. Era ayudante del departamento de contabilidad. Era un puesto temporal, pero le daba igual. No pensaba hacer nada que pusiera en peligro su empleo, así que no tardaría en obtener un contrato fijo. Y como su jefa era una mujer regordeta de más de cincuenta años, no tenía que enfrentarse a ninguna tentación.

Había creído que la ruptura con Luke había sido mala. Pero no había querido a Luke como quería a Brody. Ni siquiera podía ver películas románticas. Los finales felices en los que el héroe hacía lo correcto y se ganaba el amor de la heroína hacían que llorara amargamente. Quería su propio final feliz. No había oído una palabra de Brody en una semana. En cambio, el romance de Amanda y Matt iba viento en popa.

El primer día estaba yendo bien. El único momento malo del día había sido la llamada de Agnes. Su madrina estaba de vuelta en la oficina. No había mencionado a Brody, solo le había preguntado a Sam cómo estaba y qué hacía. Sam le había dicho que tenía un nuevo empleo y que sus compañeros eran fantásticos. Esperaba que Agnes se lo dijera a Brody para chincharlo.

Había anhelado preguntar por él, pero no lo había hecho. No quería saber si le iba bien sin ella, prefería pensar que estaba hecho un desastre.

Sus dedos buscaron el colgante que le pendía del cuello. Habría tenido que devolverlo, seguro que había costado más que un año de su sueldo, pero había sido incapaz, era lo único que le quedaba de él y necesitaba tenerlo junto a su corazón.

–¿Sam? –una mujer del departamento iba hacia su mesa.

–¿Sí?

–¿Sabes dónde están los de recursos humanos?

–Creo que sí. He estado allí esta mañana, supongo que sabré volver –contestó.

–Genial. ¿Puedes llevarles este archivo?

–Claro –Sam se alegró de levantarse y moverse un poco. Quería familiarizarse con su nuevo entorno de trabajo. Solía hacer amistad con los compañeros rápidamente, así que con suerte ampliaría su círculo social y estaría demasiado ocupada para pensar en Brody.

Recursos humanos seguía donde lo había dejado esa mañana. Entregó el archivo a la secretaria, fue a por un botellín de agua a la

sala de descanso y volvió a su escritorio. Iba a sentarse cuando algo captó su atención y se atragantó con el agua que tenía en la boca.

Una rosa fucsia en un jarrón plateado.

Sam tosió violentamente. Miró a su alrededor para ver quién había dejado la rosa, pero la tos era tan fuerte que se le había nublado la vista.

Cuando por fin se calmó, se frotó los ojos. La rosa seguía allí, no se la había imaginado. La miró con atención. El jarrón era el mismo que había dejado en Software de Sistema Eden.

–¿Sabes una cosa? Los empleados de la recepción de mi edificio son muy agradables.

Sam giró sobre los talones al oír la voz. Brody estaba a unos pasos con otra rosa en la mano. Parpadeó varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo visiones. Brody seguía allí, tan guapo como siempre, con un traje negro y camisa roja. Pero no podía ser real, Brody no se mostraba en público. Nunca.

–Me arrepiento de no haberlos conocido antes. Por supuesto, se quedaron anonadados cuando crucé el vestíbulo y me presenté.

No solo tenía alucinaciones, su Brody imaginario decía cosas extrañas. No podía permitirse tener una crisis nerviosa el primer día de trabajo. Necesitaba el empleo.

–¿No vas a decir nada, Sam?

–Una cosa es tener alucinaciones, otra muy distinta es hablar con ellas –Sam cerró los ojos.

Su Brody imaginario se acercó a ella. Captaba el olor de su colonia y el calor de su cuerpo.

Entonces él la tocó. Sam dejó escapar un gemido y se sumergió en la profundidad de los ojos con los que había fantaseado desde el día en que lo conoció.

–Estás aquí de verdad –dijo, poniendo una mano en la solapa de su chaqueta.

–Sí. Esto está tan cerca de mi oficina que he venido andando.

–¿Quién eres tú y qué has hecho con Brody Eden? –no podía creer que Brody hubiera caminado al aire libre en un espacio público.

–Lo abofeteé hasta que recuperó el sentido y comprendió que estaba enamorado de ti. Y entonces supe que haría cualquier cosa para tenerte de nuevo en mis brazos, incluyendo caminar en público para encontrarte.

Sam lo miró boquiabierta, sin saber qué decir. Brody miró su cuello y sonrió.

–Llevas puesto el collar que te compré.

–Quería tener algo tuyo conmigo. Esto era lo único que me quedaba –musitó ella.

–Siento las cosas que te dije. Tenías razón en todo. Me he estado

escondiendo de mi vida porque tenía miedo. En el fondo, no podía creer que quisieras estar conmigo. Eres lo que deseo y lo que no me atrevía a esperar de un amor. Estás segura de ti misma. Estás cómoda en tu propia piel. Sabes lo que vales. Envidio eso de ti. No podía entender que una mujer como tú me mirara dos veces.

–Brody…

–Pero me he dado cuenta –la interrumpió él– de que ese es mi problema, no el tuyo. Tengo una cita después de Acción de Gracias con ese cirujano de Nueva York. Sé que ha habido muchos avances desde la última vez que vi a un especialista, pero me daba miedo que me dijeran que seguía siendo una causa perdida. Veremos si pueden ayudarme para que me sienta mejor conmigo mismo. Pero si no pueden, no importa. Tengo que aprender a aceptarme y valorarme como soy. Creo que puedes ayudarme en eso.

–¿Cómo? –Sam estaba anonadada por la sinceridad de sus palabras. Parecía otro.

–Primero, puedes decirme que me quieres, porque yo te quiero a ti, y lo que más deseo es oír esas palabras de tus labios.

El corazón de Sam parecía un tren expreso. Apenas podía oír a Brody. Pero sí había oído que la quería, y eso era lo más importante de todo.

–Te quiero, Brody.

Él sonrió y ella estuvo a punto de derretirse en sus brazos. Era una sonrisa increíble. Él le entregó la rosa que tenía en la mano.

–Esto es para ti –metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita de terciopelo–. Y esto. Le dije a la mujer de la joyería que quería un anillo lo bastante brillante para satisfacer a una mujer que lleva purpurina rosa en las venas.

Puso una rodilla en el suelo y abrió la tapa. Dentro estaba el anillo más bonito que ella había visto en su vida. Un diamante rodeado por un doble círculo de diamantitos redondos. La banda de platino también tenía diamantes encastrados. Sin duda era lo bastante brillante, incluso para ella.

–Samantha Davis, viví en la oscuridad hasta que entraste en mi vida. Eres mi rayo de sol, por eso te compré ese collar. Haces que desee salir a la luz y olvidar el miedo. Si me haces el honor de convertirte en mi esposa, tendrás una boda con quinientos invitados si la quieres. He dejado de esconderme y estoy listo para pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo?

Sam solo pudo asentir con la cabeza. Las lágrimas se desbordaron cuando él sacó el anillo y se lo puso en el dedo. Le quedaba perfecto. Cuando Brody se levantó, Sam se abrazó a su cuello y lo besó.

Epílogo

Nochebuena

–No sé que ponerme –dijo Sam desde el fondo del vestidor.

–No importa, solemos ponernos lo que nos apetece. Algo abrigado –sugirió.

–¡Sí importa! –miró varios conjuntos y frunció el ceño–. Voy a ver a tu familia por primera vez. Quiero causarles buena impresión.

–Mi familia lleva diez años tan preocupada por mi vida amorosa que, te pongas lo que te pongas, adorarán a la bella que amansó a la bestia.

Eso no tranquilizó a Sam respecto a los Eden y su clan de hijos exitosos. Salió del vestidor con un conjunto de falda de cuadros de lana y un suéter crema.

–¿Qué tal esto?

–Fantástico.

Sam volvió al vestidor y salió con un suéter rojo brillante y unos pantalones negros.

–¿Y esto?

–Fantástico.

–Has dicho eso del anterior –protestó ella.

–Los dos son fantásticos. En serio.

–No me ayudas nada –suspiró Sam.

Brody fue hacia ella y le rodeó la cintura.

–Estás guapísima con todo.

Se inclinó para besarla y los nervios de Sam empezaron a apaciguarse. Sonó el móvil de Brody. Era Xander.

–Hola, Xander. ¿Ya estás en la casa?

Siguió un largo silencio. Sam fue hacia Brody. Su expresión era terrible: tenía el rostro tenso y la mirada perdida; algo iba mal.

–¿Estamos seguros de que es él? –preguntó Brody por fin–. Así que Wade se equivocó... No lo culpo. Solo..., esperaba que el problema hubiera quedado resuelto el año pasado.

Ella oyó la voz apagada de Xander, pero no entendió lo que decía.

–Llegaremos en un par de horas. Estábamos a punto de salir. De acuerdo. Hasta luego –Brody apagó el teléfono y se sentó en la cama.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Sam.

–Xander dice que el periódico local ha anunciado que se han

descubierto restos humanos en una zona en construcción. En la tierra que pertenecía a mis padres.

–Es… ¿es él? –preguntó Sam.

–Tiene que serlo, aunque el laboratorio tardará en confirmar su identidad –Brody le agarró la mano–. Tenía la esperanza de que este día no llegara nunca, pero me temo que alguien ha descubierto el cuerpo de Tommy Wilder.

Table of Content

Portadilla
Créditos
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Epílogo
Publicidad